

REVISTA CONTEMPORÁNEA

MADRID, 1885

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XI—TOMO LX.

NOVIEMBRE — DICIEMBRE 1885



DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN
PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO; 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

REVISTA

CONTENIDO

AÑO XXI - TOMO LX

NUMERO 1



INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

CLUB
Calle 100
La Guayana



CONSTITUCIÓN FÍSICA DEL SOL



ARA desenvolver tema tan importante dió una conferencia en la Sorbona el célebre astrónomo francés M. H. Faye, á quien antes de ahora hemos procurado elogiar tan cumplidamente como se merece por su gran talento y actividad incansable. Hela aquí:

«Lo más admirable de nuestro mundo—dice—es el sol, así como lo más sorprendente del universo es esa inaudita profusión de estrellas, verdaderos soles que pueblan la inmensidad del espacio. Hay millones de mundos en el universo visible, esto es, sistemas materiales independientes unos de otros; pero, de entre todos esos mundos, únicamente pueden servir para el desenvolvimiento de la vida los sistemas que, cual el nuestro, poseen un sol central.

¿Qué es, pues, un sol? ¿En qué consiste que esos soles radien con tanta abundancia calor y luz, siendo así que no reciben nada de fuera para alimentarse? ¿Cómo dura esta radiación con tan maravillosa constancia durante millones y millones de años? ¿Cuál es el origen de su incandescencia y cual será su fin? Idea muy imperfecta tendríamos de nuestro mundo si no conociéramos bien el sol que le alumbra y anima. La teoría del sol forma parte, y parte esencial, de nuestra cosmogonía.

Decía un astrónomo ilustre hace cerca de tres siglos: «La influencia que el sol ejerce en el mundo es increíble y casi divina. De él dependen aquí abajo todo movimiento y toda vida, todo orden y todo adorno de la naturaleza. Cuanto más se le considera más maravillosa parece. Es preciso que el filósofo se valga de todos los recursos de su ingenio para elevarse á una teoría digna de tamaño asunto.» (I)

Pero no hay manera de adivinar semejante teoría: la imaginación sola no ha conducido, hasta la presente, más que á concepciones infantiles. Era necesario que ante todo se estudiase los hechos; cerca de tres siglos se ha empleado en coleccionarlos. Actualmente, me atrevo á decirlo, se halla resuelta la cuestión.

Empecemos por advertir que Kepler se olvidó de señalar en las líneas precedentes lo más admirable acaso y más misterioso que entraña este preciosísimo problema: la constancia de la radiación solar.

Desde que se inventó el termómetro hanse reunido largas series de observaciones hechas en una infinidad de puntos del globo. Resultado general: desde hace cien años no han variado los climas, y como la temperatura superficial de nuestro globo depende casi exclusivamente de la radiación solar, desde hace cien años ésta ha permanecido constante.

Los vegetales son testimonios irrecusables de la temperatura y muy sensibles á ella, remontándose mucho más sus indicaciones que las del termómetro en la sucesión del tiempo. Cada especie vegetal tiene sus límites, fuera de los que no sale nunca. Así el cultivo del olivo, como árbol de producto, se mantiene en Francia dentro de los mismos límites que cuando Julio César guerreaba en las Galias. En Egipto y Palestina la palmera cultivada produce dátiles comestibles; pero un grado menos en la temperatura del verano impediría que dicho fruto pudiera comerse. La vid da vino aún, pero un grado más haría que se abandonase este cultivo. Ahora bien: en igual estado se hallaban las cosas en tiempo de los

(I) KEPLER, *Paralipomena*, Cap. VI.

Faraones. Conclusión: por lo que se ve, hasta donde alcanzan los testimonios históricos, no ha variado el calor del sol.

Todavía hay más: los geólogos nos dicen que la vida apareció en nuestro globo hace, no millares, sino millones de años. Mas en la escala inmensa de temperaturas que abarca todos los fenómenos de la naturaleza, escala que empieza en -273° y llega hasta el infinito, la vida no se extiende sino dentro de un corto número de grados. A cero ó por bajo de cero, no se desarrollarían los gérmenes, porque estarían helados. A más de 50° á 60° , tampoco se desarrollarían por el motivo opuesto. Conclusión: la radiación solar no ha debido variar notablemente desde hace millones de años. (2)

¿No es esta constancia una de las cosas más sorprendentes de la naturaleza? Explicar el sol es darse cuenta á la vez del origen de su calor, de la enormidad de su radiación y de su maravillosa constancia, á lo menos durante millares y aun millones de años.

Increíble es, en efecto, que á fuerza de enviar en todos sentidos una enorme cantidad de calor, no se apague este gran lumínar. Nuestros fuegos terrestres necesitan alimento: de otra suerte se debilitan muy pronto y acaban por apagarse míseramente: por el contrario, el sol que no recibe nada del exterior, cuya masa es desde hace largo tiempo invariable, brilla siempre con la misma intensidad. Los antiguos, sorprendidos por esta maravilla, creían que el sol y las estrellas debían ser de esencia muy superior á la de los cuerpos groseros de aquí abajo. La incorruptibilidad de los cielos y de los astros se elevó entre ellos y hasta el siglo XVII á la categoría de dogma científico. Pero actualmente sabemos que el sol y las estrellas están compuestos de los mismos elementos químicos que la tierra; las leyes de la física y de la mecánica no son diferentes para el cielo que para nuestro globo. Veremos más adelante que por el solo juego de estas leyes y de una cantidad limitada de calor de origen, se halla consti-

(2) A decir verdad, interviene también aquí otro elemento: las variaciones de nuestra propia atmósfera.

tuído el sol en estado de una inmensa máquina térmica cuyos movimientos interiores determinan una radiación abundante, regularizando al propio tiempo su intensidad; y la fuerza que mueve este mecanismo la toma de su mismo calor.

ENERGÍA MECÁNICA DEL CALOR SOLAR

Hallándome de paso en Alençon, hace unos quince años, fué un profesor del Instituto á hablarme de una máquina que había construído para hacer trabajar al sol. «Vea V., dígame, la enorme cantidad de calor que envía el sol á la tierra: 0'4 de caloria por segundo sobre cada metro cuadrado de superficie expuesta perpendicularmente á sus rayos, lo cual equivale á dos caballos y cuarto de vapor: Corresponden á cada hectárea 22.400 caballos de vapor. Bien sé que transformando esta hectárea en prado se produce fuerza al hacer que coman la hierba bueyes ó caballos, pero la parte aprovechada es muy pequeña. Existe, pues, un inmenso capital de fuerza. He procurado idear un medio para aprovechar un poco de este calor perdido, de esta energía del sol, y para ello he construído una maquinita que suplico á V. venga á ver funcionar.»

M. Mouchot sabía tan bien como yo que el gran obstáculo para su empresa (aun en los países donde brilla el sol todo el día) consistía en reunir, en concentrar sobre un pequeño espacio el calor diseminado por una gran superficie; pero tenía la fe del inventor. Fuí á ver su máquina, la cual constaba, como las demás, de una caldera, cuerpo de bomba y condensador, careciendo de hogar, toda vez que el sol suministraba el calor. Sacaba agua arrojando un delgado hilo á algunos metros de altura. Su fuerza era muy inferior á la de un caballo.

No obstante, me interesó mucho y animé á su inventor, quien de entonces acá ha presentado en nuestras Exposiciones máquinas solares mucho más poderosas. Creo que la invención se halla aún bastante lejos de producir una revolución en la industria. Quizás convendría cambiar de rumbo y

recoger el calor solar en grandes aparatos eléctricos, para utilizar las corrientes.

Indudablemente el sol es un inmenso manantial de fuerza. Para formarnos idea, transpórtese cerca del sol ese metro cuadrado de superficie que recibe 0'4 de caloria por segundo cuando está sobre la tierra, en el límite de la atmósfera. En esta nueva posición recibirá 46.000 veces más calor, esto es, 18.500 calorías por segundo. Tal es la intensidad de la radiación solar. Transformada en fuerza, representa más de 100.000 caballos de vapor. Así, el calor que sale de algunos metros cuadrados de la superficie del sol bastaría para poner en marcha indefinidamente á todas las máquinas de vapor de nuestro globo.

La superficie del sol es 12.000 veces mayor que la de la tierra; ésta es de 51.000 millones de hectáreas; la hectárea vale 10.000 metros cuadrados; multiplíquense estos tres números y el producto así obtenido vuélvase á multiplicar por 18.500 calorías y se tendrá la cantidad de calor que por segundo pierde el sol, desde los tiempos más antiguos de nuestra historia. La imaginación se confunde ante cifra tan inmensa.

Y ante todo: ¿de dónde procede ese calor que irradia el sol sin apagarse con tal largueza, y del que solo aprovecha la tierra una parte mínima, $\frac{1}{2.200.000.000}$?

ORIGEN DEL CALOR SOLAR

Así como Papin y Watt emplearon el fuego para crear fuerza, puede emplearse la fuerza para crear el fuego. Este es el descubrimiento científico é industrial más grandioso que ha hecho el hombre, y no merced á la casualidad, sino con propósito deliberado. Frotar rápida y fuertemente un trozo puntiagudo de madera dura contra un trozo de madera lisa, seca y blanda, hasta que el calor engendrado de esta suerte inflame el polvillo caliente que se desprende del segundo trozo: he ahí el procedimiento primitivo: he ahí cómo Prometeo enseñó á los hombres la manera de procurarse fuego.

Hoy día evaluaríamos este trabajo en kilográmetros; dividiendo este número por 425, equivalente mecánico del calor, tendríamos en calorías el calor engendrado, el calor que ha producido la primera chispa de fuego que cuida de mantener el operador con materias combustibles.

Muchos otros ejemplos pueden citarse de esta transformación fundamental de fuerza en calor: el herrero que para proporcionarse fuego y encender la fragua, da martillazos á una barra de hierro hasta elevar al rojo la temperatura de ésta; la incandescencia de las estrellas fugaces que al chocar con la tierra tienen velocidades de 10, 15... leguas por segundo, etc.

Parémonos en este último fenómeno, que reproduce en pequeño lo que debió de ocurrir en el origen de los tiempos en el acto de formarse los soles y los planetas. Suponed que un cuerpo cualquiera, un cometa, un aerolito, parte de los confines de nuestro mundo y atraído por el sol actual, cae sobre este astro. En el momento del choque estará animado de una velocidad de 110 leguas ó 616.000 metros por segundo. Esta velocidad destruída por el choque producirá 44 millones de calorías por cada kilogramo de materia que haya caído y unídose á la masa del sol; éste poseerá 44 millones de calorías más.

Este sencillo cálculo basta para comprender la solución, bien conocida ya, de nuestro primer problema. Si se ha formado el sol por la reunión sucesiva de una gran cantidad de materias diseminadas primitivamente por el espacio, debe haber ido acompañada esta formación de un enorme desarrollo de calor y luz que no sería capaz de producir combustión alguna.

Es por lo tanto posible, científicamente, que nuestro sol fuera sacado del caos; su incandescencia, resultado del calor que se almacenó durante su formación, es prueba de ello. Y no se trata solamente de nuestro sol; todos los soles del universo y todas las estrellas han debido formarse de la misma suerte. Nuestro mismo globo fué incandescente en su origen; pero á causa de su extrema pequeñez en comparación á las masas enormes del sol ó de las estrellas, y sin duda también

á causa de su constitución química, ha sido mucho más rápido su enfriamiento superficial; se apagó pronto, pero todavía conserva desde hace millones de años notable incandescencia en sus capas profundas. Basta bajar á un pozo de mina para sentir el efecto de su calor interno. Esta incandescencia central es causa de los volcanes y de los principales fenómenos geológicos.

CONSTANCIA DE LA RADIACIÓN SOLAR

El segundo problema es la maravillosa constancia que se advierte en la radiación del sol. Se enfría; gasta en cada instante una prodigiosa cantidad de calor; esto sucede hace millares de años, y sin embargo, su radiación es siempre la misma. Para esto hácese indispensable la intervención de alguna fuerza, de algún mecanismo regulador.

Ante todo, es evidente que esta radiación no podría verificarse á expensas de la superficie ni aun de una capa de mediano espesor; porque, para no tomar más que un metro cuadrado de superficie, siendo de 16.800 calorías la cantidad de calor que en cada segundo emite este metro cuadrado, habrá que multiplicar aquel número por 86.400 para obtener la pérdida diaria, después por 365 para la pérdida anual, y después por algunos millares para que resulte solamente la pérdida histórica. Llegase así á una cifra de calorías tan formidable, que ninguna fuerza de la naturaleza hubiese podido dotar de ellas á una capa de regular espesor. Es preciso, por consiguiente, que la masa entera ó casi entera del sol, participe de esta inmensa pérdida.

Esta masa es tal, que, para mantener la radiación, basta que cada kilogramo del sol pierda dos calorías por año. Ahora bien; hemos visto que un kilogramo de materia, cayendo actualmente de muy lejos sobre el sol, adquiere, por el hecho de la destrucción de su fuerza viva, 4 millones de calorías.

Tomando en cuenta que el sol se ha constituido poco á poco, y ha aumentado sucesivamente por la continua agregación de materias lejanas, hay que reducir á 32 millones de calorías la provisión de calor de cada kilogramo. Si pues

toda la masa contribuye á la radiación superficial, nuestro sol habrá podido alumbrar á la tierra y calentarla, *como lo efectúa actualmente*, durante cerca de 16 millones de años.

No hay duda: hemos dado un paso para resolver la cuestión: es preciso que toda la masa del sol contribuya á su radiación superficial, porque de no ser así, hace mucho tiempo que aquél se habría apagado, casi como esas lavas que salen en plena incandescencia del cráter de un volcán, y sobre las cuales se puede caminar, sin quemarse, algunos días después de su salida, siendo así que en su interior conservan durante largos años elevadísima temperatura.

¿De qué modo comparte la masa entera del sol su provisión calorífica con la superficie? ¿Mediante qué mecanismo va ese influjo enorme de calor desde el centro á la superficie en la proporción deseada? Ahí está el misterio de la constitución física y mecánica del sol: tan sólo los hechos nos permitirán abordarle.

DESCRIPCIÓN DEL SOL

El sol aparece como un disco perfectamente redondo de 32 minutos de diámetro angular. Su superficie deslumbradora, vista por medio de un antejo ordinario y con las precauciones necesarias para evitar la ceguera, es de un blanco de nieve uniforme. Pero con un instrumento de más poder, se nota que dicha nieve está compuesta de muchos y pequeñísimos copos de materia incandescente, de nubecillas redondeadas, bañadas por un fluido mucho menos brillante. Esto es lo que se llama la *fotósfera*.

Alrededor del sol, ó más bien, por cima de esta fotósfera, hay una capa de gas bastante transparente, poco luminosa y de coloración rosácea. Sólo es visible durante los eclipses totales ó con el auxilio del espectroscopio. Es hidrógeno casi puro, que ocupa un espesor de 1.400 leguas. Esta envolvente se llama *cromósfera*.

Más arriba está el vacío, casi tan completo como el de la región interplanetaria. A lo sumo, el espectroscopio, que acusa las menores trazas de gas incandescente, descubre in-

dicios de hidrógeno y de otro gas de naturaleza desconocida, igualmente ligero.

Es indudable que los copos nubosos de la fotosfera constituyen el órgano esencial de la radiación y se comprende ya el contraste que existe entre esta deslumbradora capa de nubes y la envolvente hidrogenada casi invisible aunque en estado también de incandescencia. Insistiremos sobre este contraste.

Por cima de la cromósfera salen de cuando en cuando chorros de hidrógeno que presentan las formas más extrañas: son las protuberancias rosas de que luego hablaremos.

DESCRIPCIÓN DE LAS MANCHAS

Todos estos detalles, apesar de su interés, no nos servirían para adelantar gran cosa, si no presentara con frecuencia el sol otros fenómenos de carácter mecánico más comprensible: las manchas, que consisten en agujeros que aparecen en la fotosfera. Una mancha comienza por un puntito negro, que va ensanchándose poco á poco. Su forma al principio es circular. Distínguese desde luego un núcleo negro rodeado de una penumbra mucho menos luminosa que la superficie general. Esta penumbra se compone evidentemente de las mismas nubes que la fotosfera, pero alargadas, estiradas en el sentido de los radios. En medio del núcleo negro se percibe, no sin dificultad, un agujero redondo todavía más negro, descubierto por un hábil observador inglés, Mr. Dawes. Estas manchas duran bastante tiempo, diez, quince, veinte días, meses enteros en ocasiones; pero con el tiempo, sufren singulares peripecias. A fuerza de crecer, dejan de subsistir enteras: entonces se descomponen y engendran otras manchas más pequeñas, semejantes en un todo á la mancha madre.

El caso más sencillo, el desdoblamiento de una mancha, se produce de la manera que sigue. La mancha empieza por alargarse: después se forma de repente al través del núcleo negro una especie de puente luminoso muy estrecho. Se ensancha este puente y se hace más brillante, al mismo tiempo

se alejan uno de otro los fragmentos del núcleo y se redondean. Muy luego se forma alrededor de ellos una penumbra regular, y se tiene ante los ojos dos manchas completas é independientes que prosiguen su camino.

El estudio de las manchas ha hecho ver que el sol está animado de una lenta rotación alrededor de un eje fijo, cuya dirección han determinado los astrónomos cuidadosamente. El globo solar emplea unos veinticinco días en girar sobre sí mismo, de derecha á izquierda cuando se mira de arriba su hemisferio Norte.

No es esto todo: con los anteojos de algún poder se distingue que la superficie solar está acribillada de puntos negros llamados *poros*. Estos poros son también pequeñas manchas; porque cuando se desarrolla una mancha empieza siempre por uno de estos puntos negros. Una mancha es un poro agrandado, como á menudo una mancha que acaba se reduce á un simple poro.

Por lo que toca á las protuberancias, aparecen en la región de los poros ó de las manchas. No se las ve por cima del núcleo negro, sino alrededor, y, cosa notable, la cromósfera aparece como deprimida por cima del núcleo de una gran mancha.

EXPLICACIÓN DE LA FOTÓSFERA

Hemos visto que las nubes de la fotósfera constituyen el órgano esencial de la radiación: deben, pues, hallarse formadas de partículas sólidas (ó líquidas), porque los gases ó los vapores son muy poco á propósito para la radiación á causa de las débiles densidades que tienen en la superficie del sol. Acabo de decir que la cromósfera es completamente invisible á nuestros anteojos de mayor fuerza, lo cual es debido á su naturaleza gaseosa.

Con un sencillo experimento se comprende la diferencia de que se trata.

EXPERIENCIAS

Supóngase una llama de hidrógeno que arde mediante una corriente de oxígeno. Dicha llama está tan caliente, que funde con suma facilidad el platino, y sin embargo, no es luminosa; ilumínase de repente si se proyecta sobre ella un poco de polvo de cal ó de magnesia, cuerpos sólidos que no se volatilizan á esta alta temperatura y se ponen incandescentes. Basta dirigir el chorro oxihídrico sobre un pedazo de cal para que se produzca una luz muy viva, aun cuando la cal no se eleve á mayor temperatura que el dardo casi oscuro que la hiere.

El fluido en que flotan las nubes de la fotósfera es más luminoso que el hidrógeno puro de la cromósfera, porque está formado por vapores de todas clases, cada uno de los cuales emite rayos particulares.

Contiene, en efecto, además de un fondo de hidrógeno y oxígeno no combinados, vapores de todos los elementos químicos del sol.

Dichas nubes vogan en este medio gaseoso á la manera que las imperceptibles agujas de hielo de nuestros cirri. A causa de la enormidad de su radiación deben enfriarse pronto y apagarse los citados polvos sólidos, pero en cuanto se forman, como son mucho más densos que el medio ambiente en que flotan, caen á las capas profundas á la manera de lluvia incesante. Es preciso, por lo tanto, que estas nubes de radiación intensa se reformen sin cesar por la ascensión de gas y vapores procedentes del interior.

Pero obsérvese aquí una condición esencial: para que el enfriamiento que ocasiona esta enorme radiación no quede circunscrito á las capas superiores, lo que conduciría muy pronto á la extinción; para que toda la masa participe de él, es preciso que la lluvia de aquellos materiales sólidos y relativamente fríos penetre hasta el corazón del sol, vuelvan á calentarse, se evaporen, se descompongan y determinen así

la ascensión obligada (1) de los vapores, los cuales suben á reformar la fotósfera.

Es preciso, pues: 1.º, que toda la masa del sol se halle en estado gaseoso; 2.º, que la temperatura interna sea incomparablemente más elevada que la de la superficie; 3.º, que, por un procedimiento cualquiera, la baja temperatura de la fotósfera haga que los vapores ascendentes se condensen de pronto en nubes de polvo muy brillantes. Con estas condiciones toda la masa del sol contribuirá á la radiación, y si el fenómeno de condensación que se efectúa en la fotósfera es una acción química marcada, la producción de estas nubes se verificará en condiciones siempre idénticas, dando origen á una radiación constante.

Veamos si puede suceder así. No sabemos con exactitud cuál es la temperatura de la fotósfera; pero es evidente que será más elevada que la de los baños líquidos de metales fundidos en nuestras herrerías, puesto que el hierro, el magnesio, el titano, etc., se hallan allí constantemente en estado de vapor.

Ahora bien; la temperatura de las capas profundas debe ser aún mucho más elevada, alcanzando, como hemos visto por otras consideraciones, millones de grados. A estas temperaturas excesivas desaparece la afinidad química; los compuestos se resuelven en sus elementos; estos elementos se mezclan físicamente sin poder recombinarse, cualesquiera que sean su afinidad mutua y la presión que los comprima. Pero si esta mezcla de elementos disociados es transportada á una región menos caliente, se verificará en seguida la combinación á alta temperatura, con súbito desprendimiento de calórico radiante. Para fijar las ideas, imaginemos que las

(1) Cuando se enfría la superficie de una masa fluida se establecen entre las capas corrientes debidas á simples diferencias de temperatura, que se llaman *corrientes de convección*. Pero aquí hay algo más, á saber: el cambio de estado actual de materiales que pasan del gaseoso al sólido, del estado de disociación al de combinación química. Esas corrientes no operan entre capas inmediatas, sino que van de las profundidades á la superficie y recíprocamente.

corrientes ascendentes estén formadas por una mezcla de oxígeno y vapores de magnesio, silicio ó calcio, materias que tanto abundan en la naturaleza en estado de óxidos. Al llegar esta mezcla á la fotosfera, allí donde toca el sol á las regiones frías del espacio, producirá instantáneamente una nube de magnesia, de cal ó de sílice incandescentes, en estado de polvo impalpable.

Esta nube radia en seguida una luz deslumbradora, cuya identidad con la de la fotosfera no puede ponerse en duda (1). Esta magnesia ó cal, enfriadas muy pronto, caen en lluvia á causa de su densidad y atravesarán las capas más profundas hasta aquella cuya elevada temperatura descomponga de nuevo, apesar de la enorme presión, estos óxidos térreos, reproduciendo la mezcla primitiva de vapores de oxígeno y de magnesio.

El gas y los vapores así producidos á expensas del calor de las capas centrales, determinarán, por su expansión, la subida de nuevas materias, y este juego incesante alimentará la fotosfera á expensas del calor de la masa entera. La radiación de la fotosfera permanecerá constante, porque en los límites del sol, bajo una presión siempre igual, la combinación de los elementos se produce siempre á la misma temperatura, y da origen al mismo desprendimiento de calor.

Para qué variase esta radiación sería preciso que disminuyera de modo sensible el juego de las corrientes ascendentes y descendentes por la creciente densidad de los medios gaseosos, es decir, por la contracción progresiva, pero muy lenta, que debe resultar del enfriamiento (2).

Es fácil darse cuenta de ello por el cálculo. A razón de 18.000 calorías de radiación por metro cuadrado y por segundo, se halla que cada kilómetro del sol no pierde actual-

(1) Mr. Faye hizo ante sus oyentes este sencillo experimento, que confirmó sus palabras.

(2) Esta contracción es por sí misma un manantial de calor que repara en parte la pérdida debida á la radiación; contribuye así en cierta medida á su duración, hasta que el aumento de densidad de la masa entera opone un obstáculo al juego de las corrientes que acabamos de describir.

mente más que dos calorías al año, esto es, una parte muy pequeña del calor que ha recibido en el origen.

¿Es esto expresión de la realidad ó simple juego de nuestra imaginación? Los hechos van á contestarnos. Si existe en la realidad semejante conjunto de corrientes descendentes y ascendentes, deben hacer más lenta la rotación superficial del sol, puesto que los materiales que suben á la superficie tienen menor velocidad lineal. Por el contrario, deben acelerar la rotación interior puesto que los materiales que descienden llevan á las capas profundas una velocidad lineal mayor. Hay, por consiguiente, que estudiar ante todo esta rotación, y esto es lo que se ha hecho.

Ahora bien; se ha visto que, efectivamente, no gira el sol como un cuerpo sólido, es decir, todo en una pieza. Se ha visto, no sin sorpresa, que cada zona superficial tiene su rotación propia, la cual va decreciendo según una ley perfectamente matemática desde el ecuador á uno y otro polo.

En el ecuador, la rotación es de 25 días.

A los 45° de latitud, es de 27 días.

En los polos, de 31 días.

Y esta ley es tal que el retraso de las regiones polares es igual precisamente al que producirían corrientes ascendentes que partiesen de una capa interior, no esférica, pero achata-da, es decir, de una profundidad mayor que las corrientes que suben en el plano del ecuador. No se pierda de vista que este achatamiento del núcleo interior del sol debe resultar de la mayor rapidez de su rotación. Hasta aquí es completo el acuerdo ente la teoría y los hechos. Veamos si persistirá este acuerdo cuando busquemos la explicación de los demás fenómenos, es decir, de las manchas, poros, fáculas y protuberancias.

EXPLICACIÓN DE LAS MANCHAS

Acabamos de observar que circulan por la fotosfera corrientes paralelas al ecuador, cuya velocidad decrece hacia los polos. Es inevitable, en tales circunstancias, la aparición de movimientos giratorios; se formarán torbellinos donde quiera,

lo mismo que acontecería en un río en el que tuviesen velocidades distintas los filetes líquidos paralelos á la corriente.

Para formarnos una idea clara de estos fenómenos, detengamos el movimiento de traslación general aplicando á cada molécula una velocidad igual y contraria á la media de todas las velocidades.

En la orilla en que era más débil la corriente quedará un pequeño exceso de velocidad aguas arriba, y en la que la corriente era más rápida, la resultante será una pequeña velocidad aguas abajo. Compréndese, pues, que habrá como una tendencia al giro alrededor de algún eje vertical. Ocurrirá lo mismo que cuando con dos dedos se imprimen impulsiones opuestas á una perinola, formándose desde luego un torbellino descendente. Devolviendo en seguida á cada molécula del río la velocidad media que, en hipótesis, se le quitó, seguirá el torbellino el hilo de agua tragándose cuantos cuerpos flotantes se hallen en su círculo de acción.

Muy bien conocen los ingenieros, marinos y nadadores esos torbellinos descendentes de eje vertical. ¡Ay del que se deje arrastrar por ellos! Si intenta luchar agotará sus fuerzas, arriesgando su vida. El único partido que le queda consiste en dejarse arrastrar al fondo; llegado á la parte en que aquél se estrecha, basta dar con el pie en el suelo para que se desprenda el nadador y vuelva á la superficie, fuera del torbellino en que se aleja.

Ya que no sea fácil presentar esos torbellinos que nacen en las corrientes de agua y siguen su curso, he aquí uno que puede reproducirse aunque siendo un tanto distintas las circunstancias y sin ofrecer completa identidad con los precedentes. Tomemos un vaso de cristal agujereado por su parte inferior y hagamos que llegue agua tangencialmente á la pared. Se produce un torbellino que en la parte superior presenta el ancho del embudo y va estrechándose inferiormente hasta el agujero por donde sale el agua. Para hacerle más visible se echa polvo ó serrín, cuerpos ligeros que arrastra el torbellino; giran al ir bajando tanto más velozmente cuanto más se estrecha el embudo. Por cima, en la boca del embudo, nótese una depresión muy marcada del nivel superior del líquido.

Si se introduce una varilla verticalmente, da vueltas con tanta mayor viveza cuanto más penetra en el torbellino. Pero lo repito, es una imagen y no reproducción completa de los fenómenos que aquí estudiamos.

Estos no se forman solo en las corrientes líquidas: se les encuentra en los gases en movimiento, en nuestra atmósfera, por ejemplo, con variadas dimensiones. Verdaderos ríos aéreos, bien conocidos por los aeronautas, existen á diversas alturas de nuestra atmósfera, y las menores diferencias de velocidad entre las orillas de aquéllos, engendran torbellinos. Estos bajan verticalmente hasta el suelo, al través de las capas de aire en reposo, siguiendo la corriente superior que los alimenta. Entonces descienden de las nubes esas trombas y temibles tornados que tantos estragos causan. Las trombas duran poco; pero los ciclones, que no son más que trombas muy grandes, duran á menudo semanas enteras y recorren con la velocidad de un tren exprés los continentes y los mares, llevando consigo la tempestad. Hácense visibles las trombas por la niebla que ordinariamente las envuelve, á causa del frío que producen al atravesar las capas de aire húmedo.

Pues bien: habiendo desigualdades de velocidad en las corrientes paralelas de la fotósfera, deben producirse torbellinos grandes ó pequeños. Los pequeños son poros; los grandes, manchas. Encuéntranse en los primeros todos los caracteres de las trombas, en los segundos los de los ciclones. En la boca ensanchada arrastrarán el hidrógeno de la cromósfera, produciendo en todo su trayecto vertical una notable disminución de temperatura y oscuridad relativa, debida á la opacidad del hidrógeno frío absorbido.

Véase el corte de uno de esos torbellinos: falta la fotósfera, pero las corrientes de vapores que la habrían formado se condensan un poco más abajo, á los lados del torbellino, merced al frío que éste produce á su alrededor. Estas nubes brillantes, ya no redondas, sino prolongadas á lo largo de las paredes del embudo, le forman una especie de funda luminosa; pero como se las ve al través de mayor espesor de hidrógeno que las nubes de la fotósfera, dicha funda ó estuche lu-

minoso será relativamente gris. Este es la penumbra, que por ser exterior no participa del giro, salvo en ciertos casos excepcionales.

SEGMENTACIÓN DE LOS TORBELLINOS

Dedúcese de lo expuesto que las manchas presentan todos los caracteres de los torbellinos terrestres.

Como los torbellinos, ofrecen las manchas todas las dimensiones imaginables, desde el poro imperceptible hasta las manchas por las que nuestro planeta pasaría holgadamente. Como los torbellinos, siguen el hilo de la corriente en que tomaron origen; se agrandan y se extienden hasta que les es preciso descomponerse.

Nuestros torbellinos aéreos sufren á menudo igual suerte. Se segmentan y dan origen á otros torbellinos, á trombas completas é independientes.

Citemos un caso: llega un gran movimiento giratorio á las costas de Argelia. Se descompone en seguida en tres trombas perfectamente distintas que bajan verticalmente hasta el mar y azotan el agua en remolinos circulares con grandísima violencia. Los buques tienen que escapar, pues tal es su ímpetu, que en tierra arrancan las trombas árboles de cuajo y derriban casas.

Véase cómo se verifica esta segmentación. Representando el corte y el plano de una mancha solar, se observa en el segundo que se ha alargado la mancha y que una especie de puente luminoso atraviesa de súbito el núcleo negro: es el principio de un desdoblamiento; se ha dividido en dos el giro primero. Cada uno de los torbellinos forma embudo y tienden á separarse en seguida. ¿Queréis saber cómo se ha formado aquel puente luminoso al través del núcleo? Simples bocanadas de vapores ascendentes que arrojaba el torbellino á su alrededor, aprovechándose del intervalo entre los dos embudos, se han deslizado por él y elevádose. Han formado así en la línea de separación de las dos trombas, una serie de nubecillas semejantes á las de la penumbra.

Bien pronto se completarán y separarán los dos embudos;

nuevas nubes se formarán entre ellos; bien pronto habrá allí una faja fotosférica y aparecerán las dos manchas con sus penumbras distintas, tan completas como la mancha madre.

A veces hay más que un desdoblamiento, pues ocurre que una gran mancha solar, á la manera que un ciclón terrestre, engendra á la vez una docena de torbellinos separados.

¿No he conseguido ya con lo dicho vencer la dificultad que se oponía á que se comprendiera analogías tan notables?

CIRCULACIÓN DEL HIDRÓGENO Y PROTUBERANCIAS ROSAS

Lo que sigue es, digámoslo así, evidente de suyo. En nuestros ríos los remolinos ú ollas arrastran hacia abajo el agua de la superficie, la cual, después de haber trabajado sobre el lecho del río, sale por la parte inferior de aquéllos, sin tendencia alguna á elevarse. Solamente los objetos ligeros, como las maderas, trozos de hielo, etc., absorbidos, vuelven á la superficie.

En la atmósfera, los torbellinos arrastran también el aire de la parte superior; pero éste, más comprimido cada vez, cuando sale tumultuosamente por el pie de la tromba, después de haber trabajado sobre el suelo ó el mar, es próximamente tan denso como el aire ambiente y no sube ya (1). En el sol pasan las cosas de otra manera. Los torbellinos se tragan el hidrógeno de la cromósfera, por lo cual hállase ésta sensiblemente deprimida por cima de la mancha, así como se notó antes que el nivel del agua estaba deprimido por cima del remolino acuoso. Ahora bien; el hidrógeno es el más ligero de todos los gases: por muy comprimido que esté al llegar á las capas profundas, no deja por eso de ser más ligero que este medio ambiente cargado de vapores metálicos; tiende, pues, á subir.

Sube, con efecto, tumultuosamente alrededor del torbellino y levanta un poco, á su paso, las nubes de la fotosfera

(1) Excepto el caso de los torbellinos secos, es decir, los que no arrastran consigo cristales de hielo ó vesículas nubosas en estado de sobrefusión.

(produciendo así las fáculas), atraviesa la cromósfera en virtud de su velocidad adquirida y gran calor, y, finalmente, salta en el vacío casi perfecto que rodea al sol. Dilátase allí en formas muy caprichosas y vuelve á caer en la cromósfera, cuyo nivel permanece casi constante.

Ya antes hemos indicado que estas protuberancias rosas no se veían antiguamente más que á favor de un eclipse total, pero que hoy pueden ser observadas á toda hora con el espectroscopio. Saltan siempre como surtidores alrededor de las grandes manchas y adquieren dimensiones considerabilísimas. También los poros las producen, pero son menos altas, más difusas y no ofrecen indicios de los vapores metálicos que arrastran consigo las erupciones más violentas que se advierten alrededor de las grandes manchas.

CONCLUSIONES

En resumen: el sol es una gran máquina térmica organizada de modo que irradia indistintamente hacia todas las regiones del espacio enorme provisión de calor con constancia y duración maravillosas.

El hogar es la misma masa del astro, dotada desde su origen de una prodigiosa cantidad de calórico que contribuye á alimentar la contracción progresiva de la masa entera. La causa del enfriamiento está en el espacio celeste que sólo recibe las radiaciones de los demás astros, sumamente debilitadas por la enorme distancia que separa á unos de otros. El condensador es la fotósfera. El medio de regularización es la invariabilidad natural de la temperatura á que se producen las combinaciones químicas y de la temperatura á que se destruyen.

El juego de la máquina consiste en corrientes ascendentes y descendentes, de las cuales unas arrastran vapores y las otras sustancias sólidas y enfriadas. El medio de transporte del calor del centro á la superficie consiste en que estas sustancias sólidas ú oxidadas toman de las capas centrales, para disociarse, una cantidad de calor que sus vapores llevan

más arriba, en la fotósfera, en donde lo reproducen al combinarse.

Como consecuencia indirecta, pero inevitable, del doble juego de estas corrientes, se altera la rotación; se producen en las capas superficiales corrientes paralelas al ecuador, y en estas corrientes se forman torbellinos de magnitud variable que siguen su marcha.

Imposible no advertir con sorpresa la analogía que, desde el punto de vista mecánico tan sólo, hay entre el sol y la tierra. El calor interno de la tierra no desempeña hoy día ningún papel: todo depende del calor recibido del sol. No obstante, tenemos también un hogar, una caldera y un condensador, esto es, cuanto hace falta para constituir una máquina térmica. El hogar y la caldera son el suelo y la superficie de los mares que reciben y absorben el calor solar. El agua de los mares suministra el vapor; la atmósfera suministra el gas. El condensador es también el frío del espacio celeste, que reina alrededor del globo. Hoy día hay además un segundo condensador, el frío de los polos. Para prescindir de este y hacer resaltar la analogía del mecanismo solar con el mecanismo terrestre, remontémonos á la época carbonífera de los geólogos, en la cual tenían los polos una temperatura muy semejante á la de las zonas tropicales. Entonces el vapor que se formaba abajo subía verticalmente alrededor de la tierra yéndose á condensar á dos alturas distintas, la de las nubes ordinarias formadas por vesículas acuosas y la de los cirri, formados por agujas sólidas de hielo. En ninguna parte se veía el cielo azul ni los astros que se descubren en perspectiva. Caía de toda esta envoltura de cirri una nieve cristalizada, que, fundiéndose algo más abajo, llegaba al suelo en forma de lluvia.

De aquí debía resultar una alteración sensible en la rotación de las altas regiones de la atmósfera. Pero las corrientes resultantes eran entonces, como lo son aún en el sol, paralelas al ecuador.

Los torbellinos, esto es, los ciclones marchaban de Este á Oeste sin desviarse hacia los polos.

La constitución meteorológica era sencilla: cielo cubierto

uniformemente; isothermas y corrientes superiores dirigidas según los paralelos terrestres.

Más tarde se produjo cierta modificación: convirtiéronse las regiones polares en dos condensadores adicionales (1), mientras que el hogar y la caldera se han reducido en las zonas tórridas. De suerte que si bien ha cambiado la manera de funcionar de la máquina terrestre, ha sido siguiendo siempre los mismos principios.

Además de las corrientes paralelas al ecuador de la época precedente, hay ahora extensas corrientes casi horizontales, determinadas por los dos condensadores polares. Las corrientes resultantes, combinadas con la rotación del conjunto, presentan aspecto muy distinto. En el seno de las corrientes superiores actuales se engendran torbellinos análogos á las manchas y poros del sol, es decir, los ciclones y los tifones, los tornados y las trombas.

Cerca del punto de partida se mueven aproximadamente en sentido del ecuador, como en la primera época geológica, pero desviándose insensiblemente hacia uno y otro polo. Bien pronto se acentúa esta desviación, y más allá de los 30° de latitud boreal ó austral, marchan á la vez hacia el Este y el polo, lo que les da, en ambos hemisferios, formas parabólicas, cuya simetría con respecto al ecuador, es tan notable como en la época precedente.

Los ciclones que nacen en estos ríos aéreos siguen á las corrientes. A esto se debe que los europeos recibamos tem-

(1) Hay que añadir á éstos las altas montañas que condensando el vapor de agua, formaron en diversas épocas, posteriores á la de que acabamos de hablar, glaciares más ó menos extensos.

Estos accidentes de la superficie del suelo son ellos mismos resultado de la presencia de los polos de frío. En efecto, la acción del frío polar, propagada incesantemente al fondo de los mares por las corrientes inferiores, activó en gran manera el enfriamiento de la corteza submarina, la cual engruesó mucho más que la restante. De aquí diferencias de presión sobre el núcleo fluido interior y, por consiguiente, la serie de fenómenos geológicos denominados *ruptura de la corteza, movimiento de báscula de los fragmentos, levantamientos de las cadenas de montañas*, etc., que se produjeron para restablecer el equilibrio de las presiones y mantener la primitiva figura matemática del globo.

pestades que antes se presentaron en América. Estas tempestades atraviesan los mares siguiendo trayectorias tan regulares que en las oficinas del *New York Herald* pueden predecir su marcha con arreglo á los datos recogidos en el territorio de la Unión y anunciárnosla por telégrafo con algunos días de anticipación. Es tal la importancia de estos admirables anuncios, que las naciones del viejo mundo, en vez de dejarlo encomendado á los redactores de un periódico, deberían haber organizado há tiempo en los Estados Unidos é islas del Atlántico establecimientos meteorológicos internacionales que se ocupasen en estudiar dichas trayectorias y nos telegrafiaran más exactamente aún que el *Herald* americano, á ser posible, la llegada de esos inmensos y peligrosos torbellinos.

Como en el sol, cuanto pasa en nuestro hemisferio Norte se repite simétricamente en el hemisferio Sur. Las trayectorias de las tempestades en el océano Indico ó en el Pacífico austral, son á manera de parábolas simétricas á las nuestras: nuestros ciclones giran de derecha á izquierda; los del Sur giran de izquierda á derecha. Por lo demás, la misma figura, la misma fuerza mecánica, igual tendencia á crecer y segmentarse, la misma posibilidad de anunciarlos con anticipación de un punto á otro de su curso ordinario. ¿Necesitaré añadir que son descendentes en la tierra como en el sol?

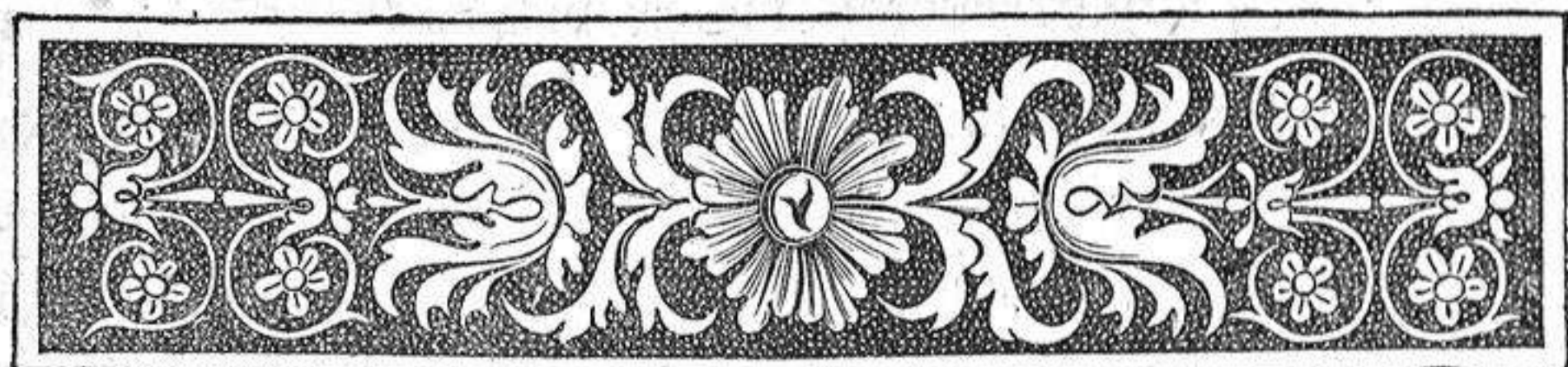
He hecho esta comparación para contestar de antemano á la pregunta siguiente: ¿de qué sirve estudiar los fenómenos lejanos del sol? Ya se ve: el estudio del sol nos hace comprender la meteorología terrestre. Antes de este estudio fundábase la meteorología dinámica en una idea falsa; se creía que los torbellinos terrestres, los ciclones, los tifones, las trombas, eran fenómenos determinados exclusivamente por particularidades locales, que nacían al ras del suelo y desde éste se elevaban hacia las nubes. Transcurrían los años sin que aquella ciencia adelantase un solo paso. Y este paso decisivo lo ha dado ya merced á la teoría del sol.»

Así termina la eruditísima conferencia del afamado astrónomo, quien ha visto agotarse en menos de un año su magnífica obra *Sur l'origine du Monde*, de la cual se ha trata-

do más de una vez, con el aplauso que merece, en la REVISTA CONTEMPORÁNEA. El respeto que tenemos al sabio conferenciante nos impide proporcionarnos la satisfacción de indicar los puntos más brillantes y las consideraciones más ingeniosas que realzan, á nuestro juicio, el mérito de este notabilísimo discurso.

R. ÁLVAREZ SEREIX.





DON DIEGO DE TORRES VILLARROEL

(ESTUDIO DE SU VIDA Y OBRAS)

I



ON Diego de Torres Villarroel es uno de los pocos escritores del siglo XVIII que merecen estudiarse.

A su pluma, que corre con suma facilidad derramando sales; á la variedad de sus facultades, que se revelan en multitud de obras científico-literarias, hay que añadir el mérito de haber sido el doctor salmantino restaurador de los estudios matemáticos en aquella Universidad. En una época de general decadencia, por no decir ruina, de este linaje de conocimientos, él los sacó del olvido, los recomendó con su ejemplo, los propagó en sus libros, y merced á ellos y á su cátedra, pudo dar vida y vigor á una generación de aritméticos y naturalistas apreciables.

Aparte de esto, el catedrático de Salamanca, que escribió su propia biografía, nos ha dejado en sus páginas datos muy curiosos, episodios amenos, que son dignos de atención, ya por la faz cómica de unos, ya por el interés científico de otros, ya por la gracia y variedad de todos. Torres Villarroel, admirador de Quevedo, suele dar á su estilo la chispeante ligereza del más profundo de nuestros satíricos.

Habla de sí mismo con desapasionada franqueza, y, aunque no escatima á sus adversarios, filósofos *pajizos* y *graves*, las tintas más fuertes de su paleta *realística*—como hoy se dice,—los describe en montón, en conjunto, sin llegar al rojo-oscuro del personalismo ni al verde-amarillo de la cólera. No busca los matices graduados por la templanza, y parece que los halla al usar de prudentes reservas. Es un hombre que confiesa en estilo llano, demasiado llano á veces, sus errores y sus faltas. La posteridad, esto es, la Historia sabrá, tal vez, perdonárselas.

Siguiendo al biógrafo que se retrata á sí mismo, intentamos dar una idea cabal de su vida y de sus obras. Para narrar los hechos de aquélla, robarémosle más de una vez frases enteras, rasgos originales; para extractar y censurar éstas, apelaremos al criterio más imparcial y desembarazado de prejuicios. La crítica general del prosista y poeta que nos ocupa, es sobremanera fácil, porque entra, por su estilo, en el prosaísmo característico de su centuria literaria: razón por la cual seremos parcos en este género de consideraciones. Pero si ahorramos detalles de crítica, no omitiremos nada, aun á riesgo de caer en prolijidades, de todo aquello que se relaciona con las tendencias filosóficas é índole moral del siglo, ó con la historia—casi toda inédita—de la ciencia española.

Supuesta la benevolencia de los peritos en estas materias, entramos sin más preámbulos en la biografía del Dr. D. Diego de Torres Villarroel, catedrático de Prima de Matemáticas en la Universidad de Salamanca.

II

Los rigores de la pobreza ó los arranques de la edad, arrojaron de Soria, dos siglos hace, á dos jóvenes hermanos, Francisco y Roque de Torres.

Este último paró en Almeida de Sayago, donde se dedicó á la agricultura. Cansado de las rústicas tareas y habiendo

reunido algunos ahorros, se hizo *recobero*, acarreando huevos y pollos al Corrillo de Salamanca y á la Plaza de Zamora. De afable trato, de carácter jovial, de corazón sencillo, llegó el sayagués á los noventa y dos años, prolongándose más allá de su vida la memoria de sus chistes en los mercados salmantinos y zamoranos. Hay familias que tienen la alegría por herencia.

Francisco de Torres dejó rastro más largo de su existencia. Después de rodar por las porterías de muchos conventos de Salamanca, asentó en casa de un boticario. Entreteniéndose sus ocios con los *Cánones del Messue*, salió tan discreto gramático y excelente farmacéutico, que conquistó la cédula de aprobación del Tribunal de la Medicina, y, muerto el boticario, la blanca mano de la viuda, todavía joven y dispuesta á los goces y pesadumbres del matrimonio. Nació de éste Jacinto Torres, abuelo de nuestro héroe.

III

Jacinto crióse, según su descendiente Villarroel, como hijo de viuda, libre, regalado, impertinente y vicioso. Su genio aventurero lo llevó á Flandes. Una enfermedad, á los dos años de sentar plaza, le dejó inválido y cojo; pero la necesidad le obligó á aprender un oficio, y en el de tapicero fué tan famoso, que en Salamanca se guardaban con gran aprecio sus manufacturas. Vuelto á esta ciudad, pudo escribir á la puerta de su taller este rótulo: «*De el Rey nuestro Señor Tapicero.*»

Casado con María de Vargas vivió largos años de dulce tranquilidad y mediano pasar; fueron sus hijos Pedro, María y José.

Este último murió en Indias en un convento de carmelitas descalzos. Pedro quedó en Salamanca estudiando gramática latina, cuando murieron sus padres.

Dueño absoluto de sí mismo, abandonó á Antonio de Le-

brija, y juntamente su patria, marchando á Extremadura. Sirvió en Alcántara á D. Sancho de Arias y Paredes, acompañando á la escuela á los hijos de este caballero. En su condición de criado, llegó á igualar en ciencia á sus amos, instruyéndose—dice Villarroel,—en los sistemas filosóficos de Aristóteles.

De Alcántara pasó á Madrid, cansado tal vez de la vida pobre que llevaba ó del porvenir oscuro que entreveía en la primera de estas ciudades.

Fué librero en la corte, y después en Salamanca, donde casó con Manuela de Villarroel; matrimonio fecundo, pues lanzó á la vida diez y ocho hijos, de los cuales sólo vivían tres, Manuela, José y Diego, allá por el año de 1752, fecha de la edición más antigua que hemos visto de la *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras* de este famoso doctor, escrita por él mismo (1).

Vivía con templanza y limpieza la familia del librero, merced á la economía y el trabajo; pero comenzóse, por los años de 1703, á desmoronar la tienda por el abandono que de ella hacía su dueño, entregado en cuerpo y alma, como procurador del común, á la administración y fomento de la hacienda municipal, con detrimento de la suya. *Rara avis...* entonces y ahora.

Tan bien cumplió sus deberes públicos el honrado procurador, que se arruinó el descuidado librero. Informado el Real Consejo de Castilla de tan raro y loable proceder, mandó á la ciudad de Salamanca que le diesen á D. Pedro *cuatrocientos ducados* anuales y *trescientos doblones*, como en justa compensación de las pérdidas sufridas en sus bienes particulares por atender á los públicos.

Concluída la guerra de Portugal, durante la cual acaeció el desmoronamiento de su librería, D. Pedro tuvo el consuelo de ver aumentado su sueldo, ó mejor dicho, su bien ganada cesantía.

Diego de Torres era entonces, según sus ingenuas frases,

(1) Conocemos y poseemos también la edición de MDCCLXXXIX, publicada en Madrid, en la oficina de D. Benito Cano.

un mozo de diez y ocho años, que servía de estorbo, de escándalo y de añadidura á la pobreza, y viendo la extrema necesidad que llegaba á los umbrales de su casa, dejó la compañía de sus padres con el sano propósito de no permitir que la miseria y el desconsuelo se apoderasen de su cansada vida.

IV

Llegó Diego á Madrid.

A los pocos días, gracias á la amistad que contrajo con D. Jacobo de Flon, superintendente de las rentas del tabaco de la Corona, alcanzó 400 ducados y un *título postizo*—frases del autor—de visitador de los estancos de Salamanca. A este socorro anual no tardó en agregar la administración de los Estados de Acevedo del Conde de Miranda, siendo desde entonces más descansada la vejez del honrado librero y más risueña la juventud de su buen hijo.

Era el padre de Diego hombre muy gracioso, de agradable trato, de conversación entretenida y variamente docta. No salía de su tienda vendido libro alguno, antiguo ó moderno, que él no hubiese leído con cuidado é inteligencia. Fué verdadero en sus tratos, humilde en sus obras y palabras y pacífico y resignado en todas sus adversidades. Murió á los sesenta y ocho años de su edad, á consecuencia de unas parótidas. Hasta la última hora no dejó las agudezas de su ingenio, reflejado con viveza en las obras de su hijo el doctor don Diego de Torres.

La viuda, cargada con setenta y cuatro años, cuando éste consignaba tales cosas en su historia, arrastraba la pesadumbre de su edad sin desazones ni fatigas.

Esta robusta salmantina fué hija de un tendero de lienzo, cuyo capital se reducía á los productos de su comercio, unas viñas y una bodega en el lugar de Villa-Mayor. Pero entremos de lleno en la vida de su hijo.

V

Nada de particular tiene que contar el biógrafo de la niñez de su héroe, ó sea de su niñez.

Nació sin ruido en humilde casa del barrio de los Libreros de Salamanca. Fué bautizado en la parroquia de San Isidoro y San Pelayo. Su buena madre no tuvo, durante su embarazo, antojos, ni sueños ni revelaciones de lo que había de ser el fruto de sus entrañas. No rodearon la cuna del infante abejas codiciosas que buscasen en los tiernos labios la miel de la poesía ó la sal de la ciencia. Fué, como todos los niños del mundo, á ratos gracioso, á ratos terrible. A los cinco años pusiéronle sus padres la cartilla en la mano; á fuerza de azotes y sustos aprendió á leer y escribir, rompiendo á los diez años las cadenas que lo ataban á la galera de Pedro Rico, maestro del futuro matemático.

Aunque entre libros nacido y criado, no eran su afición los libros. Torres prefería el trompo, el rehilete y la matraca.

Mozo ya, los paseos y aventuras amorosas no le dejaron pensar en la nobleza y utilidad de la ciencia. A los libros antiguos tenía algún respeto; pero al ver luego que se forjaban en cabezas achacosas, tan vanas como la suya, cobró aborrecimiento á todo género de libros. «Unos, dice Villarroel, los hacen por vanidad, otros por codicia, otros por la solicitud de los aplausos, y es rarísimo el que para el bien público se escribe...» No había cumplido los treinta y cuatro años, cuando renegó de todos, y una mañana que se despertó con el delirio de este odio exagerado, repartió entre sus amigos y conocidos su librería, dejando solamente encima de su mesa, y en silla colocada á la cabecera de su cama, la *Parte tercera de Santo Tomás*, la *Imitación de Cristo*, el *Padre Croisset*, *Don Francisco de Quevedo* y algunos devocionarios.

VI

Retrocedamos.

¿Qué aprendió Torres en la escuela?

Muy poco.

Un oficial de tejedor, vecino de nuestro mozo, influyó mucho en la desaplicación y travieso carácter que le distinguieron en los últimos años de su vida escolar. El gallego—que gallego era el mal consejero de Torres,—alabando su valentía y buenas prendas, le metió en tales empeños y aventuras tales, que mereció el epíteto de *Piel de caballo* por sus alardes de temerón y sus hazañas de guapo. Salió, por esto, de la enseñanza primaria leyendo malamente, escribiendo caracteres claros y gordos, «instruído en las cinco reglillas de sumar, restar, multiplicar, partir y *medio partir*,» y regularmente aleccionado en el catecismo de la doctrina cristiana.

Con estos principios y conatos de enmienda, pasó Villarroel á estudiar gramática latina en el Colegio Trilingüe de Salamanca.

VII

Fué su primer maestro en los preceptos de Antonio de Lebrija el doctor en filosofía D. Juan González de Dios.

Tres años estuvo en el pupilaje «abundante y virtuoso» de la casa de este preceptor, hombre severo, silencioso, retirado de la multitud, sentencioso, y por ende parco en sus palabras, rígido y escrupuloso en sus acciones.

Disimulando su inapetencia á los estudios, salió Torres del colegio de maestro tan venerable; siendo el hijo del librero, mediano en el estudio del latín y no peor en sus hábitos morales.

VIII

Cuatrocientos estudiantes cultivaban su inteligencia en las aulas del Trilingüe.

A todos y á cada uno de ellos alcanzaba aquella enseñanza, que consistía en pasar tres ó cuatro años bajo las amenazas del azote entre Homeros y Virgilio, muchos Ovidios y pocos Prudencios.

Indudablemente se conseguían allí adelantos filológicos, aunque se usase del refrán «La letra con sangre entra,» y así lo entiende nuestro salmantino, educado según el refrán.

«Disparate parece—nos dice—preferir que se hayan de criar los viejos con azotes como los niños; pero es disparate apoyado en la inconstancia, soberbia, rebeldía y amor propio nuestro, que no nos deja hasta la muerte... En todas edades somos niños y somos viejos, mirando á lo antojadizo de las pasiones: en todo tiempo vivimos con inclinación á las libertades y á los deleites foragidos, y valen poco para detener su furia las correcciones ni las advertencias. El palo y el azote tienen más buena gente que los consejos y los agasajos... El loco por la pena es cuerdo.»

IX

Desde el citado pupilaje pasó Torres con una beca al Trilingüe.

Examinado en el claustro de diputados de la Universidad, fué aprobado por unanimidad.

Empezó los estudios mayores y la vida de colegial á los trece años, bajo el rectorado de un clérigo, irreprochable en sus costumbres, pero ya viejo, enfermo y achacoso. El P. Pe-

dro Portocarrero, jesuíta, fué el maestro de filosofía de Villarreal. Apesar de las correcciones, avisos y asperezas del rector, el nuevo colegial se entregó, con otros compañeros, á los desórdenes y libertades de la holgazanería.

Asistiendo poco al aula y no faltando al juego, llegó á las lecciones ó cuestiones últimas de la Lógica. Ni las amonestaciones de su padre, ni los sermones del rector, lograron apartarle de aquel camino; no volvió más á la cátedra de Filosofía, y acudió sólo á la de Retórica, obligación inexcusable de la beca que disfrutaba. Tan sabio era el jesuíta filósofo como imperito en preceptiva literaria el encargado de su explicación, D. Pedro Samaniego de la Serna.

Lo que aprendió el mozalvete fué á bailar, á jugar la espada y la pelota, torear, hacer versos y apurar los recursos del ingenio para librarse de la reclusión y de las faenas escolásticas. Profesó de *jácara*, y se hizo al trage, idioma y usanza de la picaresca grey, con tal conformidad que más parecía hijo de Pedro Arnedo que de Pedro de Torres. De noche disfrazábase de sacristán, sastre, amolador ó sopón; representaba jácaras por él compuestas; manejaba los cubiletes como un titiritero; acompañaba á la guitarra mil tonadillas; danzaba con soltura todos los bailes españoles, ya con las castañuelas, ya con la espada; hacía, en fin, todas las diabluras que inventar puede la imaginación más juvenil y arrebatada de un calavera.

Cinco años pasó de este modo, y, vuelto á su casa, no cesaron sus nocturnas algaradas y ataques á las cenas de la capilla de Santa Bárbara, á las cazuelas de las pastelerías y á las casas de los barrios extraviados donde sonaba el pandero. Cuando no podía escapar del hogar paterno, leía, por engañar el tiempo, algún libro de los que habían quedado de la antigua librería, y entonces, por vez primera, hirió la atención del matemático futuro un tratado del P. Clario sobre la esfera.

X

Llevado de sus imaginaciones, ganoso de más libertad, una tarde que salieron al campo sus padres y hermanos, abandonó Diego la casa paterna, y con una camisa, un pan y 12 reales en calderilla, se entregó á los caprichos de la suerte.

Llegó aquella noche á la Calzada de San Diego. La paja de unas eras fué su lecho y su posada. El sol lo despertó, y con él despertaron los buenos pensamientos de tornar á su nido; pero vencieron, en aquella lucha de temores y esperanzas, las inclinaciones de su espíritu aventurero.

Resuelto á probar fortuna, se encaminó á Portugal.

Entró por Almeyda. Intención llevaba de parar en Braga, fiado en un amigo y paisano suyo que allí residía; pero más allá de la *Ponte de Coba*, un ermitaño, que conoció las necesidades del caballero andante, brindóle con la tranquilidad, independenciam y holgura de una vida retirada y apacible, forzándole con sus dulces razonamientos, acompañados de un grueso pernil que asomaba por una alforja, á seguir.

..... la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.

Diego quedó al servicio del santero. Sus ocupaciones eran allí barrer la ermita, atizar la lámpara y cuidar de un asno, que les servía para sus excursiones á los pueblos vecinos en busca del sustento cotidiano.

Era tranquila la vida de los ermitaños, su comida más que moderada, no pocas las diversiones y regular el descanso. Juan del Valle se llamaba el amo de nuestro héroe, y había sido guarda mayor y administrador de rentas reales en Barcelona. En las asperezas de Cataluña recordaban su valor y

su cortesía. Temiendo ciertas asechanzas que le había empezado á poner la fortuna para derribarlo, se ocultó de sus enemigos en la oscuridad del despoblado, allá en la cuesta de Mundín. Era aquel un hombre muy querido en los pueblos comarcanos, porque no importunaba pidiendo, sino que gustaba por su discreción cortesana y gracioso decir, siendo humilde sin hipocresía y mendigo sin lloriqueos ni afectaciones. Pasados algunos años de esta aventura, encontró Diego, honrado entonces como profesor en Salamanca, á su amigo que estaba de portero en el colegio de San Cayetano, donde el antiguo santero mereció hasta su muerte el cariño de todo el mundo.

No podía ser muy larga la estancia del aventurero en aquella soledad. Un día se ausentó Juan de su ermita. A ella se acercó una familia portuguesa, de la cual formaba parte una buena moza, que despertó los mal adormidos ímpetus del joven ermitaño. Temiendo el discípulo que su maestro, al regresar, le reprendiese agriamente por su alboroto, sacó de un arcón su vieja ropa y se la vistió en lugar del saco, capilla y alpargatas, que constituían su disfraz eremítico, enderezando *in continenti* sus pasos á Coimbra, donde su imaginación esperaba encontrar el oro y el moro.

XI

Arribó á la ciudad universitaria.

Presentándose en los sitios más concurridos, no tardó en persuadir á las gentes que era un excelente *chímico* y había sido su primer oficio *maestro de baile*. Con tan varias facultades se anunciaba y recomendaba por su boca misma, á falta de reclamos pomposos en los periódicos, que hoy hacen *chímico* y doctor eminente á cualquier charlatán, menos listo sin duda que el matemático de Salamanca. Algunas recetas que guardaba en su memoria y las lecciones del arte de danzar que había recibido años antes, le proporcionaron

«alegres discípulos, desesperados enfermos y un millón de aclamaciones necias.»

Fué en el baile donde más acreditó su habilidad, como más diestro en inventar compases que en aplicar medicamentos. Juntó buenas monedas de oro, algunas camisas, un par de vestidos, y valiosas relaciones de amistad, y hubiera, con su feliz ingenio, dominado la Universidad y el pueblo de Coimbra, si los celos de un destemplado portugués (historia que su autor considera digna del olvido) no le hubieran obligado á abandonar su consulta médica y su academia de baile.

Estuvo en Oporto algunos meses como un caballero particular que vive de sus rentas. Agotábanse éstas rápidamente y renacía la urgencia de buscar nuevos caminos por donde continuar el viaje accidentado de su vida.

La de soldado parecióle más regalada que otras, y sentó plaza en el regimiento de Ultramarinos de la compañía de D. Félix de Souza. Cumplió bien en la milicia, captándose el afecto de sus superiores. Solo trece meses ostentó la librea verde. Unos paisanos suyos, que de Salamanca habían ido á Lisboa á torear en unas fiestas reales, encontraron casualmente á Villarroel en la corte de Portugal, y, ofreciéndole su protección y exagerando los gajes del oficio, le excitaron á trocar la librea militar por la chaquetilla y el chambergó de torero. Convencido fácilmente, se despojó en un convento del uniforme, vistióse el traje de un Manuel Felipe, incorporóse en la nueva tropa, y, todos juntos, sin accidente notable en su caminata, llegaron, camino de Salamanca, al lugar de Valde la Mula, donde el desertor del ejército portugués se detuvo, pretextando tenía que parar *à fortiori* algunas semanas en Ciudad-Rodrigo.

Un Sr. D. Juan Montalvo vistió de estudiante al apócrifo torero, y, yendo y viniendo cartas de ruego y clemencia á Salamanca, se arregló la cuestión del ingreso del hijo pródigo en el hogar paterno. Recibido en él con los brazos abiertos, avergonzado de sus extravíos el santero, físico, bailarín y soldado, adoctrinado ya en la escuela de la adversidad, llegó Torres á los veinte años, curtido tan joven por la ex-

perencia, y dispuesto á andar por caminos más rectos y silenciosos.

XII

Los estudios de Villarroel comienzan ahora.

No hacía en casa de sus padres vida de ermitaño; bastante la había hecho en Portugal. Asistía á las diversiones honestas, y muchas horas de retiro y calma las dedicaba al estudio de las facultades entonces más desconocidas. Encontró unos tratados de astronomía escritos por Andrés de Argolio, y otros de astrología, impresos por David Origano, y se aficionó á su lectura, acrecentándose su amor á la ciencia con las conversaciones que tenía con el P. Manuel Hemer, clérigo de San Cayetano y sujeto en estas materias peritísimo.

A los seis meses de estudio hizo Torres los que el llama *Almanakes y Prognósticos*. Hacer esto, fabricar mapas, trazar figuras y fijar épocas, eran en aquel tiempo cosas no comunes y en verdad difíciles y recónditas. Se gobernaban los españoles por las mentiras del gran Sarrabal, y esperaban ansiosos los cuatro pliegos de embustes que se tejían en Milán; por lo cual fueron aborrecibles y ásperas las primeras investigaciones matemáticas del joven aspirante á *verdadero Zaratano* de su época.

Para sosegar las voces que levantaban contra él los desocupados y los envidiosos, pidió á la Universidad salmantina la sustitución de la Cátedra de Matemáticas, que había estado sin maestro treinta años y sin enseñanza más de cien. Se le concedió lo que solicitaba, y tuvo no pocos discípulos. Rematados los dos primeros cursos, presidió un acto de conclusiones geométricas, astrológicas y astronómicas, que fué una solemnidad científica, asaz extraña, donde un concurso lucido y numeroso premió con vivos aplausos los progresos del joven catedrático.

XIII

Hacía también algunos versos.

Estudiaba, en ratos que le abandonaban las musas, la teología moral de los salmaticenses, y el compendio del Padre Lárraga, que todavía va guardado en la maleta de los curas de misa y olla.

El padre de Torres solicitó para su hijo una capellanía en la parroquia de San Martín, de Salamanca, y sobre esta cóngrua (600 reales al año) recibió á los veinte y uno de edad el orden de subdiácono. En él descansó y, puesta la consideración en los votos que guardar debía, resolvióse á no avanzar en un camino sembrado, para él, de dificultades. Pusiéronle pleito sobre la naturaleza de la cóngrua con que se había ordenado, y, por evitar cuestiones y no sentirse con vocación para el sagrado ministerio, cedió generosamente la renta, y se quedó, como él dice, «entretallado entre la Epístola y el Evangelio.»

Antes de cumplir la edad prescrita por el Concilio de Trento para los beneficios curados, hizo dos oposiciones á los del obispado de Salamanca. Hízolas por contentar á su padre y satisfacer su orgullo y vanidad, que habían herido sus émulos propalando que únicamente servía para rimar malos versos y componer peores calendarios. Quedó bien puesto su nombre en aquellos arduos ejercicios, á satisfacción suya y del tribunal examinador, y muchas de sus réplicas, á la vez que lo acreditaron de entendido en cuestiones teológico-morales, revelaron su fácil palabra, su buen humor y su chispeante ingenio.

XIV

En este tiempo se presentó en la Universidad la ruidosa pretensión de la *alternativa de las cátedras*, produciéndose tumultuosos disturbios entre escolares y maestros de todas las facultades.

Por unos versos satíricos, que herían la dignidad de los que votaban en favor de la alternativa, versos que se extendieron por el claustro, atribuyéndolos la malicia á la zumbosa musa de Villarroel, estuvo, por mandato judicial, dos meses en la cárcel y cuatro en el convento de San Esteban, prisión, la última, llena de comodidades y atenciones para el supuesto reo.

Justificada su inocencia, corregida por el Real Consejo la tropelía del juez, gozó de su libertad, y á la vez, como indemnización de los malos ratos pasados en el encierro, se le concedió hasta nueva elección la honra del vicerrectorado de la Universidad.

Pero las malas voluntades con que en su carrera tropezaba Torres encendieron su vena satírica, y gozábese en zumbarse de la severidad de unos y de la presunción de otros, más atento á clavar una flecha en la sotana de un adversario que en atraerse el apoyo de un amigo.

Soltando la rienda á su buen humor, desahogábase en punzantes alusiones á los enfáticos doctores, llegando una tarde á trabarse de palabras y obras con un reverendo, blanco de las «mudanzas, castañetazos y pernadas» con que lo arrinconó magullado y hecho una lástima en un aula de la Universidad.

Desasosegado, inquieto y audaz, pensó buscar en Madrid mejor opinión, más quietud y el remedio para la pobreza de su casa; pero antes de abandonar á Salamanca, fundó la congregación ó colegio del Cuerno, cuyos estatutos, llenos de

agudezas, fueron la alegría de la ciudad y la reputación de diez ó doce ingeniosos muchachos, co-fundadores de aquella festiva academia.

XV

Llegó á Madrid nuestro héroe, y conocedor de su pobreza y del lugar á que le traían sus escasos menesteres, acomodóse en un mesón, llamado de la Media Luna, en la calle de Alcalá. De allí pasó á la de la Paloma, donde alquiló en viejo caserón un lóbrego escondite, adornado con media cama, una vela de sebo, un cántaro, un puchero de Alcorcón y un par de cuencas ó platos. En un pilón, común á todos los vecinos de la casa, lavaba el ex-catedrático la camisa de cuatro en cuatro días; en la fuente más cercana del barrio llenaba el cántaro á media noche, y en las *cuencas*, de ordinario vacías, soñaba su imaginación los manjares de Heliogábalo. Sus recursos culinarios fueron, en tales escaseces, una hermosa jícara de chocolate, que encontróse en la tertulia vespertina de D. Bartolomé Barbán de Castro (luego Contador Mayor), y el desayuno matinal, con que tropezó en casa de D. Agustín González, médico de la Real Casa.

Por consejo de este doctor, púsose Torres á estudiar medicina, no tardando en conocer los que él llama sistemas antiguo y moderno, uno en el compendio de Cristóbal Herrera y otro en los libros de Francisco Cipeyo. No ejerció esta difícil y noble facultad, aunque bien revela sus conocimientos médicos en una de sus obras.

También, en sus apuros, sirvióle de oportuno aunque triste alivio su amistad con un bordador, que le permitía dibujar en su obrador gorros, chinelas y otras baratijas, que se vendían asaz baratas en una tienda portátil de la Puerta del Sol.

En esta época fué cuando Torres recibió de D. Jacobo de Flon la *patente de Visitador de Tabaco* de Salamanca, con que

pudo atender el no desagradecido hijo á las necesidades de sus padres.

Indeciso, mientras luchaba en la corte con el viento de la voluble fortuna, entre seguir cuatro caminos diversos, correr mundo, encerrarse en un convento, tornar á su casa, ó asirse en Madrid á cualquier personaje, tropezó el aventurero con un elocuente y bizarro contrabandista, que le convenció de las excelencias y gajes del oficio.

Vestido de jácara, con las armas, el caballo y el capotillo ya dispuestos, hubiérase Torres arrojado á la peligrosa si lucrativa carrera de su amigo (que paró en el presidio de San Antón), si un incidente novelesco y semi-fantástico no lo hubiera apartado de tales atajos y vericuetos.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Se continuará.)





LA VOCACION

I

Pedro Marín, honrado caballero,
quiso en su juventud ser sacerdote;
Dios le llevaba por aquel sendero;
pero su padre, especie de Quijote,
se opuso con empeño verdadero.

De carácter muy débil, cedió al punto
el hijo; ¿quién al padre se oponía?
Este dispuso al fin se casaría
con la hija de un amigo, ya difunto,
y Pedro se casó; fué venturoso,
que era su esposa bella, rica, honrada;
ella adoró á su esposo
y se vió por su esposo idolatrada.

Cual si sólo aguardase
dejar al hijo amado
en el mísero mundo colocado,
antes que el primer año se pasase
de la boda de Pedro, el cielo quiso
que su padre muriera cierto día;
pero murió feliz porque sabía
que dejaba á su Pedro un paraíso.

II

Tuvo un hijo, Miguel, que era su encanto,
y desde que nació, su solo sueño
fué que aquel tierno niño tan risueño,
á quien amaba tanto,
fuera al principio cura de una aldea,
donde él le viese celebrar su oficio,
y como poco nunca se desea,
Obispo y Cardenal le vió en idea
y aun sentado en el trono pontificio.
¿Realizó el niño su ambición un día?
Sí; conforme crecía,
de fervor religioso dando ejemplo,
pasaba largas horas en el templo
y sólo á viva fuerza de él salía.

Tuvo en casa un altar que hizo su padre,
con dos santos, estatuas primorosas,
su sabanilla, que bordó la madre,
libro, cáliz y luces y otras cosas.
Era su vida igual, siempre tranquila;
cuando se levantaba,
de una pequeña pila
agua bendita con piedad tomaba.
Y era de ver la gravedad del niño
cuando en aquel latín indescifrado,
mas que admiraba el paternal cariño,
recitaba una misa interminable.

Con casulla vestido, entusiasmado
por la fe religiosa que encendía
su corazón, un cura parecía
á quien la edad se hubiera dispensado.
Estudió al poco tiempo teología;
era en todo un modelo de cordura;

y por noche, por tarde y por mañana
llevaba como un cura
su pequeño bonete y su sotana.

Poco amante del mundo y de su trato,
odiaba á las mujeres,
procurando no ver á tales seres
ni en humana figura ni en retrato.
Siempre los ojos en el suelo fijos
hablaba como un hombre,
siendo un modelo de amorosos hijos;
al pobre socorría con anhelo
y él bendecía sin cesar su nombre
pidiendo con fervor por él al cielo.

Sin más afán que el santo sacerdocio,
de muchas hermandades era socio,
y, casi adolescente, necesario
juzgó el padre llevarle á algún convento;
mas, lector, si mi cuento
no te fatiga, cual se me figura,
por qué no fué Miguel al Seminario
podrás saber siguiendo la lectura.

III

El devoto Miguel tenía entonces
una gentil vecina
cuya belleza cándida y divina
hubiera conmovido hasta á los bronces.

Era una niña rubia y sonrosada
de ojos de cielo y de serena frente
que para los ateos era una hada
y un ángel del Señor para el creyente.

Sobrina de una rígida abadesa
pasó en el claustro sus primeros años
sin que tuviera que sufrir Teresa,

que tal era su nombre,
penas ni desengaños,
ni la palabra oyera de algún hombre.

Era la niña huérfana de madre,
vivió sin recibir dulces caricias,
rara vez al convento fué su padre,
ni tuvo de él noticias,
y triste, aislada, en un rincón del mundo,
sin escuchar promesas ni lisonjas,
fué su ilusión, su goce más profundo,
morir, como vivió, junto á las monjas.

El padre envejeció, se vió achacoso,
los sirvientes apenas le cuidaban,
y entonces comprendió necesitaban
sus males más amor y más reposo.
Se acordó de su pobre niña ausente,
la fué á buscar, y aunque su buena tía
por causas que se explican fácilmente
á cederle á Teresa se oponía,
fué vencida por fin, y una mañana
abandonó la huérfana el convento,
donde dejó de madres más de un ciento
y más de una amorosa y buena hermana.
Cambió de claustro la infeliz Teresa;
su suerte con el padre era espantosa;
pues pudiendo salir se hallaba presa
y envidiaba la vida religiosa.

Ni un amigo iba allí, ningún recreo
el viejo taciturno le ofrecía;
no la llevó al teatro, ni á paseo,
la hablaba rara vez, nunca reía
ni jamás realizaba su deseo.

Teresa le prestaba sus cuidados;
hacerse adorar de él fué su esperanza,
mas sus esfuerzos no encontró premiados,
pues no inspiró á su padre confianza.

Su corazón para ella era de roca;
cuando á solas se hallaba en su aposento,

Teresa, recordando su convento,
haciendo de un pañuelo negra toca
cubría sus cabellos y su frente,
de luto se ataviaba
y, vestida de monja, se miraba
en un pequeño espejo, sonriente.

Ocultando sus gracias y su talle
con el hábito oscuro estaba un día,
cuando sonó en la calle
confusa y desusada gritería.

Teresa, cual mujer, era curiosa;
olvidando su traje, presurosa
corrió al balcón más blanca que una muerta;
vió que abajo reñían varios seres;
se trataba no más de una reyerta
suscitada por celos de mujeres.

Y los que las veían,
pudiendo protegerlas y ampararlas,
en vez de separarlas
las excitaban más ó se reían.

Teresa indiferente,
fijó su vista en el balcón de enfrente
donde Miguel se hallaba ya asomado;
los dos cruzaron rápida mirada,
y la niña se puso colorada
y el mancebo no menos encarnado.
Su deber á Teresa dijo: vete,
mas sus pies se clavaron en el suelo;
Miguel, siguiendo el fervoroso anhelo,
llevaba su sotana y su bonete.

Como ella, sorprendido
al escuchar las voces fué á asomarse,
y cuando, aunque al descuido,
acertaron sus ojos á fijarse
en la casa vecina, quedó absorto
al contemplar la celestial figura
de una monja vistiendo traje corto
y viviendo sin rejas ni clausura.

IV

¿Qué sucedió después? ¿Quién no adivina
que fascinado fué por la belleza
de su gentil vecina,
que trastornó del joven la cabeza?
¿Era amor el profundo sentimiento
que él experimentaba?
Miguel, por su desdicha, lo ignoraba;
él era su ilusión, su pensamiento,
y ocupaba su mente
hasta cuando con fe devotamente
en la iglesia más próxima rezaba.
El corazón del joven aún no había
del todo despertado,
y el de la niña cándida dormía
un sueño virginal, inmaculado.

No hallaba él más placer ni más ventura
que en mirarla de lejos,
que eran los ojos de la niña espejos
donde se reflejaba su alma pura,
y ella, á la que agradaba
el amor respetuoso de aquel hombre,
de quien hasta ignoraba
la posición y el nombre,
no dejó de asomarse un solo día
para cualquiera cosa,
por lo que ya nuestro Miguel sabía
que no era su vecina religiosa,
pues si, cual prenda vana,
él desechó de pronto la sotana
porque no le tomasen por un cura,
ella la toca abandonó serena

diciéndole á su padre con dulzura
que el traje negro le causaba pena.

Así el tiempo pasó rápidamente,
y Pedro y su mujer ni sospechaban
lo que había en el alma y en la mente
del hijo á quien los dos idolatraban.

V

¡Oh asombro, oh confusión, oh maravilla!
El padre de Miguel supo aterrado
que rompió la sotana la polilla
y el bonete se hallaba abandonado.

Ya no usaba el muchacho tales prendas,
ya continuas ofrendas
no hacía, ya en la iglesia entraba menos,
y aquel joven piadoso,
modelo amante de los hijos buenos,
parecía á las damas más airoso.

La madre oyó espantada
cuando el amado hijo
con conmovida voz, entrecortada,
estas frases le dijo:

—«Tan anticuada y vieja está mi ropa,
que renovarla ya se necesita;
yo quisiera comprarme una levita
y un sombrero de copa.»

¿Quién tal cambio causaba de repente
en aquel niño tan sumiso antes?
¿qué nube oscurecía su ancha frente
y qué le entristecía por instantes?

¿Estaba enfermo? No. Sabios doctores
á quienes consultaron, no supieron
qué nombre dar á aquellos sinsabores
y por físico mal no los tuvieron.

Pidió luego reló, bastón y capa,
y el padre entristecido
comprendió que Miguel no iba á ser Papa
realizando su sueño más querido.

—«La vida siempre fuera va á pasarse»—
pensó el buen Pedro; pero fué lo raro,
que después de ataviarse
para salir, cual se juzgaba claro,
el muchacho de casa no salía
y se pasaba un día y otro día
feliz en el balcón, mirando ansioso
—lo cual Pedro ignoraba,
pues nunca sus acciones espiaba—
á la casa vecina
buscando con afán un rostro hermoso
que asomaba detrás de una cortina.

VI

Se agravó al poco tiempo la dolencia
del padre de la niña de tal suerte,
que puso en gran peligro su existencia,
y el pobre enfermo presintió su muerte.

Hizo que se llamara á un escribano;
sin excepción ninguna
otorgó por escrito su fortuna
á la joven Teresa el triste anciano,
y aquél le dijo que era indispensable,
ya que menor de edad la niña era,
se nombrara un tutor, el que él quisiera,
siempre que fuese un hombre respetable.

—En grave apuro me ponéis sin duda—
murmuró el viejo,—y en verdad os digo
que si más la memoria no me ayuda
no recuerdo tener ningún amigo.

—De vuestra profesión...

—La de arquitecto

seguí, pues de mi padre fué el proyecto
y no quise á su gusto hacer desaire,
y edificué en efecto,
peró fueron castillos en el aire.

Ya que absolutamente
necesita un tutor esta muchacha,
nombraré á mi vecino de ahí enfrente,
porque no tiene en su existencia tacha.
Dicen que es bueno, cariñoso, honrado,
y eso es lo que yo quiero,
porque nadie le quite su dinero,
y me agrada además, porque es casado.

La esposa sé que es digna compañera
de Don Pedro Marín, que este es su nombre,
aunque no los conozco, y no os asombre,
ni de vista siquiera.

Conque terminad ya, buen escribano,
pues ansío al momento
firmar ese dichoso testamento,
que muy pronto estará torpe mi mano.
De descansar se aproximó la hora;
solamente confieso que me pesa
el no haber hasta ahora
amado, cual debía, á mi Teresa.»

Después que el documento hubo leído
lo firmó, y ya tranquilo, hasta risueño,
cerró los ojos, se quedó dormido
y aquel reposo fué su último sueño.

VII

Un ataúd sobre mortuorios paños,
seis velas rodeándole, encendidas,

y un hombre, al parecer ya entrado en años,
de mejillas hundidas,
larga barba, semblante un tanto duro,
con las manos en cruz y por mortaja
vistiendo hábito oscuro
acostado en la humilde y negra caja.

Esto pudo Miguel ver con espanto
en la casa de enfrente,
y al pie del ataúd, vertiendo llanto
la niña á quien amaba ardientemente.

VIII

Grande fué la sorpresa
de Pedro, de su esposa y de su hijo
cuando el mismo escribano fué y les dijo
quién por tutor nombraron de Teresa.

Marín vió amenazada
su existencia tan bella y tan tranquila
si llevaba á su casa una pupila
á la que él conocía poco ó nada.
Quiso que sin perder ningún momento
metieran á Teresa en un convento;
pero la madre de Miguel, la pena
sintiendo que á la huérfana afligía,
á su marido dijo que sería
la joven, siendo buena,
para ella una excelente compañía.

Se dejó convencer el buen esposo,
mientras Miguel gozoso
contemplaba extasiado
á la sencilla y cándida doncella,
sin atreverse nunca á ir á su lado
ni á conversar de su pasión con ella.

Logró vencer al cabo sus temores,

nació en su corazón la confianza,
y ambos se revelaron sus amores
y casarse por fin fué su esperanza.

Júzguese del asombro y del disgusto
con que Pedro escuchó cuando su hijo
declaró que casarse era su gusto,
y para terminar así le dijo:

—Yo sé, padre, que Dios no me maldice
porque haya la sotana abandonado,
y que jamás me dice
que sea por servirle desgraciado.

Sé que puedo hacer bien á un semejante
y de este modo conquistar el cielo
sin renunciar á mi amoroso anhelo,
encanto de mi vida en este instante.

Sé que yo puedo hacerte venturoso
sin buscar la quietud de un seminario;
tú mismo has sido un excelente esposo,
tu bello corazón tan religioso,
de mérito sublime, extraordinario,
ha servido al Señor y hasta tu muerte
lo seguirás haciendo de igual suerte
que le hubieras servido siendo cura,
y en fin, que es desatino
que renuncie á la hermosa criatura
que Dios ha colocado en mi camino.

Para abrazar un día esa carrera
es necesario conocer el mundo,
amar, luchar, sufrir de tal manera
que todo lo terreno,
en lugar de juzgarlo grato y bueno,
nos inspire desdén y horror profundo.—
No sé si quedó Pedro convencido
de que con vivo fuego ambos se amaran;
él renunció á su anhelo tan querido
y los dejó por fin que se casaran.

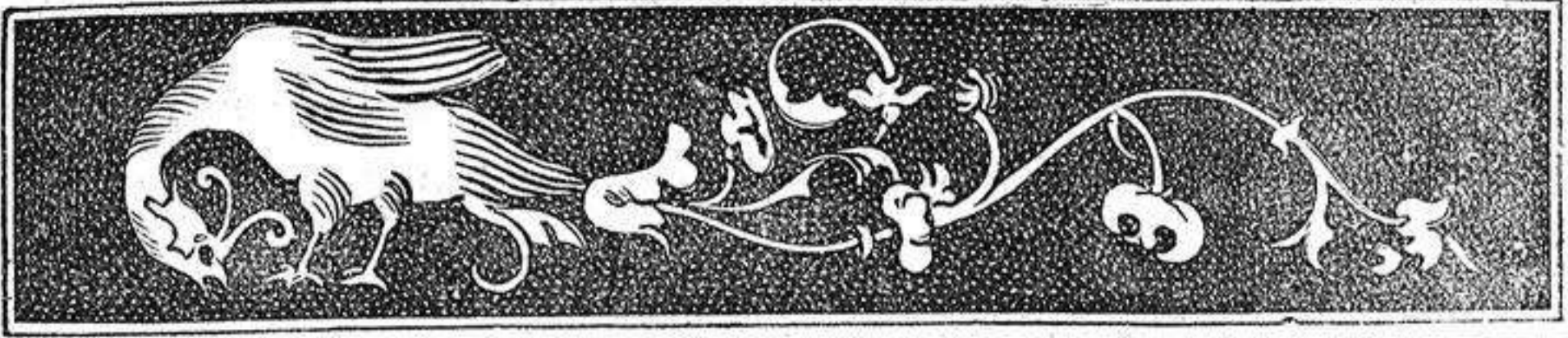
Que serían felices no lo dudo;
el padre vió gozoso su ventura,

y al quedarse él viudo,
su inclinación siguiendo, se hizo cura.

La vocación no es siempre verdadera;
es menester que el corazón se abra
para ver si es sincera,
ó es sólo una quimera,
una vana ilusión, una palabra.

J. DE ASENSI.





LOS CIRCOS ECUESTRES

(Continuación) (I)



ANSADO el pueblo de gritar, dando rienda suelta á su impaciente deseo y dirigiendo la vista ó más bien no separándola un instante del *Podium* Imperial ó del balcón con balaustrada de mármol del pabellón consular, aguardaba la señal que el César, riendo con sus libertos ó irritando á su leona favorita para dominarla después con un gesto, gozaba con aquel estrépito producido por trescientas ochenta mil voces que atronaban el espacio y escuchando el relinchar y saltar de los á duras penas mal contenidos caballos, que también participaban de la general ansiedad, hasta que un velo blanco que descendía del *pulvinar* imperial, anunciaba la realización de las «hasta entonces» contenidas esperanzas. Abriéndose las cárceles á los ecos de las trompetas y cayendo las cadenas que se extendían entre los hermes de bronce de las puertas, las cuadrigas, colocadas por el orden designado por la suerte, rodaban por la arena.

Aquel momento era sublime; la expectación general, la ansiedad indescriptible, pues no sólo apetecían los especta-

(I) Véase la pág. 437 de tomo anterior.

dores el triunfo por el triunfo mismo unido íntimamente á una satisfacción hija legítima de la vanidad y el orgullo fundidos en las lógicas exigencias del amor propio, sino por el interés de la ganancia envuelto en las grandes apuestas que se hacían en pro de los colores que se disputaban el triunfo, según describe Soulie en su obra anteriormente citada, y añade que las grandes fracciones ó partidos de azules, verdes, amarillos y encarnados en que se dividían los aficionados de Roma y que en Constantinopla hicieron vacilar el Imperio por los tumultos que excitaban, tenían sus afiliados en las colonias y en las provincias; pero en *Nemausus*, así como en Roma, eran los azules y los verdes los que más habían conquistado el favor y las simpatías del público; así es que al dar los carros la vuelta por el Circo, fueron respectivamente aplaudidos por cada uno de los bandos respectivos.

Entretanto —añade el mismo autor—por todas partes se concertaban innumerables apuestas. Los más incautos y los menos experimentados, que juzgaban del vigor y de las cualidades de los caballos, por el lujo y esplendidez de sus arreos, apostaron en favor de los trenes más ricamente ataviados; pero los más inteligentes ó diestros apostaban por las cualidades y condiciones de los caballos y sus conductores.

Merecen especial mención el modo y las circunstancias de cómo se concertaban y qué reunían las apuestas. En las primeras pruebas se apostaba por el color, y si al terminar las cuatro primeras cada color tenía iguales ventajas, podía deshacerse la apuesta ó aumentarla á voluntad de los interesados.

Por esto se comprende el afán y el esfuerzo que empleaban los aurigas por alcanzar la victoria, y de los medios que se valían para llegar á la mitad ó al término de la carrera, valiéndose para conseguirla de todos los recursos imaginables é inconcebibles, que á veces causaban la muerte de los conductores y de sus caballos, ó heridas y fracturas de consideración y gravedad, hasta el extremo de excitar el entusiasmo del público, cuando efecto de la velocidad de la carrera un carro atropellaba al que le disputaba el triunfo y el conductor

caía exánime enrojeciendo el suelo con su sangre, obligando al *equitativo* y compasivo Emperador á premiar al victorioso, ordenando unir á las palmas cintas de seda y coronas á los collares, con lo que el álbum de la facción triunfante contaba con un vencedor más.

La carrera era ordinariamente de cuatro carros y á veces de ocho, como aparece en el mosaico de Lyon, y cada espectáculo constaba lo menos de veinticinco carreras.

Había otra carrera que describe Eduardo Gibbon en su obra de *La decadencia del Imperio romano*, conocida con el nombre de la carrera de los *desultores*, en la que un caballero se disputaba el premio con dos caballos sin ensillar, á los que guiaba de pie y sobre los que saltaba y hacía equilibrios, en tanto que con vertiginosa carrera daban la vuelta al circo.

Carrera, suerte, ejercicio ó juego que tiene muchos puntos de contacto y muy bien puede ser el fundamento de los que aplaudimos en los circos en la actualidad y que á semejanza de aquéllos se reducen á que el gimnasta, puesto en pie sobre dos caballos ó uno, ya en pelo, ya con el correspondiente *paneau*, verifica equilibrios, salta arcos, bandas, guirnaldas de flores ó ejecuta juegos malabares con la mayor precisión y destreza, y en los que se distinguía Mr. Tourniaire, artista del Circo Hipódromo de Verano, y años atrás, en los antiguos circos de Mazzoni, Paul, Price y Circo del Príncipe Alfonso, los acróbatas Lustre, Boutemps, la antigua familia Mariani, madame Kenebel y otros artistas de renombrado mérito.

Idéntica semejanza encontramos entre este espectáculo que hemos descrito y el que hoy conocemos con los nombres de carreras de caballos y corridas de toros, similitud que nos ocuparía gran trecho en estas páginas si este fuera nuestro propósito; pero como no lo es, habremos de contentarnos con decir que las primeras se advierten con sólo fijarse un momento en los detalles de la carrera, preparativos de ésta, personas que intervienen, apuestas que se cruzan, entusiasmo que domina al público, azares de la lucha, premios con los que se galardona al vencedor, concurrencia que acude á la fiesta, exposición de los jinetes ó *grooms*, personajes de

alta y elevada alcurnia que en ocasiones se disputan el triunfo personalmente, y otro sinnúmero de circunstancias que concurren y vienen á ser como un enlace, siquiera sea débil, de que une los tiempos antiguos con los modernos.

Respecto á lo segundo, ó sean las corridas de toros, cumple á nuestro propósito hacer las mismas observaciones, así como de pasada, cuando termine, si no este trabajo, por lo menos la parte referente á los juegos que se verificaban en los circos y anfiteatros de la antigüedad en las plazas de la Edad Media, y en los circos ecuestres contemporáneos.

* * *

Terminadas las carreras, se presentaban los atletas en tres grupos, el de los *corredores*, el de los *pugiladores* y el de los *luchadores*. Los primeros solían tomar parte en las funciones ecuestres; no eran más que cuatro, distinguidos con los nombres de los cuatro vientos, Boreas, Aquilón, Noto y Cierzo, cuya velocidad debían imitar, y de los cuales incidentalmente nos hemos ocupado ya. Se presentaban desnudos, á excepción de un cinturón verde, blanco, azul ó rosa que le sujetaban la cintura, y tenían el deber de suceder á los aurigas, á los que acompañaban en el carro cuando aquéllos se inutilizaban.

Colocados de frente en la línea trazada con yeso, aguardaban impacientes la señal, y apenas llegaba á su oído el sonido de la trompeta, se disparaban todos como un torbellino, y devoraban—digámoslo así—el espacio. A no mediar lances casuales y las perfidias toleradas en el juego, dice Virgilio que el primero sin duda se llevaría la palma; pero bastaba para no conseguir su intento un simple y ligero obstáculo que le hiciese tropezar, el volver la cara un momento para mirar á su compañero, ó que el más inmediato corredor le echase le zancadilla—como vulgarmente se dice.—No faltaban en Roma célebres corredores, y entre los griegos se cita al pastor *Polymnestor*, que aventajaba á una liebre y á un mu-

chacho de ocho años que andaba 45.000 pasos desde la hora sexta á la duodécima.

No necesitamos repetir, pues ya lo hemos dicho, que nosotros hemos presenciado en nuestros circos corredores de verdadero mérito.

A los corredores seguía el *pugilador*, ejercicio que, lo mismo que la carrera, del que acabamos de ocuparnos, y de los demás que siguen á éste, hemos descrito ya en los párrafos destinados á la gimnasia, propiamente tal, que se ejercitaba en los gimnasios, neumaquias y palestras, y si ahora volvemos á insistir en lo mismo, es para colocarlos en el circo donde se ejecutaban con más amplitud, quizá con menos arte, pero sin duda con más fiereza.

Se presentaba en la arena levantada la frente, ostentando con orgullo sus anchos hombros, extendiendo con vanidad insultante sus nervudos brazos y dando golpes al aire para infundir espanto á los competidores. Vana ilusión, que desaparecía con la presencia del contrario, que presentándose del mismo modo, se colocaba enfrente y le desafiaba con la mirada, y empezaba la lucha, que si reducía los juegos ya mencionados anteriormente del *Prancacio*, *Pentatlon* y *Cestones*, parte elemental de la gladiatoria, que era la que verdaderamente tenía lugar en el circo, por lo que podemos decir para proceder con claridad, que más bien el *gladiador* que el *pugilador* era el que se aprestaba á la lucha, dando, como hemos indicado, á estos ejercicios una fiereza, una sangre y una crueldad que no se conocía dentro de la esfera del gimnasio, la palestra y el *xysto*, pero que causaba horror en la arena del anfiteatro y del circo.

Virgilio describe esta horrorosa lucha, más propia de fieras que de hombres, en el libro V de la Eneida, cuando dice:

*ostenditque humeros latos alternaque jatetas
Brachia protendens, et vuteras ictibus aureas*

.....
Hœc factus displicem humeris vejecit amictum
Et magnos membrorum artus, magna osa, lacertosque
Eauit; atqui ingens media consistit arena.

y Soulie en su obra ya citada la pinta con los más negros colores, causando espanto el contemplar cómo podían causar entusiasmo escenas tan sangrientas como indescritibles.

Nosotros nos abstenemos de reproducirlos, porque no convienen á nuestro objeto sino como parte del espectáculo que vamos describiendo, y mucho menos después de haber hecho la explicación de dichos juegos, así como los de la pelota, el salto, el disco y la danza, y otros varios que figurando en el número de los juegos privados y como parte de la gimnasia en sus dos especies ya explicadas, se ejecutaban rara vez en el circo tales y como eran en sí, sirviendo sólo á los atletas y gladiadores como partes integrantes de los más sangrientos y duros ejercicios.

Otro de los que se presentaban en el circo, y más propiamente en el anfiteatro—punto elegido por el pueblo para presenciar la lucha y matanza de fieras, y á veces de hombres, y que cumple á nuestro propósito reseñar por la analogía que pueda tener con los juegos de la actualidad,—eran, en primer lugar, la presentación de los *thaumotpoi*, ó hacedores de prodigios, que contraían sierpes, pájaros y cosas inanimadas de los *psilos*, domesticando serpientes, con las que jugaban, y la caza de fieras.

Su origen fué el siguiente: doscientos cuarenta años antes de nuestra era, habiendo el cónsul Metelo traído de Sicilia 192 elefantes que apresó á los cartagineses, y no queriendo darlos á los Reyes aliados ni tampoco alimentarlos, tuvo la idea de hacerlos matar en el circo para la diversión del pueblo, lo que fué tan de su gusto, que el mejor medio de complacerle, desde entonces en adelante, fué el de inundar de sangre de fieras el circo. Medio siglo después, Fulvio Novilior celebró sus triunfos sobre Estolia por medio de caza de leones y de panteras: Scipión Nasica dispuso un combate de tres leones, 40 osos y el mismo número de elefantes: el Pretor Sylva expuso á las fieras de los *jaculatores* 100 leones con melena, lo que promovió entre los ediles tan viva y creciente emulación, que todos luchaban por sobresalir en magnificencia y fausto. César, al renovar este espectáculo, tan del agrado de su pueblo, añadió algunos hombres armados de arcos, flechas y

hachas de plata. El 14 de las calendas de octubre del año 71, antes de Jesucristo, Domicio Enobarbo, uno de los abuelos de Nerón, dejó muy atrás á Lúculo y César, arrojando al circo, para que confundidos se destrozasen, con aplauso del pueblo, 100 osos de Numidia y 100 negros.

Con deliberado propósito hemos hecho esta digresión para que en su día, cuando terminemos este trabajo y nos ocupemos, como hemos ofrecido, siquiera sea por incidencia, del espectáculo nacional de los tiempos modernos, la tengan presente nuestros lectores.

No paulatinamente, sino con rapidez inconcebible, aumentó la afición por la caza de fieras, digna compañera de la de los gladiadores, convirtiéndose una y otra en verdaderas fiestas populares, y que las dos no podían envidiarse en lo que se refiere al carácter sanguinario y feroz que las caracterizaba, lo prueba el modo y manera de verificarse, que vamos á describir en el próximo número.

RAMIRO.





ENSEÑANZA INTUITIVA Y RACIONAL DE LOS IDIOMAS

CUADRO MECÁNICO PARA LA CONJUGACIÓN

EN LAS

SEIS LENGUAS NOVOLATINAS

PARTE PRIMERA

PRELIMINARES

PRIMERO. Para salvar las dificultades que en toda clase de estudios se presentan, contribuyendo á aumentar la aridez propia de los mismos, la pedagogia moderna tiende acertadamente á meto-
dizar los conocimientos, á buscar la razón hasta de lo que más caprichoso parece, y á aplicar el procedimiento intuitivo, siempre que por este medio pueda presentarse materialmente á la imaginación del alumno lo que en abstracto le sería muchas veces imposible comprender y retener.

2. Con esta tendencia emprendí hace tiempo, en unión de mi colaborador D. Tomás Escriche y Mieg, la reforma racional de los estudios gramaticales, publicando en el año anterior unas *Nociones de gramática general, aplicadas especialmente al castellano*, que han sido por fortuna favorablemente

juzgadas por los críticos, y ventajosamente aceptadas por el público en general.

3. Bajo las mismas bases, y siguiendo enteramente el plan trazado en la obra anterior, estamos terminando la impresión del *Método racional de lengua francesa*, al que seguirán tal vez, si la suerte nos favorece, otras publicaciones análogas.

4. Fijando más particularmente la atención sobre lo que, á mi ver, constituye la parte más interesante y difícil del organismo del lenguaje, vengo haciendo con anterioridad á estos trabajos un estudio detenido de la conjugación en los distintos idiomas, y muy particularmente en la de las lenguas románicas, que tan íntima relación presentan en ella por su inmediato parentesco. Algunas de las conclusiones obtenidas en este estudio fueron consignadas por mí en un artículo que vió la luz en la REVISTA CONTEMPORÁNEA, correspondiente al 15 de junio de 1883.

5. Ampliación y complemento del precedente trabajo, y muestra á la vez de lo que en otras teorías gramaticales puede hacerse, es el *Cuadro mecánico*, que someto á la pública consideración (1), y que tiene por objeto facilitar el aprendizaje de la conjugación en una ó en varias de las lenguas no volatinas, mediante el ejercicio material necesario para que el alumno aplique por sí mismo las notas características de los diversos accidentes que constituyen el mecanismo de la conjugación. (V. parte 3.^a)

6. Para comprender todo su alcance, se hace preciso recordar en resumen algunas de las nociones que más por extenso van consignadas en las obras antes mencionadas.

7. Partiendo de la base de que en todas las lenguas hay una conjugación tipo á que pertenecen la gran mayoría de los verbos, y considerando ésta como conjugación regular, á ella se refieren las generalidades.

(1) Tuve el honor de presentarlo en conferencia pública al Círculo Filológico Matritense, y en la Exposición literario-artística, donde fué premiado con diploma de mérito.

8. Entre los accidentes del verbo, que son la voz, el modo, el tiempo, el número y la persona, debe mirarse como principal el tiempo, considerándole independientemente del modo, y no como subdivisión suya, y observando bien que muchas de las formas que generalmente se denominan tiempos, no son sino modificaciones de los mismos modos, que podríamos llamar submodos, de lo que resulta que sólo en el modo que se llama indicativo, y que en rigor es la negación, la no existencia del modo, puesto que presenta la significación del verbo en absoluto, sin modificación, sin subordinarla á circunstancia alguna, con completa independencia; sólo en el indicativo, repito, hay verdadera división en tiempos, mientras que en el subjuntivo, condicional, imperativo, infinitivo, etc., las formas pierden el carácter de tiempos, ó lo conservan del todo oscurecido por el de modo, que es el que predomina.

9. Los tiempos en absoluto son sólo tres: *presente*, *pasado* y *futuro*, y como á ellos pueden referirse todos los demás tiempos relativos, nada más natural que la agrupación de éstos en *tres series*, agrupación que á la vez resulta muy práctica, porque en la formación de cada serie se observan las mismas leyes.

10. En cuanto á la denominación de los tiempos, basta fijar la atención sobre ella para comprender la razón á que obedece, y no es necesario repetir lo que en la gramática general queda consignado.

11. Ahora bien; para expresar los diversos accidentes del verbo, esta clase de palabras modifica las últimas letras que constituyen su parte variable llamada *terminación*. En ella el examen analítico separa por el orden natural en que las enunciamos las notas que, por caracterizar la conjugación y sus diversos accidentes, pueden y deben llamarse *características conjugal, modal, serial, temporal y personales*.

12. Es de advertir que en las lenguas novolatinas apenas se encuentra rastro de modal, si bien pudiera considerarse como tal la *e* que caracteriza á las formas del subjuntivo. (V. párrafo 35.)

PARTE SEGUNDA

CONJUGACIÓN COMPARADA

13. Con lo dicho basta para comprender el cuadro en que á continuación presento la conjugación comparada de las lenguas novolatinas, del que fácilmente separará cada uno de los particulares el que se proponga hacer el estudio en una sola lengua.

14. Pero su objeto es principalmente relacionar las diferentes notas de todos estos idiomas entre sí y con las del latín, que nos dan la clave y explican el origen de casi todas ellas (1).

(1) Las condiciones tipográficas de esta REVISTA nos obligan á presentar en cuadros parciales la conjugación de las seis lenguas, para cuya comparación estaba indicado reunir las en un solo cuadro de doble entrada, que permitía establecer las debidas relaciones.

IDIOMAS	NOTAS CARACTERÍSTICAS				TIEMPOS	DESARROLLO
	Radical...	Conjugal.	Serial.	Personales		
PORTUGUÉS. Form a					SERIE 1. ^a	formar, formaremos, formareis, formará, formaremos, formareis, formarán. formarás, formareis, formará, formaremos, formareis, formarán. formarás, formareis, formará, formaremos, formareis, formarán. formarás, formareis, formará, formaremos, formareis, formarán. formarás, formareis, formará, formaremos, formareis, formarán.
					SERIE 2. ^a	formando, formamos, formais, formam. formando, formamos, formais, formam. formando, formamos, formais, formam. formando, formamos, formais, formam.
					SERIE 3. ^a	formado, formamos, formastes, formaram. formado, formamos, formastes, formaram. formado, formamos, formastes, formaram.

IDIOMAS	NOTAS CARACTERÍSTICAS				TIEMPOS	DESARROLLO
	Radical...	Conjugal..	Serial.....	Temporales		
ITALIANO. Form	e	r	e, à	e	SERIE 1. ^a	formare. formerò, formerai, formerà, formeremo, formerete, formeranno. formerei, formeresti, formerebbe, formeremmo, formereste, formerebbero.
					SERIE 2. ^a	formando. formo, formi, formiamo, formavamo, formavamo, formiamo, formiamo, formiamo. forma, formi, formava, formavi, formavo, formavi, formavo, formavo. formi, formi, formi, formi, formi, formi, formi, formi, formi, formi.
					SERIE 3. ^a	formato. formai, formasti, formasti, formasti, formasti, formasti, formasti, formasti, formasti, formasti. formò, formaste, formaste, formaste, formaste, formaste, formaste, formaste, formaste, formaste. formasse, formasse, formasse, formasse, formasse, formasse, formasse, formasse, formasse, formasse.

IDIOMAS	NOTAS CARACTERÍSTICAS				TIEMPOS	DESARROLLO
	Radical ...	Conjugal..	Serial.....	Personales		
FRANCÉS...					SERIE 1. ^a	
					Infinitivo Futuro Condicionado...	former. formerai, formera, formerons, formerez, formeront. formerais, formerais, formerait, formerions, formeraient.
					SERIE 2. ^a	
					Part. de presente. Presente..... Coexistente..... Optativo.....	formant. forme, formons, formez, formant. formais, formions, formiez, formions. forme, formait, formiez, formions. forme, formâmes, formâtes, formâmes, formâtes. formasse, formasses, formâtes, formâtes, formâtes, formâtes. formât, formâtes, formâtes, formâtes, formâtes, formâtes.
					SERIE 3. ^a	
					Part. de pretérito. Pret. absoluto... Opt condicional.	formé. formai, formâtes, formâtes, formâtes, formâtes, formâtes. formasse, formasses, formâtes, formâtes, formâtes, formâtes.

15. Observando atentamente, y por orden, las notas que presenta el cuadro comparativo, tendremos como consecuencia las siguientes

GENERALIDADES

16. CONJUGAL.—La predominante es la *a*, procedente de los verbos latinos en *are*, pero se cambia en la *e* de los en *ēre* y *ēre* en los casos siguientes: 1.^a serie del italiano (1), 1.^a y 2.^a del francés (2), en los tiempos personales de la 3.^a serie del provenzal y en el condicionante de la misma lengua, así como en las personas 3.^a y 6.^a del optativo válaco, siendo de notar que en esta última lengua la conjugal se cambia en *æ* (sonido medio entre *o* y *e*) en las personas 3.^a, 4.^a y 6.^a del presente y 4.^a del optativo.

17. Cuando, por no haber serial, debían seguir á la conjugal otras notas vocales, la eufonía exige que la conjugal se suprima.

18. Sin embargo, se encuentra seguida de *i*, vocal que se adapta bien á combinarse con las demás, en las formas *formais* (esp. y port.), *formai* (ital., franc. y válac.), *formei* (provenzal).

19. En la forma válaca *formtsi* se suprime ante consonante, supresión por cierto bien extraña, y que da lugar á que se reúnan cuatro de éstas. También se pierde en el *form* del presente y optativo, á lo que obliga la falta de temporales en esta 2.^a serie.

20. En las formas italianas *formiamo*, *formiate* del optativo, la temporal *i* se traspone, y por analogía en el presente se dice también *formiamo*, aunque no debía haber temporal (§ 28).

21. SERIAL.—1.^a serie.—La característica de esta serie es la *r*, sin excepción, y procede de la final del infinitivo con-

(1) En el infinitivo italiano, es, sin embargo, *a*.

(2) En la 3.^a serie francesa, precediendo casi siempre á la serial *ss*, debía ser *e* abierta, y en esta forma reaparece en la tercera persona de plural del pretérito absoluto: *formèrent* (V. § 53).

traído con los tiempos del verbo auxiliar, constituyendo formas, en apariencia, simples, en realidad compuestas.

22. En el válaco, como en el alemán y otras lenguas de distinto origen, no hay formas simples en la 1.^a serie, y en el válaco, hasta el infinitivo *formá* ha perdido la característica serial.

23. 2.^a serie.—No tiene serial (r), y de aquí la concurrencia de vocales, que es necesario evitar en muchos casos.

24. 3.^a serie.—La característica es s en español y válaco, ss en los demás idiomas.

25. En ningún caso afecta al participio.

26. No afecta tampoco en general al pretérito absoluto; sin embargo, aparece en la segunda persona de ambos números en español, portugués é italiano, y en la segunda de singular en el provenzal, indicándose por el acento circunflejo en la primera y segunda de plural del francés.

27. Al optativo condicional es al que verdaderamente caracteriza la serial s ó ss, procedente del latín *formavissem*, y sólo desaparece totalmente en la tercera persona de singular del francés, indicando la supresión el acento circunflejo; queda reducida á s en la primera y tercera personas de singular del provenzal y en la quinta del italiano, por seguirle *te* (§ 54).

28. TEMPORAL.—Los tiempos absolutos no tienen temporal, si se exceptúa el futuro que presenta una temporal aparente y variable, procedente del presente del verbo auxiliar contraído, como he dicho (§ 21), con el infinitivo. En general, tiende á ser *e* en las personas primera, cuarta y quinta; *a* en las segunda, tercera y sexta. Sin embargo, es *a* en la primera del francés y provenzal; pero con el personal anó-

(1) El lenguaje no necesita signo especial para expresar el presente; éste queda indicado desde el momento en que no hay signo de pasado ni de futuro. Así el sanscrito y sus congéneres se contentan en el presente con unir las desinencias personales á la raíz. *Bopp—Comparative Grammar of the Sanskrit, Zend, Greek, Latin, Lithuanian, Gothic, German and Slavonic, Languages.* (§ 507.)

malo *i* toma el sonido de *é*. Desaparece en la primera persona del italiano y en todo el plural francés.

29. La temporal del condicionante es *a* en el español, portugués y provenzal, que presentan este tiempo, contracción del latín *formaveram*.

30. La del condicionado es *ía*, procedente del verbo auxiliar contraído (§ 21), en español, portugués y provenzal; *ai*, por inversión, en francés (V. § 36); *e* en el italiano.

31. La del condicional dubitativo, ó futuro de subjuntivo, del español y portugués, es *e*; pero en portugués se pierde en las personas primera, tercera y cuarta, y en la quinta hace desaparecer la *i* del personal, tomando, en cambio, delante una *d*.

32. La temporal del coexistente es *ba* en español, *va* en portugués, italiano y provenzal, *ai* en francés y nula en válaco. Esta temporal procede del latín, que la tomó del sanscrito *bhavami* (1), y ha llegado á asimilarse en francés á la temporal del condicionado, por la siguiente serie de transformaciones: *eve* (antes se dijo *formevet*), *eue*, *oe*, *oi*, *ai*, encontrándose aún, en obras antiguas, escrita esta temporal con *oi*. En válaco ha desaparecido por síncope; en italiano pierde la *a* delante del personal de segunda persona, y en la quinta del portugués la *a* se cambia en *e* (§ 36).

33. La del optativo, procedente del latín *formem*, es *e* (V. § 36) en español, portugués, francés y provenzal; en válaco sólo aparece sustituyendo á la conjugal en las terceras personas; en italiano es *i*.

34. La del optativo condicional, del latín *formavissem*, es *e* siempre; pero se pierde en la tercera persona de singular del francés, primera y tercera del singular provenzal, primera, segunda y quinta del italiano, transformándose en la cuarta en *i*.

35. De suerte que en las formas del subjuntivo predomi-

(1) Las terminaciones *bam*, *bo*, latinas, encierran el verbo sustantivo sanscrito en la misma raíz *bû=ser*, de que el latín ha sacado *fui* y otras formas en que la inicial *b* se transforma en la aspirada *f*, así como en el interior de la palabra prefiere la media *v*, diciendo *amavi* por *amafui*.

na tanto la *e*, que bien pudiera considerarse como característica modal.

36. Las temporales francesas *ai*, *e*, que delante de vocal sonora producirían ambas el mismo sonido cacofónico, se cambian en las personas primera y segunda de plural en *i*; la *e* desaparece ante *ent*. En las temporales portuguesas, la *a* se cambia en *e* delante de *i*: *formaveis*, *formarieis*, *formaveis*.

37. El infinitivo sólo conserva la temporal *e* latina en italiano, y en los verbos franceses en *re*.

38. El participio de presente toma la temporal unas veces del gerundio latino *formando*, y otras del participio de presente *formans*, *formantis*. Así que, en español, portugués é italiano es *ndo*, en francés *ant*, en vólaco *und*, y en provenzal *ns*.

39. El participio de pretérito, en latín *formatus*, acaba en *do* en español y portugués, en *to* en italiano, en *t* en vólaco y provenzal, en *é* en francés, aunque algunos verbos irregulares de esta lengua conservan también la *t*.

40. PERSONALES.—Las características personales son las que presentan más anomalías y variaciones, como debía suceder, puesto que siendo las últimas, son las que se encuentran, por decirlo así, más al aire, y más expuestas á caídas y modificaciones. Veamos, pues, cuáles son las predominantes en cada idioma, y los casos en que difieren.

41. *Primer personal*.—Falta en español, portugués y provenzal; en italiano es *i*, en francés *s* y en vólaco *m*, como en latín.

42. El personal *s*, extraño al latín, á todas las lenguas románicas, y aun al antiguo francés, puede haberse introducido modernamente en esta lengua como consonante eufónica, para evitar el hiato con la vocal inicial siguiente, y confirma esta conjetura el que después de *e* muda desaparece este personal (V. § 43 y 48).

43. Por excepción, falta el primer personal italiano en el coexistente, que así se aproxima al castellano; y en el optativo, para no duplicar la *i*. El francés falta en el presente de los verbos en *er* y en los optativos de todos los verbos; es decir, siempre que va precedido de *e* (§ 42). El vólaco falta

en el presente y en el optativo, para no duplicar la *m*.

44. El primer personal es *o* en el presente español, portugués é italiano; *ò* en el futuro italiano, *i* en el futuro portugués, francés y provenzal, formando con la *a* temporal el sonido de *é*, que lo aproxima al futuro español; en el presente provenzal también es *i*.

45. Segundo personal.—Es *s*, como en latín, en español, portugués, francés y provenzal, *i* en italiano, *tsi* en válaco.

46. En válaco, el coexistente es en *i*, y el optativo condicional en *chi* (con *ch* francesa), como en el pretérito absoluto (§ 53).

47. Falta, como el 1.º, en el optativo italiano, para no duplicar la *i*.

48. Tercer personal.—Sólo el francés conserva la *t* latina, que todas las otras lenguas hermanas han abolido, y aunque falta en el presente y pretérito absoluto (V. § 53) de los verbos en *er*, y en el futuro y optativo de todos (V. § 42), suele reaparecer como consonante eufónica, diciéndose, por ejemplo, *aime-t il?* aunque se dice *il aime*.

49. El cuarto, derivado del latín *mus*, es *mos* en español y portugués, *mo* en italiano, *m* en válaco y provenzal, *ons* en francés, que es el que más difiere, explicándose, sin embargo, su procedencia por la transformación de las terminaciones latinas en *ams*, *ems*, *ims*, cuyos sonidos nasales fácilmente se han confundido en el de *ons*.

50. El quinto, procedente del latino *tis*, es *is* en español y portugués, *te* en italiano, *ez* en francés (con *e* cerrada que se acerca á la *i*), *tsi* en válaco y *tz* en provenzal.

51. El sexto, en latín *nt*, es en español y provenzal *n*, en portugués *m*, en italiano *no*, en francés *ent*, nulo en la pronunciación, y en válaco nulo hasta en la escritura.

52. Por excepción, es *ao* (contracción de *ano*) en el futuro portugués, y *ont* en el francés.

53. El pretérito absoluto presenta, en las seis lenguas personales muy anómalos, de cuyas relaciones entre sí, y con el latín de que proceden, puede juzgarse, comparándolos por medio del siguiente cuadro:

Latín . . .	formavi,	formavisti,	formavit,	formavimus,	formavistis,	formaverunt.
Español . . .	formé . .	formaste . .	formó . .	formamos . .	formasteis . .	formaron.
Portugués	ei	aste	ou	amos	astes	aram.
Italiano	ai	asti	ò	ammo	aste	arano.
Francés	ai	as	a	âmes	âtes	èrent.
Válaco	ai	achi	a	arem	aretsi	are.
Provenzal	ei	est	et	em	etz	eron.

54. En italiano presentan analogía con las terminaciones del pretérito absoluto las formas siguientes: *formeranno* del futuro, *formaste*, *formassero* del optativo condicional, y las del condicionado *formerei*, *formeresti*, *formerebbe*, *formeremmo*, *formereste*, *formerebbero*.

55. ACENTUACIÓN.—La tendencia á conservar el acento tónico en la misma sílaba siempre, obliga á colocar ó suprimir el signo correspondiente en las lenguas que, como en el español y portugués, indican por escrito estas modificaciones. De aquí las variaciones de la conjugal *a* en *á*, de *formara* á *formáramos*, de *formase* á *formásemos*, y por el contrario la *e* en *e* de *formaré* á *formaremos*, etc.

Esta variedad de notas y la existencia de anomalías, hacen que, aun dentro de una misma lengua, sea difícil aprender el mecanismo de la conjugación. De aquí la necesidad de buscar, para su exposición y conocimiento, el método más racional, y la conveniencia de aprovechar todos aquellos medios que tiendan á fijar estas nociones indeleblemente en la memoria. Entre dichos medios, hasta ahora no conozco ninguno que presente las ventajas del aparato que voy á explicar.

FRANCISCO FERNÁNDEZ IPARPAGUIRRE,

Profesor normal

y Catedrático de francés en el Instituto de Guadalajara.

(Se continuará.)



REVISTA DE TEATROS



OMO evocado por un conjuro, como efecto de magia ó sortilegio apareció D. Juan Tenorio á las primeras notas lúgubres de las campanas, que anunciaban la conmemoración de los difuntos.

Su apostura gentil, su espíritu emprendedor, su galán aspecto y su apuesto continente, conmovió, como todos los años, las fibras del pueblo, que ve en él un reflejo fiel y exacto de cuanto á sus gustos se adapta, produciéndole natural complacencia y grande entusiasmo, efecto sin duda de ver en el legendario personaje la expresión genuína de una época que produjo almas enteras y fuertes, muy contrarias, según la opinión que Pí y Margall expone en sus observaciones á D. Juan Tenorio, á las dudosas y cobardes, tan viciosas como las de nuestro personaje, pero que ocultan sus vicios bajo la humillante máscara de la más refinada hipocresía.

Su popularidad estriba en estas circunstancias que le rodean, y su mérito en ser la personificación de una literatura propia nuestra, sin reminiscencias de ninguna otra originaria de nuestros primitivos romances, que nada deben, ni se engalanaron nunca con el prestado ropaje de la poesía griega, latina, italiana ni francesa, y de los que nació nuestro teatro, el más rico, el más vario y el más sublime del mundo, acep-

tando la gráfica expresión de D. Juan Valera en sus *Estudios críticos*.

Se funda su mérito también en ser el fiel retrato del romanticismo, secta literaria que se encarnó en nuestra poesía dramática y lírica, y que su abolengo se amoldó en un todo á nuestro modo de ser, tornándose en indígena; y tanto es así, que como española, y muy española, se presentó envuelta en la musa del Duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla, que la adornaron con la inspiración fecunda de lord Byron y de Walter-Scott.

Sin repetir lo que el año anterior dijimos respecto á nuestro D. Juan, añadiremos hoy que Espronceda y Zorrilla han sido los que le introdujeron en el campo fértil del romanticismo, del que fueron incansables cultivadores.

D. Félix de Montemar y D. Juan Tenorio se presentan en el estadio de la poesía lírica y dramática como grandes figuras que surgen de dos concepciones fecundísimas, de dos inspiradas plumas, de dos genios sublimes del romanticismo español.

El primero aparece solo, sin más compañía que los débiles reflejos del Burlador de Sevilla, tan débiles, que no impiden sea una hermosa y bellísima creación, y si no lo fuera, lo sería la D.^a Elvira, que como dice el crítico antes mencionado: «¿Quién no ha soñado con D.^a Elvira en sus ensueños de amor?» D.^a Elvira—añade—es una mujer que vive y ama, y la vemos vivir y amar. En ella nada hay de fantástico, sino la grandeza que debe poner el poeta en todas sus creaciones. D.^a Elvira, como todos los personajes de Espronceda, aunque parezca extraña la comparación, es una potencia que tiene por raíz exacta la verdad.

D. Félix es en la concepción poética digno de ella por su originalidad y grandeza, sin mezcla ni sombra ninguna de extranjerismo, resultando la encarnación perfectísima de una época cuyo carácter esencial se manifestaba en una antítesis marcada de lo bueno y lo malo, el misticismo y la incredulidad, el vicio y la virtud, lo bello y lo feo, lo sublime y lo bajo, el valor haciendo prodigios, la temeridad rayando en lo inconcebible, y la imaginación campeando sin trabas ni fre-

no por los deletéreos espacios de la fantasía, sin más límite que la superstición ni otra sombra que la del fanatismo.

Recogiendo el poeta en su acalorada mente cuanto se representaba á su memoria en aquella época, y condensándolo en su poética imaginación, produce una de esas creaciones monstruosas que suspenden el ánimo, impresionan el corazón y cautivan el entendimiento.

Sin que, como han supuesto algunos, Byrón le prestase su inspiración ni entibiase su carácter genuino, el D. Félix de Montemar aparecía sin otro lunar que la participación de las cualidades con que la literatura contemporánea presenta al Tenorio, y así lo manifiesta el Sr. Picatoste en sus *Estudios literarios*, y añadiendo nosotros que si bien tiene su vértice en *El burlador de Sevilla*, de Tirso, pudiera muy bien presentarse desligado de ese parentesco y figurar en el mundo literario como personaje original y típico, hijo únicamente de la imaginación creadora del poeta.

Su retrato está hecho, fíjense en él nuestros lectores.

Segundo Don Juan Tenorio,
Alma fiera é insolente,
Y religioso y valiente,
Altanero y reñidor;
Siempre el insulto en los ojos,
En los labios la ironía;
Nada teme y todo fía
De su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa
De la mujer que corteja
Y hoy, despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca
Ni recuerda en lo pasado
La mujer que ha abandonado
Ni el dinero que perdió;

Ni vió fantasma entre sueños
Del que mató en desafío,

Ni turbó jamás su brío
 Recelosa previsión.
 Siempre en lances y en amores,
 Siempre báquicas orgías,
 Mezcla en palabras impías
 Un chiste, una maldición.

En Salamanca, famoso
 Por su vida y su talante,
 Al atrevido estudiante
 Le señalan entre mil.
 Fueros le da su osadía,
 Le disculpa su riqueza,
 Su generosa nobleza,
 Su hermosura varonil,

Que su arrogancia y sus vicios,
 Caballescica apostura,
 Agilidad y bravura
 Ninguno alcanza á igualar,
 Que hasta en sus crímenes mismo
 En su impiedad y altiveza,
 Pone un sello de grandeza
 Don Félix de Montemar.

*
 * *

Si esta es la creación de Espronceda, preciso es confesar que contrasta visiblemente con el D. Juan de Zorrilla, tanto como un cuadro original con una copia, aun cuando más bien que una copia es una recopilación de todo lo que se ha escrito respecto al popular personaje, sin fijarse en si en vez de dar vida á un sér real y efectivo, surgía de su fecunda imaginación un sér fantástico sin carácter determinado, sin cualidades ni condiciones fijas, y más digno de habitar en los espacios imaginarios que en el mundo real.

El episodio que constituye la leyenda *El estudiante de Salamanca*, de Espronceda, es uno sólo y concreto, y muchos y

muy varios son los que forman el conjunto del drama *Don Juan Tenorio*, y en esto no insistiremos por haberlo probado ya el año anterior, faltando á nuestro propósito dejar sentado que el carácter del D. Juan de Zorrilla, aun dentro del campo ideal exagerado del romanticismo, resulta abigarrado y confuso, y si algo tiene de saliente discrepa mucho del carácter caballeroso y arrogante que le imprimió Tirso convirtiéndole, como dice muy bien D. Juan Valera, en un truhán fanfarrón que mata y seduce con número y medida, como si el heroísmo, el valor y la temeridad consistieran en él en la cifra numérica, y sin considerar que, si así fuese, nuestro héroe hubiera sido un autómeta que se movía á compás, sin que las pasiones, los afectos y los vicios naciesen de la espontaneidad y el arrojo natural y propio.

Por lo que toca á la acción dramática, los episodios que la constituyen revelan en el hombre medianamente pensador ó que tenga conocimiento de la literatura antigua y moderna, que son copiados de cuantos autores han empleado su talento ó su pluma en el mismo objeto, y fácil sería comprobarlo si el espacio no nos faltara y no tuviéramos el decidido propósito de dejar abundantes materiales para el año próximo, contentándonos ahora con añadir á lo ya dicho que sólo la imaginación poética de Zorrilla, que ha sabido como ninguno dar vida y ser á los más notables personajes históricos, pintar con mano maestra los hechos más gloriosos de nuestra historia y seducir al pueblo con ese caudal de poesía que se sabe admirar, pero que no se puede imitar, ha conseguido encadenar al pueblo, ávido siempre de grandes emociones, ansioso siempre de ver reproducirse esas épocas, de las que en su espíritu, tendencias, usos y costumbres, conserva hondas raíces, las que, apesar de sus esfuerzos, el tiempo, el progreso y la civilización no han podido desarraigar por completo. Así es que el Tenorio le seduce y encanta hasta el punto de identificarse totalmente con el personaje desde el momento que al comenzar el drama dice:

No reconocí sagrado
Ni hubo ocasión ni lugar

Por mi audacia respetado,
Ni en distinguir me he parado
Al clérigo del seglar.

A quien quise provoqué,
Con quien quiso me batí,
Y nunca consideré
Que pudo matarme á mí
Aquél á quien yo maté.

Hasta que el drama finaliza exclamando:

Es el Dios de la clemencia
El Dios de Don Juan Tenorio.

Versos que ponen de relieve su desigual carácter.

Respecto á la manera con que este año se ha interpretado, poco podemos decir, Vico estuvo como siempre; Cachet, discreto, aunque muy voceador, y Mata... como no le hemos visto, no podemos emitir nuestro juicio.

Tenemos la esperanza de que en la temporada venidera aplaudiremos un *Tenorio* modelo, en el que figurarán Calvo y Vico, pues según noticias fidedignas, el proyecto del señor Ducazcal es unirlos á ambos en el clásico coliseo, completando el cuadro con Ricardo Calvo, Donato Fernández, González, Pérez, el vetusto Mariano, y las Sras. Tenorio, Contreras, Cirera y Casado; si esto se verifica, si, como se dice, se han obligado ambos actores á hacer segundos galanes, el Teatro Español deberá mucho al Sr. Ducazcal y á nuestros primeros actores, que olvidan ridículas rencillas y pueriles rivalidades en pro de la escena española.

* * *

Dos obras nuevas se han estrenado en los teatros de la Princesa y Apolo; la primera lleva por título *Lola*, y es original de D. Enrique Gaspar; la segunda, escrita en francés por Victoriano Sardou y arreglada á la escena española por

D. Pedro Gil, se titula *Andrea*, ya conocida de nuestro público por haberla interpretado no hace mucho tiempo las compañías extranjeras, en las que figuraban la Marini y la Pía March.

Poco podemos decir de ambas, de la una porque ha figurado pocos días en el cartel, circunstancia que acusa no haberla dado el público su *régium exequátur*, y no hemos de caer nosotros haciendo su crítica en aquello de *á moro muerto gran lanzada*; la otra por haber sido objeto de la crítica en varias y recientes ocasiones.

Lola no es una creación ni mucho menos; el autor no crea, imita y copia. Recogiendo materiales de las conocidas obras *La alegría de la casa* y *Flores y perlas*, cosa natural para que el poeta cree, con el auxilio de su imaginación, aderezado con los lujos del buen gusto, ha producido una comedia ya conocida sin haber puesto nada de su parte para evitar la languidez que se nota, la falta de argumento, la ausencia de interés y la no muy bien combinada ni artística trama que se observa en la obra del Sr. Gaspar.

La interpretación y el modo con que se ha puesto en escena merece unánimes elogios.

La Tenorio, Lombía, Mario y Sánchez de León, hábiles pilotos en el arte, lograron sacar á salvo el buque del *banco de arena* llamado estreno; pero no han tenido la misma suerte al tropezar con el ESCOLLO del fallo imparcial del público.

Andrea es, por el contrario, una de esas obras que bien pudiera llamar legendarias ó novelescas, en las que el público se figura va pasando las páginas de un libro, en el que escenas de la vida llenas de verdad se presentan á sus ojos, sin que las hecatombes y episodios trágicos y espeluznantes, hoy muy en boga, le horroricen y espanten.

Sin ser realista ó naturalista, como hoy se califica al género sucio, tiene algunos momentos en los que se nota esta desdichada tendencia, tal como el monólogo, que dice muy bien el Sr. Mata en el último acto; en los demás se aproxima mucho á la verdad, tal como el cuadro de la Dirección de Policía, el primero, segundo y tercer acto; en cambio el cuadro

de la casa de locos degenera en grotesco y en dejar de ser verídico.

El desempeño fué magistral, y esto honra al muy buen cuadro de compañía que dirige el Sr. Mata.

Las Sras. Tubau y Alverá de Nestosa estuvieron inimitables en sus respectivos papeles de Andrea y Estrella.

Guerra hizo un director de policía admirable, y Domingo García un diamantista magnífico. Falta hacía un actor cómico que reuniese á la finura y distincion del Sr. García, sus relevantes condiciones artísticas, que le hacen merecedor de ocupar un puesto vacío en Madrid hace mucho tiempo, ó monopolizado por las rarezas de una senectud ambiciosa y envidiosa ó por las chocarrerías bufas de los que se llaman actores cómicos sin cuadrarles este título.

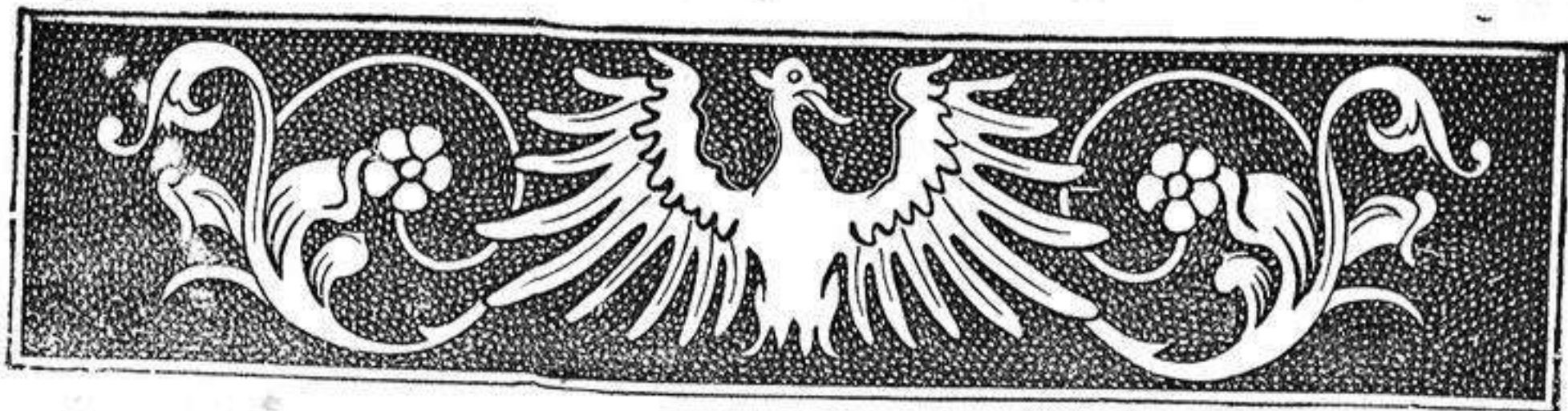
Mata logró hacer interesante su desairado papel, en el que revela condiciones envidiables de un primer actor que echará raíces en Madrid, si estudia con fe y domina una sombra de amaneramiento, defecto que traen casi siempre los actores de provincia. La dirección de la obra encomendada á su encargo es superior á todo encarecimiento.

Los demás actores muy bien.

* * *

Más que la falta de espacio, el deseo de ocuparnos detenidamente de la brillantísima campaña que en el regio coliseo está haciendo su empresario Sr. Michelena, nos obliga á decir hoy únicamente que la primera representación de la partitura del maestro Wagner proporcionó un triunfo á la Sra. Kupfer Berghe, que demostró, además de un superior talento artístico, que no es obstáculo la hermosura para cantar bien; y á los Sres. Stagno, Bianchi, Silvestri y Sra. Pasqua, que consiguieron uno de esos éxitos que formarán época en los fastos del primer teatro lírico de la capital de las Españas.

RAMIRO.



ESCARAMUZAS

NOVELA ORIGINAL

CAPÍTULO I



EN el espacioso y bien arreglado salón de una casa de campo de las cercanías de Marineda hallábanse dos mujeres instaladas con comodidad y departiendo confidencialmente.

—Sigo creyendo que te das esos malos ratos por puro lujo, María—decía la de más edad, con el aire poco convencido del que tiene por precisión que decir algo.

—Tú no sabes lo que es eso, Luisa, porque una cosa es que juzguemos lo que pasa, con los nervios muy tranquilos y la razón sosegada, y otra cosa es hacerlo cuando está uno que no puede más, á fuerza de rozamientos y choques todos los días y á todas las horas de la vida. Yo sé sufrir con tanto valor como cualquiera los males que Dios manda; pero los que nos buscamos nosotros mismos tan sin ton ni son, no los puedo llevar con paciencia. Manolo se ha buscado su desgracia y la mía de la manera más deplorable; derrocha un caudal de amabilidad con los de fuera y en su casa escatima hasta la educación. Todo le molesta, todo le incomoda. Yo no puedo abrir la boca sin que esté la censura encima. A

veces me llego á creer realmente tonta, porque si no soy capaz de hacer á mi marido la vida dulce y agradable, ¿para qué sirvo? ¿Qué he hecho yo del caudal de buena fe, de buenos propósitos, de tolerancia y de ternura con que empecé la vida? Hoy sólo me queda una sed que nada ha podido extinguir, ni siquiera los desengaños. Lo que me sostiene es el miedo al escándalo, en primer lugar, y luego, que no quiero dar á esos maniquís vivos que se mueven en la sociedad en que tengo la desgracia de vivir el gusto de verme el alma por dentro. ¡No las puedo resistir! Muñecas que no saben lo que es pasión, ni sufrimientos, ni amor, porque nunca lo han sentido ni lo han inspirado, y se constituyen en jueces perpetuos de las personas que tienen sangre y alma. A mí lo que más me exaspera es que cuanto más tontas son, más dominan á sus maridos, aun á los que tienen algún talento. ¿Qué tendrán esas mujeres? ¿Con qué armas lucharán para hacer que ellos abracen hasta sus rencores y sus ñoñerías y para estar mimadas y traídas en palmitas, cuando otras que valen mucho más—no creas que lo digo por mí, sino por lo que he observado,—no sólo no ejercen influencia alguna, sino que ni siquiera el cariño logran retener?

—Las mujeres lo consiguen todo con la galanura y con la adulación—observó Luisa.—A las tontas no les cuesta trabajo ninguno llamarles á ellos sabios y hasta creerlos tales, ni les es contrario usar de halagos y adulaciones para conseguir su deseo. El hombre quiere que la mujer sepa que le es inferior y que se lo demuestre, aunque lo contrario salte á la vista. Muy buen sentido ha de tener el que reconozca que su mujer vale más que él; pero cuando se da este caso, que es muy raro, el acuerdo resulta perfecto.

—Pues lo que es yo, primero me muero que rebajarme á la falsedad de adular á mi marido, cuando estoy sintiendo que obra mal; y como no me creo inferior á él, tampoco se lo puedo demostrar—replicó María.

—Y haces muy bien; pero en lo que no estás acertada es en que esos desabrimientos sean el constante motivo de tus cavilaciones. Sería preciso que tratases de desimpresionarte y de buscarte distracciones dignas de tu capacidad. Tú tienes

talento, tienes gusto, tienes amor á lo bueno y á lo bello. ¿Por qué no estudias? ¿Por qué no te dedicas á algo, para hallar alguna compensación?

—Ni puedo desimpresionarme ni lo quiero. Lo que pasa en el mundo no me interesa ni pizca; lo único que me gustaría sería vivir sola y lejos de toda sociedad, porque toda es falsa y mezquina, lo mismo la de Madrid que la de aquí: aquélla, más inmoral; ésta, más nula. Para estudios serios es tarde, y además no tengo cabeza para ellos. Y sobre todo, yo no puedo consolarme de no ser madre. Si tuviese hijos, ¡ya podía irse mi marido á paseo! ¡Tener á quién consagrar este tesoro de cariño que encierra mi corazón y que no sé qué hacer de él!... ¡Si al menos fuese pobre y tuviese necesidad de cansarme para ganarme la vida, después dormiría bien y la imaginación no me daría tortura desde la mañana hasta la noche!

—Hija, si no sales de ti misma y no admites que Dios puede haber creado cosas que merezcan fijar tu atención fuera de tu propia persona, estás perdida. ¡Si supieras qué tesoro de emociones fortificantes y buenas se encuentra á cada momento á nuestro alcance, con sólo apartar de nosotros mismos la imaginación y emplear nuestras facultades en la observación exterior, te quedarías pasmada!

—Si tuvieras un marido como el mío—dijo María,—ya verías lo que fijabas tu atención en otra cosa que no fuese rabiar y maldecir de tu suerte.

—Estás loca, mujer—repuso Luisa;—si yo tuviese un marido como el tuyo, que en resumen no ha hecho nada malo, no le haría caso ninguno y me dedicaría á cultivar mis facultades, para encontrarme el mejor día capaz de dominar la situación y ver con toda claridad donde antes no viera nada. Tú no vas hacia adelante, y necesariamente te quedas atrás, y si sigues en la holgazanería del quejumbre, que al fin y al cabo llega á hacerse un hábito como otro cualquiera, no tendrás remedio humano.

CAPÍTULO II

En este momento oyóse ruido como de voces juveniles acentuado á veces con sonoras carcajadas, y antes de que pudieran darse cuenta de lo que se les venía encima, abrióse la puerta que comunicaba con el comedor, y aparecieron graciosas, sofocadas y turbulentas dos muchachas, que apoyándose la una en la otra y las dos en un mueble, reían á más y mejor, haciendo con sus graciosos cuerpos toda clase de ondulaciones.

—¡Qué locas de chicas! Así se pasan la vida. Pero ¿qué sucede y cómo es que no viene con vosotras Alfredo? No, pues á buen seguro que no será él quien tenga menos parte en esa hilaridad.

—¡Ay! ¡No puedo más!—decía á esta sazón Alfredo entrando con un plato de magras asido con ambas manos.—Luisa, vamos á tomar las once. A ver, Clotilde y Mercedes, saquen VV. esos huevos cocidos. ¡La tonta de Mercedes que dejó caer uno así, tan sin gracia! ¡Bien podía V. haber conservado la mitad y no que lo soltó todo en cuanto empezó á descascararse!

—Pero, ¿de dónde traen esto estos locos de atar?

—¡De casa del cura, señora! Le hemos saqueado la casa. Estaba sola y el criado fuera, serrando paja. Primeramente entramos en la cocina; nos apoderamos del jamón y cortamos magras con una hoz, porque allí no encontramos cuchillo. Después cogimos huevos para cocerlos, y lo peor es que no había gota de agua; tuvimos que echar mano de una poca en que se habían lavado patatas.

—Y comimos guindas en aguardiente, no puede V. figurarse en qué cantidad. Todos los huesos le quedan en una cacerolita en su mesa de escribir.

Todo esto era dicho por los tres protagonistas más activos

de la escena; se quitaban, literalmente, la palabra de la boca, y entre carcajadas y ademanes característicos, trataban de pintar, con los más vivos colores, el acto vandálico que acababan de llevar á cabo.

Escuchábalos Luisa entre complacida y aturdida, y cuando la ocasión se ofrecía de poder colocar una palabra entre el desbordado torrente de las que le dirigían, exclamaba:

—¡Pero eso es atroz! Alfredo, ¿cómo consiente V.?... Si parece mentira... ¡Pobre D. Juan!... ¡Qué gente tan desatinada!

—¡Ay! Luisa querida, ¡qué bien sabe lo robado, sobre todo, en cuaresma! D. Juan puede tener una satisfacción en habernos proporcionado tan buen rato—pensaba Alfredo, devorando una magra de jamón,—y ¡lo mejor es el cigarrito, que es habano y de lo fino. Lástima que no me lo pueda fumar hoy; pero como no ayuno, hago este sacrificio. Mercedes y Clotilde han cogido uno cada una. Pero, ¡qué señor tan bondadoso! todo lo tiene abierto; el armario de la ropa, los cajones de la cómoda, la despensa donde está el *baño* del cerdo con unos tocinos... ¿Y los chorizos? Le hemos traído á usted dos, Luisa, nos los comeremos en el puchero.

—¡Y si viera V. cómo lo hemos dejado todo revuelto!—dijo Clotilde con su gracioso semiceceo cubano.—Alrededor de la mesa le hemos puesto dos muñecos, las almohadas de la cama con un gabán de Mariana y un bonete, encima el uno y el otro con unos trapos que encontramos por allí, y delante de cada uno, una huevera con un huevo, y un dedal, y unas tijeras.

—Y hemos dejado huevos por todas partes—dijo la bulliosísima Mercedes, desternillándose de risa.—Había dos cestas de los de la doctrina. Quedan huevos en el cajón de la mesa de despacho, y sobre los libros y en los estantes.

—¿Y la cama?—exclamó el que Luisa llamaba Alfredo.—No puede V. figurarse lo que allí queda metido. Zapatillas, cepillos, un paraguas; todo lo que hemos encontrado á mano.

—Nosotras se lo dábamos á D. Alfredo—continuó Clotilde, que era evidentemente la que estaba en estado de poder hablar seguido con más claridad.

A todo esto, las magras y los huevos iban desapareciendo, y dificultaban, aunque no impedían, las famosas explicaderas de aquella gente alegre, que saboreaba á la vez la inocente calaverada y los comestibles doblemente sabrosos por ser producto de ella.

Menester es que principiemos á dar alguna pincelada por donde nuestros lectores puedan venir en conocimiento del aspecto exterior de nuestros personajes. Daremos los toques todo lo más ligero que sea posible, pues nos merece demasiado buena idea la perspicacia del complaciente lector, para no dejarle la satisfacción de los descubrimientos y de las exploraciones.

Advertimos ante todo, que la avalancha de ruido y alegría que se entró por las puertas del salón, tuvo la propiedad de desalojar de él el cuerpo del primer interlocutor de Luisa, llevado por un espíritu que daba á todos los diablos las bromas, los bromistas y los embromados.

Luisa, ó doña Luisa, como la solían llamar, era una mujer que tenía en su aspecto el reposo y la dignidad que da la edad madura sin haber perdido la expresión viva é insinuante de la juventud.

Era Mercedes una muchacha de buena estatura, de muy bonito cuerpo, agradables modales, pelo negro, ojos expresivos, boca graciosa, simpática en suma y con esa alegría comunicativa que reanima como un rayo de luz.

Clotilde... ¡qué deliciosa figura era Clotilde! Las hebras de sus cabellos no deslumbraban como los rayos del sol, ni semejaban al oro, ni recordaban á las espigas maduras del trigo, ni á los mechones tostados de las mazorcas del maíz. Sus cabellos, mucho más bonitos que todo eso, eran unos cabellos rubios que al ondearse de su frente á las sienes, parecían decirle al oído: «no necesitas adornos,» y así era la verdad. Si el sol iluminaba las largas, sedosas trenzas, había en ellos reflejos inverosímiles, y á la sombra, suavísimos tonos acariciaban la mirada. No puede darse combinación más feliz de tez blanca, coloración de un rosado un poco vivo, y el pelo que dejo explicado.

Había crecido lo preciso para ser esbelta, y en tan perfecta

proporción, que todas sus actitudes y movimientos resultaban correctos. Podría ser el ideal de un artista y su constante modelo.

Ni mórbidas ni angulosas las formas, acusábanse en su juvenil sencillez, con toda sinceridad, debajo del simple merino de la chaqueta; y si sujetándose á la exigencia de la moda actual la estrecha cintura salía de entre los pliegues de la falda que de diagonales por delante iban á perderse en una aglomeración de graciosos recogidos detrás formando abultado semicírculo con las caderas, lo artificial, sin duda por ser poco, no perjudicaba á la innata elegancia, y en su manera de andar bien se dejaba conocer que debajo de los pliegues del vestido no había, ni estorbosos abrigos, ni almidonadas armazones.

En el sello general de su persona había distinción, energía y serenidad.

Alfredo tenía treinta y tres años, era de buena estatura y estaba gruesecito y de buen color. Usaba anteojos constantemente, pero la miopía no había amortiguado la expresiva mirada de sus grandes ojos. Todas sus facciones eran regulares, el pelo negro, despejada la frente; su fisonomía resultaba muy simpática y con expresión bondadosa.

Si sólo bajo su aspecto físico actual hubiésemos de retratarle, Alfredo saldría muy mal parado, pues abundando en las ideas de los que estiman que al campo sólo se va para hacer desatinos y andar á sus anchas, ni de su traje cuidaba ni se afeitaba las barbas. La corbata quedó suprimida desde el primer día, y con igual fecha se apoderó de unas zapatillas suizas que allí se hallaban para remedio de desprevenidos, y de tal manera las amó, que nunca más quiso separarse de ellas, apesar de que ya por las puntas iban enseñando el forro.

Pero despues de haber cumplido con el severo deber de ser tan exactos como nos lo exige el tiránico naturalismo, nos permitiremos decir, porque ello hace mucho al caso, que Alfredo habitualmente era elegante, pulcro, refinado en sus gustos y tan mirado en el atavío de su persona, que desde la borla del solideo hasta la luciente hebilla de plata en su

zapato, todo era exquisito. Porque Alfredo era sacerdote y canónigo de la santa iglesia catedral de Orvilleja, para lo que el amable lector guste mandar.

Este grupo de personas no estaba reunido desde mucho antes del momento en que comienza nuestra narración. La tarde anterior habían llegado todos de Marineda: todos menos María, que se adelantara á esperar á doña Luisa en su casa de campo, sin sospechar que había de sufrir la contrariedad de verla venir tan acompañada.

En cambio, las dos pollas y Alfredo se habían propuesto darse un hartazgo de broma y alegría. Y como de los tres, por lo menos dos, Mercedes y Alfredo, eran alegres como unas castañuelas, y Clotilde, aunque más soñadora que bulliciosa, no se esquivaba á la alegría cuando se encontraba en sus corrientes, inauguraban todos ellos el benemérito propósito de la manera que dejamos apuntado.

¡Cuánto saborearon los dichosos comestibles, cuánto se excitaron á la risa, qué pintorescas descripciones hicieron de la casa de D. Juan, no hay cómo ponderarlo! Pero tuvo tanta glosa la fechoría, que escasamente pudieron aquellos héroes darse una mano de aseo y un par de toques de compostura antes de la comida, que fué anunciada con mejor voluntad que formas académicas, por el criado José.

CAPÍTULO III

Si á figurar en un cuadro de vida doméstica dan derecho la originalidad de una idiosincrasia perfectamente típica, permítanme VV., por Dios, colocar aquí á José (sólo así le llama su ama, todos los demás le dicen Pepe), porque es la cosa más cierta y más digna de afirmación, que en las cuatro provincias de que la región se compone, no existe un ejemplar de criado que se le parezca siquiera.

José friega los pisos y los deja como unos espejos; José

maneja el azadón y el *usallo* en caso de necesidad; José coge la hierba para las seis vacas con sus seis crías y para los dos becerros, y sierra la paja del caballo y cuida de la burra; José ordeña y José cuaja la leche y fabrica los quesos y los manda á vender. Y él en persona lleva todos los días al pasto á sus vacas; y por último, vuelve á casa, y cual nueva cenicienta del sexo masculino, se lava, se peina, se perfuma, se pone su buen traje negro, su irreprochable camisola blanca realzada por flamante corbata de tablero de damas prendida con una lira, y sirve la mesa con la mayor seriedad.

¡Díganme VV. si doña Luisa no estará contenta y orgullosa con semejante criado! Sólo deplora una cosa—¡en este mundo siempre ha de haber algo que nos lo amargue todo!—y es que José habla. ¡Si fuese mudo! ¡Si por lo menos hubiese nacido en Rusia ó en Polonia! ¡O siquiera supiese hacerse el sueco!!!

Corramos un velo sobre este mal inevitable, para no fijarnos sino en el apetito portentoso y excepcional de aquellos comensales. Diríase que los huevos y el jamón de marras, no fueron tales, sino disfrazados aperitivos, tónicos de nueva forma que prepararon aquellos estómagos para dar á Luisa la satisfacción de verse comer un costado á cada comida.

En vano María había querido protestar con su aire indiferente y gesto poco complacido de la extraordinaria animación: estaba en minoría; cada uno de los revoltosos sólo con ella se hubiera, sin duda alguna, apaciguado, sin más que mirarla; pero todos juntos... representaban una fuerza expansiva que envolvía en sus torbellinos á la desdeñosa y la anonadaba. Así, la presente comida no dejó un solo instante de ser armonizada con todas las entonaciones de la alegría, desde la interrogación placentera, hasta la carcajada pura, y si al tocar á su fin húbose de notar repentino silencio, miradas significativas, cuchicheos entrecortados, bien se dejaba ver que aquello no era el fin de una broma, sino los preliminares de otra.

María, aunque menos hosca, abandonó á los aventureros, que desaparecieron presurosos, y la buena de doña Luisa se quedó tranquilamente tomando la cuenta á la mandadera.

CAPÍTULO IV

¡Arcanos singulares del ánimo! Esta señora, de suyo tranquila y muy amante de la soledad, no pudo soportar por mucho tiempo la que la rodeó después de tomar el último sorbo del café.

—¿Qué harán aquéllos?—se dijo.—Si no me ven, son capaces de continuar el saqueo; realmente, necesito poner orden.

Y haciéndolo como lo pensó, se puso en movimiento.

Con ánimo de ahorrar camino, bajó por la escalera de la biblioteca, atravesó la huerta dirigiendo al mismo tiempo investigadoras miradas, ya á los árboles recién florecidos, ya á la esparraguera que dejaba ver sus productos, ya á la acogollada alcachofa.

Cada planta, cada árbol, cada objeto mereció un lugar en su atención; pero no por eso desaparecía de su mente el recuerdo de las pasadas risas, ni el temor de las presentes sospechas.

Apresurando el paso, salió y se encontró en la viña. Para llegar pronto á casa del cura, no tenía sino seguir á la derecha la tapia de su huerta. A los cincuenta pasos, próximamente, se encontraba la pequeña puerta que no se abre ni se cierra sobre el huerto de D. Juan, porque yace arrancada de cuajo desde no sé qué invierno, pero que, dejando el paso franco, no abandona el puesto.

Doña Luisa, sin embargo, no tomó el camino más corto.

Siguió de frente la calle de eucaliptus que dibuja la viña. Resabios de añejos idealismos la inclinaban siempre á hacer largo el paseo y corto el paso cuando se encontraba en el campo y sola.

Pero no había llegado á la mitad de la calle del centro, cuando se detuvo y torció á la derecha, dejando por andar la

mitad de la viña; acababa de ver á los que buscaba, saliendo de la tierra de promisión precisamente por el boquete susodicho al lado de la puerta caída.

—¡Qué mustios vienen!—pensó.—De seguro que Mariana tomó sus medidas de precaución en casa.

—¡Hola! parece que no han sido VV. tan afortunados como por la mañana, ¿eh?

—Sí, míranos los bolsillos—dijo Mercedes enviando al diablo la seriedad.

—Pero no nos dé fuerte—siguió Clotilde,—porque nos podría hacer una tortilla.

—Traemos seis en cada bolsillo—dijo Alfredo;—entre todos dos docenas, lo preciso para los huevos moles.

—Pero venga Luisa, venga á ver cómo le hemos puesto la casa á D. Juan—dijo Clotilde.

—Sí, y con eso examinaremos por allí si ha quedado algo escondido—afirmó Alfredo.

Tornó á entrar la alegre banda en el silencioso huerto, y momentos después en la casa, teatro del incesante saqueo. Y los inocentes perros que holgazaneaban al pie del pajar vinieron á dar la bienvenida á doña Luisa, y los gatos, que bien la conocían, no le dijeron nada, y toda la familia emplumada del corral miró con curiosidad á los que tan desusado ruido hacían escalera arriba.

A la formal persona que acompañaba á los calaveras, antojábasele así como un modo de reproche en el recibimiento que bípedos y cuadrúpedos le hacían. Acallóse, sin embargo, el cosquilleo de su conciencia, ante la algazara con que los autores de la obra se la mostraban. Aquello era por demás; no habían ponderado nada: no quedaba chisme con concierto ni cosa que no hubiese pasado á los antípodas. Verdad es, dicho sea sin intención de ofender, que en la morada del buen cura de Lains existe de ordinario tal confraternidad de enseres, que los libros parroquiales no se desdeñan de estar hermanados con la aguja y el dedal, y la bolsa, con la estola de los santos óleos, se encuentra colgada del mismo clavo que el cesto de las simientes; y todo así.

Como una flecha, se fueron los tres á la alacena del des-

pacho; era el lugar donde se guardaba la vajilla de la casa con la botillería y alguna golosina de reserva.

En un instante fueron extraídas seis ú ocho botellas; y todas, todas, estuvieron amenazadas por el intrépido Alfredo.

—Él no bebe—decía;—todo esto lo tiene aquí para obsequiar á sus amigos. ¿Qué mayor gusto para él que saber que nosotros lo hemos tomado?

—¡No hay remedio!—pensaba consternada doña Luisa—Algo hay que dejarles hacer; no puedo impedirselo todo; conque, del mal el menos.

Esto pensaba al ver que Alfredo se había al fin fijado en una botella de coñac que blandía por los aires mientras buscaba un utensilio cualquiera que, á falta de saca-corchos, le sirviese para abrirla.

Y sea que en su estupor se encontrase desamparada de su buen juicio, ó ya por el deseo de evitar á las chicas un atracción de guindas tomándose ella una parte, es lo cierto que, cuando en aquel momento apareció sin ser esperada Mariana, se encontró á la señorita con la boca llena ni más ni menos que las otras aficionadas al contenido del panzudo frasco de cristal.

Yo no sé si fué más pronto el ver á la criada del cura ó el decir Clotilde á Mercedes—«á ver cómo la entretienes,»—ó el presentarle Alfredo un frasco vacío diciéndole:—Tome, Mariana, hágame el favor de lavarme eso.

Aturdida, desconcertada y seguida de Mercedes, la pobre mujer volvió á bajar á la cocina sin darse cuenta de lo que estaba pasando ni colegir qué papel le cabía en la actualidad y le destinaba el porvenir en el asunto.

Y cuando, más tarde, doña Luisa con su ademán reposado y palabra benévola vino á condolerse con ella de las diabluras de aquellos muchachos, la pobre mujer no podía desprender su mirada de los anchos bolsillos de la casaca de terciopelo de la señorita, en cada uno de los cuales se veía, bien al descubierto, toda una nidada de huevos.

CAPÍTULO V

Disparada ya en el desenfreno de su apetito, aquella gente no sosegaba si no comía. Llegar á casa y prepararse para confeccionar los huevos moles, todo fué obra de un momento. Con encarnizamiento diabólico se apoderaron del azúcar. No un plato, dos, tres, ¡qué sé yo! El caso era gastar, concentrar sustancias comibles, apurar el ergo de la glotonería.

¡Era de ver al curita dando al manubrio de la maquinilla de batir huevos! A los dos minutos ya decía que aquello estaba en su punto, pero, no hubo tu tía. Doña Luisa tomó por su cuenta el señalarlo como persona muy competente en materias culinarias.

Clotilde mostrábase al principio solícita para tomar parte en el trabajo por turno, y hasta dos veces puso á la obra su linda mano, después discretamente desapareció, y fué á seguir en el patio, desde donde todo se oía, los progresos de condimentación de la deseada golosina.

Las yemas eran muchas, el azúcar mucho más y las ruedecitas de la máquina no podían mover con facilidad los batidores de alambre que encontraban gran resistencia.

—¡No! ¡Bien lo sudamos!—decía Alfredo, y así era la verdad.

—No se vaya V., Mercedes; yo no puedo más. Esto está ya más que bueno. ¿No le parece á V., Luisa?

—Todavía no está en su punto.

—¡Ya, como V. no se cansa!

—Ustedes no saben darle: mire V., esto se hace así:—y cogiendo por su cuenta el pequeño aparato, le hizo dar en un momento el triplo de vueltas que las marcadas por el anterior compás.

—¡Qué bien lo hace!—dijo Mercedes.—Mucho mejor que nosotros. Sigue, sigue, Luisa, que nos confesamos vencidos.

—Esto no ha sido sino para enseñar á VV.

Y no se volvió á molestar.

Pero tampoco ellos soportaron por mucho tiempo el trabajo.

Un rintero de platos, un manajo de cucharas, el cuerpo del delito en honda fuente y ¡hála! á comerlo al Bien-teveo.

Dábasele este nombre á un mirador colocado en lo alto de un grueso tronco de árbol, al cual se subía por rústica escalera de caracol que á dicho tronco abrazaba.

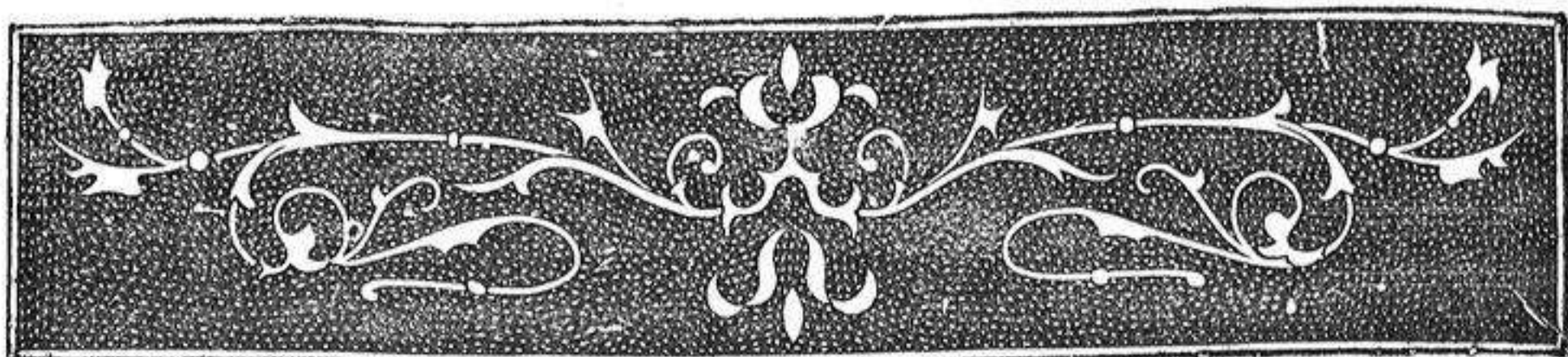
Toda la posesión se descubría desde aquella atalaya, á la cual había puesto nombre el vecino D. Leandro.

El pie del coronado tronco está rodeado de un cómodo asiento, y en este asiento vino á ser colocada y repartida la dorada crema.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA



DECAÍDO ha seguido presentándose en la última quincena el antiguo empuje de la prensa, encargada de la representación y defensa de los partidos españoles. Parece que las elevadas discusiones de principios acabaron para siempre, no quedando hoy día al periodismo otra cosa que las travesuras de imaginación y las ocurrencias de la inventiva. Muchos creen, y no tiene la opinión visos de descaminada, que la prensa actual tiende cada vez más á convertirse entre nosotros, y dicho sea con el debido respeto, en un gran teatro con actores sin fe y papel obligado, resultando por consiguiente un maqui-nal desempeño y una ausencia absoluta de todo verdadero entusiasmo. Hay ciertamente excepciones notables, pero son muy contadas. La polémica de alto vuelo se despidió para siempre, y no queda, generalmente hablando, más que la dicción cáustica ó la brillantez del ingenio en los casos de ser un buen discípulo de Juvenal quien á la mordacidad acude, lo que no es muy común tampoco. Si nada ocurre, puede darse por cosa supuesta lo que el capricho desea; y no existiendo noticias que se presten á comentarios, se inventan para satisfacer al público y llenar la diaria tarea.

Reproducimos estas añejas ideas nuestras, después de la lectura de un importante diario que se queja de lo mismo, llegando á formular acusaciones merecidas contra esa prensa alborotada «que pervierte el sentido moral de la gente ignorante por adular las pasiones del mundo.» Los pasados días han sido tan escasos en sucesos políticos como fértiles en invenciones y dimes y diretes.

Pongamos un ejemplo: La venida á Madrid del Sr. Conde de Toreno y los afanes noticieros acerca de la designación de Presidente para la Cámara de Diputados, ha venido siendo tema obligado de muchos artículos, sueltos y noticias en la mayoría de los diarios y hasta en los que de serios presumen. Pero, táctica inútil y tiempo perdido. El noble y aplaudido Presidente del Congreso mira desde más alto, y no es hiperbólico añadir que, en el sitio que por sus merecimientos ocupa, no es posible distinguir ni favorecer pequeñeces. Está hoy y estará mañana en el sitio donde estuvo ayer y donde estuvo siempre; porque nadie puede negar que en todas las circunstancias de su vida y en todas las evoluciones de la política española, supo siempre inspirarse en aquellos sentimientos del más acendrado patriotismo y en aquellos consejos del honor que son los de las almas rectas. No sirve para caracteres así templados poner en juego resortes vulgares.

Ya que por este lado no cabía hacer mella, dirigiéronse los tiros en busca de competiciones improcedentes para otros cargos importantes, cuando constaba que tales asuntos no habían sido tratados todavía por el Gobierno. No importa. Se apuntaba una crisis urgente al estallar el conflicto de las Carolinas, y la crisis no vino, porque era absurdo que viniera. De entonces acá, los plazos son perentorios; sucederá al resolverse el litigio ó al abrirse las Cámaras. Para ello es necesario imaginar conflictos que no existen; y por esto se habla de rozamientos con el vecino reino de Portugal, y á propósito de las medidas sanitarias adoptadas en la frontera y de lo ocurrido en Isla Cristina entre nuestras autoridades y los pescadores portugueses; se dan informes con completo desconocimiento de causa sobre las proyectadas adquisiciones navales; se supone al Gobierno británico y al de los Estados

Unidos en vías de reclamaciones enojosas; se rebaja intencionalmente nuestro crédito en los mercados extranjeros; se suponen fatales todas las desconocidas gestiones diplomáticas, y por todos los medios se procura descrédito y se desean sinsabores.

No sin razón pregunta enérgicamente un periódico: «¿Por qué los adversarios del Gabinete no acarician más altos ideales y no consumen su ingenio en más nobles empresas? ¿Por qué olvidan que las futuras Cortes tienen que discutir las bases del Código civil, las reformas de la ley provincial y municipal, la de la ley electoral, varios tratados de comercio, los proyectos de enseñanza, otros que se relacionan con la vida jurídica del país y alguno con la crisis económica que aflige á varias provincias?

Eso es lo que debieran tener en cuenta las oposiciones: y á preparar la opinión, á ilustrarla con fecundas polémicas, á advertir al Gobierno las corrientes que prevalezcan, debían dirigir todos sus esfuerzos los que por algo tienen una misión civilizadora que llenar y un sacerdocio que enaltecer.

Pero sobre todo, y por encima de todo, lo que urge, lo que no admite nuevos aplazamientos es la reconstrucción de la marina. En pie está el proyecto del Sr. Antequera, cuyas ventajas ahora se reconocen, y en pie también las desdichas que un *casus belli* hubiera producido á la nación si las previsiones del Gobierno no hubieran alejado las contingencias de una lucha.

¿Servirá esta lección para que el patriotismo se imponga á míseras vanidades ó reprensibles errores? ¿Servirá para que la próxima legislatura corone su obra dando á España una flota digna de su nombre y de sus destinos?

Nosotros no vacilaríamos en proponer que se hiciese una operación de un crédito de 30 millones de duros para que, juntamente con la dotación del presupuesto, se dedicara á la compra de buques de guerra, dentro de las exigencias del arte moderno y de las necesidades de nuestros territorios de América y Oceanía.

Hechos recientes han demostrado que no podemos vivir sin defender las costas y sin contar con acorazados, torpede-

ros y trasportes para un día de peligro. No existe, por fortuna, éste; pero sería error imperdonable que, porque la paz reine, no pensemos en que se puede turbar, ni cabe dar al olvido que el país que quiera tener colonias no puede prescindir de una poderosa marina.

Si la oposición liberal desea que se reconozca que ni rebaja su nombre ni tiene por único entretenimiento el afán de dar noticias baldías ó peligrosas, ayúdenos en este empeño generoso, facilite al poder público medios de gobierno, haga un sacrificio en aras de la patria, repare que si nuestras leyes necesitan reforma, nuestras costas piden barcos, nuestros arsenales material y nuestras plazas cañones.»

Todo esto está muy bien dicho; pero no entra desgraciadamente en nuestras actuales costumbres.

* * *

Aunque sea aventurada toda afirmación categórica respecto del estado de las negociaciones con Alemania sobre el debatido asunto de las Carolinas, parece ya muy probable la aceptación por los Gabinetes de Berlín y de Madrid del arreglo que Su Santidad propone. Se añade que no falta más que el acta oficial de la mediación, que va á ser firmada en el Vaticano, en presencia del Soberano Pontífice, por el Marqués de Molins, Embajador de España, y el Barón Schloezer, Ministro de Prusia cerca de la Santa Sede. Es, pues, de esperar que este documento se publicará simultáneamente en Roma, en Berlín y en Madrid. Si la situación actual de la Santa Sede lo consiente, la rúbrica del acta oficial de la mediación será acompañada de gran solemnidad, con todo el ceremonial que exigen las tradiciones de la corte romana.

Estas son también las impresiones de gran parte de la prensa extranjera, conviniendo todas las noticias en que el curso que lleva tan complicado asunto no puede menos de ser lisonjero para España.

Todo no ha impedido, sin embargo, que algunos políticos de España hayan llevado su patriotismo al extremo de dar por rotas las negociaciones con Alemania.

*
* *

Los constantes manejos de los enemigos del sosiego público provocaron días pasados la más criminal de las tentativas en Cartagena. Con gusto hemos de consignar que tan descabellados propósitos han merecido las unánimes y justísimas censuras de la prensa nacional y extranjera. No es sólo el *Standard*, el *Times* y otros periódicos de Londres los que se expresan con inusitada acrimonia contra los que preparaban nuevos días de espanto y de luto, sino también los periódicos republicanos franceses para quienes el crimen es siempre reprochable y odioso. He aquí lo que nos dice *Le Temps*, órgano seguramente muy poco sospechoso:

«La reciente sublevación de Cartagena ha sido reprimida sin dificultad, pero no sin efusión de sangre, por la autoridad local. El carácter particular de esta tentativa ha sido la intervención de los forzados. Los autores de la sublevación, sean quienes sean, no han vacilado en lanzarlos contra los ciudadanos pacíficos para cumplir sus deseos. Tan monstruosa falta de escrúpulos no ha podido menos de despertar la indignación de todos los partidos constitucionales. En un principio, pudo afirmarse que la mano de Ruiz Zorrilla no era ajena á este abortado pronunciamiento. La prensa gubernamental y liberal, apoyándose en las revelaciones del ex-presidario Esteban Cela, jefe de la insurrección, lanzó sobre el jefe republicano la responsabilidad de un atentado que no son bastantes á atenuar todos los pretextos políticos del mundo.

En el primer momento, los órganos zorrillistas se contentaron con oponer el silencio á estas acusaciones. Después, sea que hayan recibido de su inspirador instrucciones precisas que les permitan desmentirlo, sea que hayan reconocido cuán funestos resultados tendría para la causa republicana el

crédito de semejante opinión, han protestado contra las *calumnias gratuitas* de una prensa *sin conciencia*.

Es muy difícil juzgar bien á tanta distancia sobre la tentativa de Cartagena y la parte que puedan tener en ella ciertos jefes del partido republicano. Todo lo que puede hacerse notar, es que el Sr. Zorrilla no ha repudiado nunca expresamente la vuelta á los procedimientos revolucionarios y á los pronunciamientos, y que no ha vacilado en sacrificar á los instrumentos que se ofrecían á él para todo género de tentativas sin esperanza. Suponemos que se hará mucha luz sobre el movimiento de Cartagena. Mientras tanto, los republicanos de orden que se agrupan en torno al Sr. Castelar censuran amargamente la imprudencia y la locura—por no emplear frases más severas—de los mal llamados políticos que se entregan á la casualidad en una acción mal concertada. Hasta la oposición liberal padece con estos complots abortados, gracias á los cuales el Gabinete Cánovas, ayer tan caído, que su muerte parecía cosa de unas semanas ó de unos días, ha podido rehacerse un tanto.»

En vista de esta condenación general, el Sr. Ruiz Zorrilla ha tratado de sincerarse, dirigiéndose al *Standard* en los siguientes términos:

«Señor redactor en jefe:

»*The Times*, en su número del jueves pasado, aseguró que yo había dado órdenes para que fueran puestos en libertad 2.500 presidiarios de Cartagena, los peores rufianes de Europa, añadiendo que desde el suelo inglés instigo crímenes y defiendo iniquidades.

»Estas y otras acusaciones han sido ampliadas y repetidas en números subsiguientes.

»Tales afirmaciones son falsas y calumniosas bajo todos aspectos. En mi mismo país mis mayores enemigos no se han atrevido jamás á acusarme de un modo tan injusto, tan injurioso y tan opuesto á la verdad.

»He sido diputado, Ministro, Presidente de la Cámara y

Presidente del Consejo de Ministros. Durante *mi Gobierno* se emitieron dos empréstitos, y uno de ellos se cubrió ocho veces en el extranjero, y dos en España. ¡Y aún dice el *Times* que España no tiene confianza en mí!

»*Mi Gobierno* y mi partido quitaron los derechos diferenciales entre Inglaterra y España, repuestos por la Monarquía. Concedí la libertad de cultos y abolí la esclavitud en Puerto Rico.

»Esa es la hoja de servicios mía que consta en la historia política española.

»La restauración triunfó por un movimiento de fuerza y yo fui expulsado sin intervención de los tribunales y sin que éstos oyeran mis descargos.

»He pedido y sólo pedido para mi país las libertades que siguieron á la caída de D.^a Isabel, libertades abolidas por la restauración.

»He dicho, y lo repito ahora, que estoy dispuesto á volver á mi patria cuando se establezcan en ella las libertades que necesita para vivir todo hombre honrado.

»¿Qué haría el pueblo inglés si le arrebatasen sus libertades tradicionales?

»Tengo á mi lado en la lucha exministros, Generales, diputados, senadores, aristócratas, y mi partido cuenta hoy con 1.300 comités organizados en toda España. Si fuera el criminal de que habla *The Times*, no tendría la amistad de estas altas personas ni me habrían invitado á tomar parte en las elecciones municipales de España, donde, según el mismo periódico, obtuvimos un triunfo.

»Nunca he sido demagogo ni quiero para mi país un nuevo programa político. Mi programa es el mismo de siempre: el progreso en oposición á la reacción; el orden enfrente de la anarquía.

»Profeso un profundo respeto á la prensa inglesa, en general, y un gran cariño á este pueblo inglés, refugio de emigrados políticos.

»Puedo decir con toda conciencia que he respetado las leyes inglesas, y espero que seré juzgado como merezco por esta gran nación, que ha sido siempre defensora de todas las

causas nobles y justas como la mía, y no como me juzgan mis enemigos y los reaccionarios de mi país.—MANUEL RUIZ ZORRILLA.

Londres 10 de noviembre.»

No necesitamos comentar la carta transcrita. Lo hace perfectamente el democrático *Resumen*:

«No era esta protesta la que esperaban seguramente los amigos del Sr. Ruiz Zorrilla ni la que nosotros mismos, sus adversarios políticos, deseábamos. ¿Qué dice en esa carta el jefe revolucionario?

»Ni una palabra de condenación enérgica, terminante, contra el movimiento, ni una disculpa de haberlo alimentado. Viene á ser como una reivindicación del programa hecho entre las tristezas de la nueva derrota; y por sus líneas corre como siempre el personalismo de que hace algún tiempo viene dando prueba el demócrata emigrado de Londres.

»Lejos de eso, el Sr. Ruiz Zorrilla parece como que da á entender que no somos hombres honrados los que vivimos en nuestra patria, luchando aquí entre adversidades y éxitos comprados y pagados al precio de la estimación personal, cuando dice que necesita para vivir en España lo que necesitan los hombres honrados. Y luego de esto afirma que tiene organizados mil trescientos comités. Pues ¿cómo pueden vivir esos comités?

»Hay en el fondo de todos estos programas y acciones públicas del Sr. Ruiz Zorrilla algo que movería á risa si no se desenlazaran de vez en cuando en finales de tragedia. ¿Cómo puede decirse en serio, y dejémonos ahora de oposición sistemática, que es imposible vivir por exceso de aspiraciones liberales en el país donde viven Salmerón y Castelar? Aquí, dígase lo que se quiera, defienden su política con igual energía que cuando el Sr. Ruiz Zorrilla presidía un Gabinete monárquico, y ellos eran tan republicanos como ahora.

»En definitiva: el Sr. Ruiz Zorrilla no niega ser autor del movimiento; niega sólo haber dado órdenes para la libertad de los presidiarios. Una inexactitud nos conviene rectificar

de su carta: la de que sólo el periódico inglés ha lanzado acusaciones contra su política. Se conoce que el Sr. Ruiz Zorrilla no lee periódicos españoles.»

*
* *

En los momentos en que estas líneas escribimos, acaba de llegar el texto de la última encíclica de León XIII. Apenas tenemos tiempo para leerla; pero seguros estamos que sus elocuentes enseñanzas serán reproducidas y comentadas por todos los políticos, católicos y no católicos, de ambos mundos.

Trata de la constitución cristiana de los Estados, exponiendo, en primer lugar, el sistema de Gobierno que lógicamente se deriva de los principios mismos del catolicismo, juzgando después lo que se llama el derecho moderno, es decir, el sistema democrático nacido de los principios de la revolución francesa, y dando finalmente á los católicos las reglas que han de seguir en su acción política. Todo aquel importante documento respira la alta ilustración y los principios de conciliación y tolerancia de que en su alto puesto ha dado tantas pruebas el Sumo Pontífice que hoy gobierna la Iglesia. Júzguese por los siguientes párrafos, en los que, después de citarnos las doctrinas de sus predecesores, nos dice:

«Ninguna de estas sentencias, ninguna de estas decisiones, si se las quiere interpretar sanamente, proscribire ni condenará tal ó cual forma de Gobierno, en tanto que ésta no encierre ninguna contradicción con la doctrina católica; pues todas, si son aplicadas con sabiduría y con justicia, pueden garantizar la prosperidad de los Estados. No se ve, pues, en las precitadas doctrinas, ninguna razón justa para acusar á la Iglesia. Hay más todavía: la participación más ó menos grande del pueblo en el gobierno de los negocios públicos, no es objeto de censura alguna; porque en ciertas épocas, y con la garantía de ciertas leyes, esta participación puede ser no sólo una ventaja, sino un deber para los ciudadanos. Lo que en

realidad resulta de la enseñanza de los Soberanos Pontífices, y lo que es necesario admitir, es que el poder público tiene su origen de Dios y no de la multitud; que el derecho á la revolución repugna á la razón; que no es permitido á los individuos ni al Estado dejar de cumplir sus deberes con la religión, ni tratar de la misma manera á las diferentes religiones; que la libertad de pensarlo todo y de publicarlo todo, no forma parte de los derechos esenciales de los ciudadanos, y no tiene derecho á la protección ni al favor de los Gobiernos; que es necesario admitir también que la Iglesia, como el Estado, es una sociedad perfecta en su género y autónoma; que los depositarios del poder, sea cual fuere su grado, no pueden trabajar en rebajarla y desprestigiarla, en disminuir la libertad de su acción en el gobierno de sus asuntos propios, ni en arrancarle ó menoscabarle cualquiera de los derechos que le fueron concedidos por Jesucristo. Para las cuestiones mixtas, la conducta más conforme á la naturaleza y á los planes de Dios, no es separar las dos potestades, aun menos ponerlas en pugna entre sí, sino establecer entre ellas relaciones de concordia en armonía con sus causas más próximas, las mismas que dieron nacimiento á cada una de las dos sociedades.

»Tales son las reglas trazadas por la Iglesia católica relativamente á la constitución y al gobierno de los Estados. Los principios contrarios (lo hemos demostrado con razones y con ejemplos) son, no sólo engañosos, sino también peligrosos; abren, en efecto, el camino que por una pendiente resbaladiza conduce las sociedades á trastornos y á verdaderos abismos.

»Sin embargo, sería injusto valerse de las doctrinas mencionadas más arriba para acusar á la Iglesia de ser más severa y más difícil de lo que conviene, ó enemiga de la sana y legítima libertad. Si la Iglesia juzga que los cultos todos no pueden ser colocados en el terreno de la igualdad con la verdadera religión, ella no condena por esto á los jefes de los Estados que, con el fin de procurar un gran bien ó evitar un mal, toleran en la práctica que estos diversos cultos existan en el Estado.

»Es, por otra parte, costumbre de la Iglesia, vigilar con el

mayor cuidado, á fin de que nadie sea forzado á abrazar, contra su voluntad, la fe católica, y no ha olvidado esta sabia advertencia de San Agustín: «La fuerza puede obtenerlo todo del hombre, menos la fe.»

»Pero, por otra parte, la Iglesia no puede aprobar una libertad que engendra el desprecio de las más santas leyes de Dios, y se resuelve en la negación de la obediencia á la autoridad legítima. Semejante libertad merece mejor el nombre de licencia, y fué con gran justicia llamada por San Agustín *libertad de perdición* y por el Apóstol San Pedro *velo de iniquidad*. Además, siendo esta pretendida libertad opuesta á la razón, es una verdadera servidumbre: «El que comete el pecado, del pecado es esclavo.» Enfrente de ésta es preciso colocar la verdadera y legítima libertad, la cual considerada en el individuo, no permite al hombre hacerse esclavo de los errores, de las pasiones y de su impía tiranía, y considerada en la vida pública, dicta sabias leyes á los ciudadanos, agranda considerablemente las ventajas y recursos de la vida social, y defiende el interés general contra caprichos que á él se opongan.

»Esta libertad honesta y digna del hombre, es abiertamente patrocinada por la Iglesia, que nunca ha cesado de trabajar y combatir, á fin de garantizar á los pueblos su íntegra posesión y completo uso. Sí; las instituciones más capaces de contribuir al bien general en el Estado, todas las que tienen por fin proteger á los pueblos contra los caprichos tiránicos de los Príncipes ó impedir la intervención importuna del poder central en los asuntos municipales ó domésticos, todas las que elevan la dignidad de la persona humana ó son apropiadas para afianzar á cada ciudadano la igualdad de derechos, por la Iglesia católica han sido establecidas, conservadas ó protegidas: los monumentos históricos de los siglos pasados todavía existen para dar de ello testimonio.

»Por otra parte, siempre consecuente, si por una parte destierra una libertad inmoderada que se traduce para los individuos y los pueblos en licencia ó servidumbre, acepta con júbilo los nuevos progresos, cuando realmente contribuyen á la prosperidad de la vida presente, que no es más que una eta-

pa en el camino que conduce á la vida futura é inmortal. Así, acusar á la Iglesia de mirar mal las más modernas formas de los sistemas políticos y rechazar en principio todos los descubrimientos del genio contemporáneo, es una vana calumnia que no descansa sobre fundamento alguno. Sí; sin duda alguna rechaza la insania de ciertas opiniones y reprueba la perniciosa pendiente á la revolución, y en especial esta tendencia de los espíritus, que es el preludio de una separación voluntaria de Dios; pero como todo lo que es verdadero viene necesariamente de Dios, en todo fragmento de verdad debida á las investigaciones del espíritu humano, la Iglesia reconoce como huellas de la inteligencia divina.

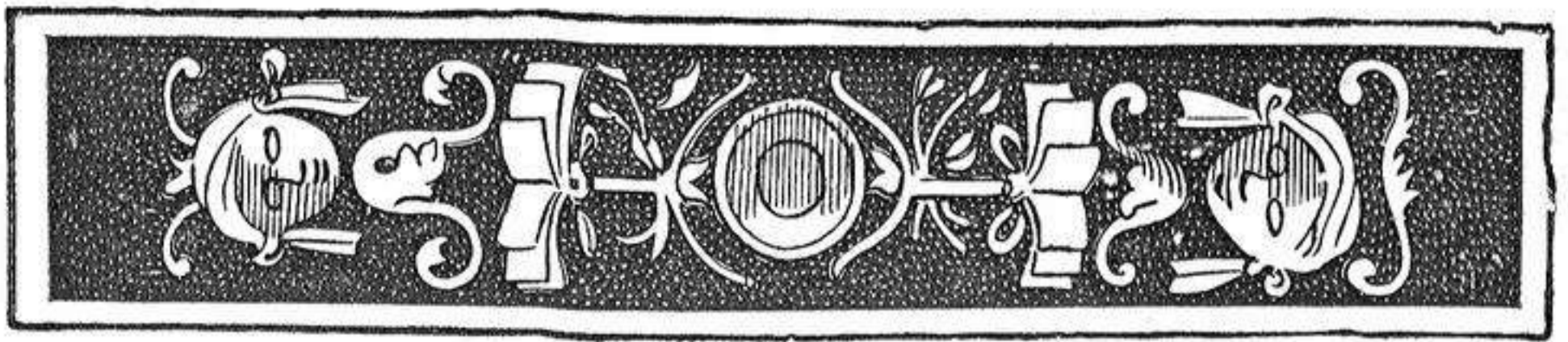
»Ninguna de las verdades naturales está en contradicción con las enseñanzas de la fe reveladas; muchas de ellas confirman ésta, y como todo descubrimiento de la verdad provoca al hombre á conocer y alabar á Dios, la Iglesia acogerá con placer y alegría todo cuanto pueda contribuir á aumentar las conquistas de las ciencias, entre las que favorecerá y alentará con más especialidad, como lo ha hecho siempre, los progresos de las ciencias naturales.

»En la esfera de estos estudios, nunca la Iglesia será adversaria de los descubrimientos del espíritu humano, sino que verá con gusto todos los esfuerzos que tengan por objeto embellecer la vida y hacerla más agradable. Enemiga natural de la inercia y la pereza, su deseo es que el ejercicio y la cultura hagan producir al genio del hombre más abundantes frutos, y siempre alentará todas las artes y las industrias todas. Dirigiendo por la virtud á un fin honesto y saludable los esfuerzos y la actividad de los hombres, todos los esfuerzos de la Iglesia tienen por objeto impedir que la inteligencia y la industria del hombre se separen de Dios y de los bienes celestiales.»

La manera magistral de tratar la materia nos hace sentir doblemente la carencia de espacio para dar á conocer un documento destinado á formar época en los fastos de la Iglesia y de las sociedades modernas.

A.

8



REVISTA EXTRANJERA

INCENDIO de los Balkanes viene llamándose el novísimo aspecto que ha tomado la cuestión de Oriente á consecuencia de lo que con cierta propiedad puede llamarse pronunciamiento de la Rumania. Los Embajadores de las grandes potencias acreditadas en Constantinopla pudieron reunirse el 18 de setiembre para conferenciar acerca de las medidas que debían adoptarse en vista de la insurrección que con aquella fecha estalló, y, sin embargo, nada práctico han acordado después de mes y medio los supuestos conferenciantes. Y es que, en nuestros días, cuando tanto se alardea del predominio de la razón y del imperio de la justicia, apareciendo de vez en cuando hasta aspiraciones ciertamente utópicas, en estos momentos históricos, pero favorables á un desarme general que permita más desarrollo á los intereses peculiares de cada nacionalidad, resulta luego que no hay más razón que las conveniencias y aspiraciones de las grandes entidades políticas, ni más justicia que la que representa la brutalidad de los cañones. Bien decía Napoleón I que sería siempre nulo todo tratado cuyas firmas no se enjugasen con una salvadera llena de pólvora. Muchas veces se ha demostrado la verdad de este dicho; y sin ir más lejos, la anterior conferencia internacio-

nal, reunida también en Constantinopla, acordó un protocolo en virtud del que todas las potencias se comprometieron á no intervenir en manera alguna en los asuntos de Egipto, y... los cañones de Inglaterra probaron muy pronto en el bombardeo de Alejandría que una cosa es la diplomacia y otra muy distinta las ambiciones privadas.

Acercas de los actuales asuntos de Rumelia han hablado también los primeros diplomáticos de Europa; pero con circunspección tal, que cuando menos revela poca ingenuidad, pensamientos ocultos ó actitudes sospechosas. Austria y Rusia son las potencias más directamente interesadas en los Balkanes. No hay Parlamento en San Petersburgo ni ha sido necesario tampoco para conocer el pensamiento dominante en la corte del Imperio moscovita. En cambio, Kalnoky, Canciller del imperio austro-búngaro, se vió precisado á dar algunas explicaciones, y supo hacerlo en forma conveniente para eludir toda contestación categórica á los puntos más delicados del asunto de actualidad que á todos preocupa.

¿La alianza entre Austria y Alemania, se ha hecho también extensiva á Rusia? ¿Qué hará el Imperio de Austria? ¿Acatará los derechos consumados en la Rumelia, ó reclamará, por el contrario, el *statu quo ante*? ¿Con qué medios cuenta para asegurar la ejecución de sus propósitos? ¿Qué actitud es la suya respecto de su vecino y aliado el Rey de Servia? He aquí las preguntas formuladas por la delegación húngara, cuya curiosidad no fué satisfecha en la parte más esencial é importante. Dijo el Conde Kalnoky que entre Austria y Rusia no existe convención alguna fuera de los tratados generales; es decir, que no hay alianza formal, escrita y positiva con Rusia, y que los lazos que unen á esta última potencia con Austria y Alemania, después de las entrevistas de Skierniewice y de Kremsier, tienen por objeto mantener el orden y el *statu quo* en Oriente, bajo la base de los tratados. Confesó que divergencias de intereses separan indudablemente á los dos Imperios en Oriente; pero que estas dificultades podían desaparecer con la buena voluntad de todos. «Es una gran tarea, añadió Kalnoky; es una gran tarea para todo Ministro de Negocios Extranjeros del Imperio austro-

húngaro el conservar con Rusia las más amistosas relaciones políticas, puesto que nos obliga á ello nuestra posición geográfica. Todos los Ministros que me han precedido comprendieron siempre esta misión, y consagraron á ella sus esfuerzos en interés de la paz.»

Claras parecen á primera vista estas manifestaciones respecto de los compromisos existentes entre Viena y San Petersburgo; pero no debe perderse de vista que el Conde Kalnoky hablaba á magyares tradicionalmente hostiles á Rusia, y estaba, por consiguiente, obligado á no herir las susceptibilidades nacionales de Hungría. Respecto del pronunciamiento rumeliota, de la actitud del Czar con el Príncipe de Battemberg y de las pretensiones de Servia, pasó el Canciller como sobre ascuas, expresándose con la vaguedad que las circunstancias realmente graves exigían. Se comprende que el Gabinete de Viena ha de inclinarse al restablecimiento del *statu quo ante*, y esta solución es temida; pues bien pudiera llegar á ser el principio de la verdadera crisis. La entrada de los turcos en la Rumelia sería quizás la señal de una catástrofe en los Balkanes, manifestándose entonces de una manera inevitable todos los intereses opuestos. Acabaría la supremacía austro-húngara en Belgrado; el Rey de Servia tendría que arrojarse en brazos de Rusia, resultando soluciones en ventaja del temido eslavismo.

*
* *

El hecho es que la conferencia no adelanta un paso, y los trabajos diplomáticos siguen en la sombra y en el misterio.

Dícese que Francia é Inglaterra sienten repugnancia á otorgar á los turcos un mandato coercitivo. Se inclina Italia á lo mismo, pero su indecisa conducta se explica por su deseo de no querer separarse ostensiblemente de la política alemana. También se ha supuesto la intención en el Príncipe Bismarck y en el Conde Kalnoky de inclinarse á la solución que Francia é Inglaterra desean, y se ha dicho que estaban propensos á aceptar los hechos consumados en Bulgaria.

Rusia es la que naturalmente más se obstina en el *statu quo ante*, siendo prueba inequívoca el haber ya borrado del cuadro del ejército ruso al Príncipe Alejandro.

Resulta, pues, que Lord Salisbury patrocina al Príncipe Alejandro y apoya la unión búlgara con el evidente propósito de disminuir la influencia rusa en Sofía y en Filipópolis en provecho propio. El Gabinete de San Petersburgo es hostil al Príncipe y á la unión, por su interés en mantener la tutela moscovita en la Bulgaria. La violación del tratado de Berlín es manifiesta, y detrás de ella luchan todos los antagonismos y complicaciones que parecen inevitables para Europa, habiendo de resultar al fin, como siempre ha sucedido y sucederá en las rivalidades internacionales, que la última palabra será la que se diga en el terreno de la fuerza. Parécenos que los aplazamientos de la diplomacia nada podrán, triste es confesarlo, para evitar los resultados que prevemos, apesar de toda la buena voluntad que existe para mantener la paz. La cuestión de Oriente renace á cada paso sobre las caldeadas cenizas del volcán que la produjo.

*
**

Un suceso, que hasta cierto punto puede considerarse importante en España, acaba de realizarse en Alemania. Nos referimos á las elecciones que hace algunos días han renovado la Cámara de los Diputados de Prusia. El Imperio olvida sus tradiciones revolucionarias y busca amparo en los principios conservadores, que son hoy los de todos los principales Gobiernos de Europa. El triunfo ha sido absolutamente favorable á la antigua mayoría, que ve ahora aumentadas por ensalmo sus fuerzas. El grupo de los nacionales liberales, que estuvo al frente de los negocios públicos hasta que Bismarck creyó del caso dar un cambio de frente á la derecha, ha perdido prestigio y fuerza, resultando que en la nueva Cámara constituirá solamente una minoría insignificante por su número é incapaz de influir de una manera sensible en los debates y acuerdos legislativos.

El partido católico constituirá, por el contrario, la minoría más pujante en la Cámara de Prusia. Llegan á noventa y nueve los diputados católicos, lo que hace suponer nuevo aumento de fuerzas en las elecciones que se sucedan, y este movimiento victorioso y cada día más acentuado de las influencias católicas, prueba que se conoce ya lo absurdo del *Kulturkampf* y que la conciliadora y admirable política de León XIII gana terreno en todas las conciencias ilustradas. Cuando el católico alemán parecía desorganizado y perdido á consecuencia de las famosas leyes de mayo, se presenta de improviso más pujante que nunca y vienen los católicos á ser un grande é indispensable factor en la política del Imperio. El hecho viene á demostrar de una manera palmaria que las vías legales son siempre el camino más seguro para todos los partidos.

Tal vez los noventa y nueve diputados católicos que entran ahora en el Parlamento de Prusia contribuyan á que Bismarck sea cada vez más deferente con el Vaticano, propenda á olvidar errores pasados, y hasta llegue á manifestarse respetuoso con el sabio parecer y las decisiones de León XIII, cuya mediación solicitó ya de una manera espontánea para terminar el asunto de las Carolinas, en el que tanto interés tenemos.

*
* *

Era de prever, como ya dijimos, que las últimas elecciones en Francia dejasen dueños de la situación á los radicales. No se ha hecho esperar mucho la confirmación del fácil pronóstico. Apesar de la unión predicada á voz en grito por los republicanos de todos matices, en la primera sesión y en la votación de un vicepresidente ha sido derrotado el Gobierno y los oportunistas de su aparente mayoría. El conflicto ha causado sensación profunda, y no es ciertamente para menos. Uno de los periódicos más sensatamente republicanos de París califica de Babel la unión de radicales y oportunistas, añadiendo que su alianza es como el agua y el fue-

go, en la que fatalmente la primera ha de apagar al segundo. El entusiasmo unitario no existe ya, en efecto, más que en estado de tristes cenizas. Si se considera que la lucha y la consiguiente derrota han tenido lugar acerca de una cuestión en verdad fútil, puede ya calcularse qué habrá de suceder en los grandes debates de principios. Es posible que sea muy difícil la vida de todo Ministerio con los importantísimos elementos de oposición que cuenta en su seno la actual Cámara francesa. Es visible el desequilibrio de todas las fuerzas gubernamentales, y hoy más aventurado que nunca un vaticinio sobre las eventualidades del porvenir, cada día más preñado de nubes tempestuosas. Los periódicos caracterizados de la mayoría profieren también amenazas de disolución para el caso de que la minoría radical continúe uniéndose á los reaccionarios y poniendo la Cámara á disposición de los monárquicos. Pero ¿es posible pensar en nuevas elecciones generales? ¿Qué resultado tendrían con la excitación de los ánimos, que es ahora tan grande y que llegaría entonces á su colmo?



En medio de esas luchas á brazo partido, de los disturbios que se prevén y de los actos trascendentales á que no podrá menos de dar lugar el encono, aparece también en perspectiva el desquiciamiento de la política colonial de la República francesa.

Muy malas son las últimas noticias del Extremo-Oriente. No sólo el cuerpo expedicionario francés ha sido diezmado por una epidemia colérica, sino que muchísimos cristianos, su número se hace ascender á diez mil, han sido asesinados; los piratas han incendiado impunemente varios pueblos, á la vista de los cañones de las ciudadelas ocupadas por los franceses; las autoridades civiles están en lucha abierta con las militares, y una confusión indecible reina en todas partes. Falta energía en la dirección de la Indo-China, y no solamente son aborrecidos por los indígenas los representantes del

Gobierno francés; falta también la confianza de los colonos y de los propios subordinados que allí se establecieron á impulso de los halagos de un lucro que creyeron fabuloso y hoy resulta erizado de inquietudes. El mal es cierto, y no pueden remediarlo más que inmediatos y vigorosos esfuerzos de un gran patriotismo.

No nos extraña que Rochefort y los suyos propongan la evacuación inmediata.

*
* *

En vista del resultado de las elecciones en Francia, el antiguo y conocido diputado legistimista, Sr. Conde de Mun, intentaba la formación de un partido exclusivamente católico para combatir, en nombre del tradicionalismo, todas las tendencias menos puras, aun dentro de los partidarios de la monarquía. Así lo manifestó en una extensa carta dirigida á su colega el Sr. Vizconde de Belizal.

«El tiempo de las protestas ha pasado, decía, y debe empezar el de las reivindicaciones. El mismo Papa León XIII nos ha trazado un vasto cuadro de acción en su magnífica encíclica *Humanum genus*, fechada el 20 de abril de 1884. Designó el enemigo, la francmasonería, y definió su efecto y sus medios, que consisten en reducir á la nada, dentro de la sociedad civil, el magisterio y la autoridad de la Iglesia; en excluir de las leyes y de la administración pública la muy saludable influencia de la religión católica, constituyendo el Estado entero fuera de las instituciones y de los preceptos de la Iglesia. Este es el terreno de la lucha. Es el choque supremo de la Iglesia y del racionalismo.» Y formulaba el señor de Mun su programa, pidiendo para la Iglesia: la entera libertad de su ministerio y la protección pública del culto católico, que es su garantía; como consecuencias, la exención del servicio militar para los sacerdotes; la organización de los auxilios religiosos en los campos, cuarteles y hospitales; el derecho de las asociaciones religiosas para constituirse y desarrollarse libremente, así como la aplicación inmediata, leal

y sincera, en su letra y espíritu, del Concordato entre Francia y la Santa Sede. Para la familia pedía: la instrucción religiosa en las escuelas públicas y la aprobación de la ley de 28 de marzo de 1881; el respeto al sacramento del matrimonio, que consagra la indisolubilidad del lazo conyugal, y la abrogación de la ley del divorcio; y finalmente, la conservación del hogar doméstico por la revisión de los artículos del Código civil relativos al derecho de testar. Y pedía también para el pueblo: limitación del trabajo por el respeto legal al descanso del domingo; prohibición del trabajo de noche para las mujeres, y supresión progresiva del trabajo de taller para las madres de familia y los niños de ambos sexos; una legislación protectora contra los accidentes de la vida obrera, la enfermedad, la huelga involuntaria y la incapacidad de trabajar en que se encuentren los ancianos; y para hacer más prácticas y eficaces estas medidas, una organización corporativa destinada, según los términos de la encíclica *Humanum genus*, á proteger, bajo la tutela de la religión, los intereses del trabajo y las costumbres de los trabajadores.

El Conde de Mun es de los hombres profundamente convencidos de que fuera de la Iglesia no existe salvación posible ni para los hombres ni para los pueblos, y su ideal constante es la de hacer triunfar el principio cristiano en el gobierno de las naciones. Se ha comprendido, sin embargo, que constituir en Francia el catolicismo en partido militante, pudiera ser motivo de divisiones en el partido conservador, dando fuerzas en las actuales circunstancias al partido revolucionario y comprometiendo, bajo muchos conceptos, al mismo partido que quería defender.

El Sr. Conde de Mun ha retirado su manifiesto, desistiendo de la formación del nuevo partido.

★
* *

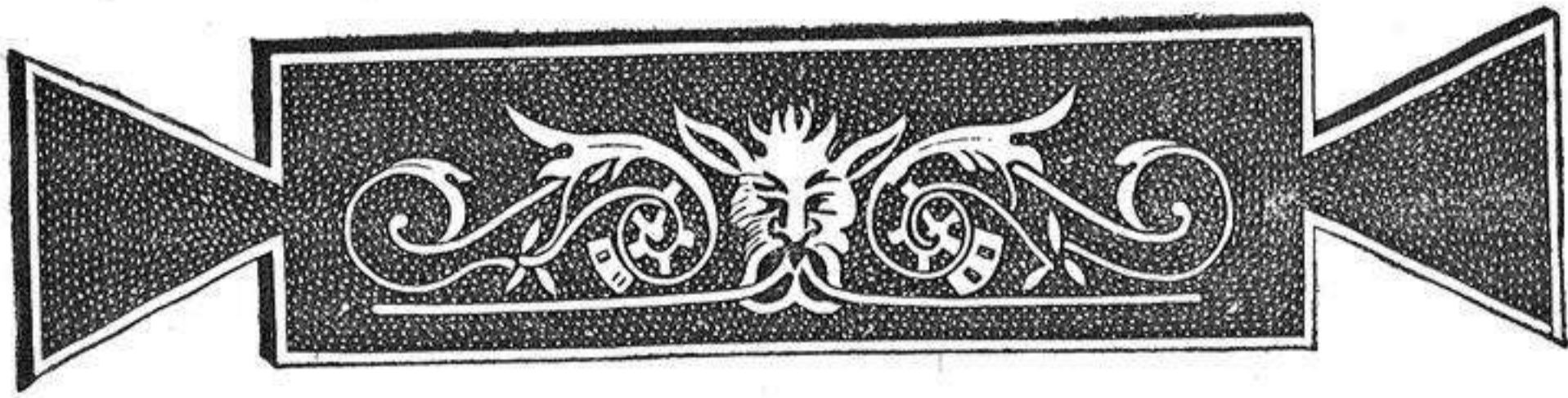
Las corrientes políticas que se advierten en el continente europeo y aun en América, no son ciertamente favorables á los intransigentes de todas las escuelas.

Vemos que también en Inglaterra preocupan mucho las próximas elecciones. Han de verificarse bajo el imperio de una nueva ley electoral que extendió el derecho del sufragio á centenares de miles de individuos que antes no lo tenían, y en ellas ha de ponerse en claro si la evolución parlamentaria que dió recientemente el poder á los conservadores estuvo conforme con las tendencias generales del país. Todos los indicios que nos suministra la prensa inglesa hacen presumir que no es excesivamente optimista el partido del actual Gabinete cuando declara que tiene segura la victoria. El positivista pueblo inglés no puede olvidar los desastres del Sudán, la muerte de Gordon, la mala dirección de la política del Gabinete *whig* en la India, ni las innumerables faltas ó desgracias de Gladstone, que tanto hirieron el amor propio de una nación tan orgullosa.

Influirán, por otra parte, las corrientes de que hablábamos y que parecen significar que todavía existe buen sentido en el espíritu público, cuando tan á las claras viene condenando todo peligroso procedimiento de políticas aventureras.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Diccionario enciclopédico de medicina y cirugía prácticas, por el DOCTOR A. EULENBURG, traducido del alemán por el Dr. D. Isidoro de Miguel y Viguri, precedido de un prólogo por el Dr. D. Carlos María Cortezo.— Madrid, 1885.— Agustín Jubera, editor.

Acaban de publicarse los cuadernos 7.º y 8.º de la obra clásica escrita por el ilustre doctor Eulenburg. Más de una vez antes de ahora hemos elogiado el buen acuerdo de D. Agustín Jubera al decidirse á que fuera conocido en España un *Diccionario* que tan útil es, no solamente para la clase médica, que continuamente ha de consultarlo, sino para todo aquel que desee darse cuenta del organismo humano, enfermedades que padece, medios más acreditados para su curación y otra multitud de cuestiones igualmente interesantes.

Basta una simple enumeración de

los puntos que se tratan en los dos últimos cuadernos, para comprender á seguida el mucho interés que encierran. Estúdiense concienzudamente, aparte de otras materias, la bronquitis catarral, la inhumación, cremación y embalsamamiento de cadáveres, el café, la cafeína y la teína; describense los baños minerales de Caldas de Besaya, Caldas de Cuntis y de Reyes; se narran las propiedades medicinales de la canela y el insecto denominado cantárida. Hácese detenido examen de la caquexia, el carbunco la gastralgia y la cardiografía.

También antes de ahora hemos dicho que, con ser tan grandes el talento y la erudición del doctor Eulenburg, no satisfaría tanto su obra á no haber tenido la fortuna de encontrar en el Sr. D. Isidoro de Miguel un intérprete fiel de sus pensamientos y un conocedor profundo de las necesidades de la medicina en España.

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

La parte tipográfica del *Diccionario* es excelente, intercalándose en el texto figuras muy bien grabadas para que más fácilmente se entienda la explicación.

Resumiendo: es este un trabajo que merece todo el favor que el público le dispensa.

*
* *

La niña Dorrit, por CARLOS DICKENS, traducción de Enrique Leopoldo de Verneuil y grabados de Mariano Foix.—Tomo I.—Barcelona, 1885.

Formando elegante volumen de 445 páginas cubierto por artísticas tapas, ha publicado la casa editorial de Daniel Cortezo y compañía el tomo primero de *La niña Dorrit*, que es una de las novelas más interesantes, mejor pensadas y de más bellezas que compuso el célebre literato inglés Carlos Dickens. Seguramente conocen nuestros lectores algunas de las obras del insigne escritor, tan justamente famoso, y por esto no hemos de ocuparnos en referir menudamente las circunstancias y detalles que hacen se lea con sumo deleite esta novela en la cual se dibujan magistralmente varios tipos ingleses con una riqueza de colorido y un movimiento tal que semejan figuras de hermoso cuadro que se destacan del lienzo y toman vida.

Que el libro es de condiciones tipográficas excelentes, sería inútil repetición el decirlo, con sólo saber que pertenece á la biblioteca «Arte y Letras» de Daniel Cortezo, quien disfruta de tanto crédito por el buen gusto con que presenta todas sus publicaciones.

También acaba de repartir dicho editor el *Romancero general selecto*,

como de la «Biblioteca Clásica Española.» Para ello hase elegido cuidadosamente de la obra monumental que se debe á la paciente laboriosidad de D. Agustín Durán, y ocupa dos gruesos volúmenes de la Biblioteca de autores españoles de Rivadeneira, varios romances, atendiendo, como dice el compilador, unas veces á la novedad, otras á la variedad, otras al interés dramático de la narración y otras á lo pintoresco y deslumbrante de las descripciones. Y se logra cumplidamente ofrecer una serie de poesías para diversión del lector, más que enojoso acopio de documentos para estudio del bibliófilo.

A.

*
* *

Discurso y rectificaciones del Excmo. Sr. Conde de Tejada de Valdosa, Ministro de Ultramar, pronunciado en el Congreso de los Diputados con motivo de la proposición incidental del Sr. Villanueva, sobre el cumplimiento de la ley de autorizaciones, en los días 23 y 25 de abril de 1885.—Un cuaderno en folio.

Discursos y rectificaciones del Excmo. Sr. Conde de Tejada de Valdosa, Ministro de Ultramar, pronunciados en el Congreso de los Diputados y en el Senado, con motivo de la discusión de los dictámenes de las comisiones referentes á los proyectos de ley de presupuestos de las islas de Cuba y Puerto Rico, para el año económico de 1885-86.—Un tomo en 4.^o

Las dos obras anunciadas constituyen una serie de documentos preciosos para la historia económica de nuestras Antillas, al par que un modelo de oratoria parlamentaria digno de figurar entre los mejores pronunciados en las Cámaras españolas.

Punto por punto ha señalado el señor Ministro las necesidades económicas de Cuba y Puerto Rico y la mejor manera de atender á ellas sin descuidar los importantes servicios de aquellas islas con arreglo á las circunstancias. Ha desvanecido cuantos cargos han podido hacerse á los proyectos de ley de presupuestos de 1885-86, demostrando su conveniencia para el engrandecimiento de nuestras posesiones de América, resolviendo dudas y preocupaciones acerca de su administración, harto arraigadas por falta de conocimiento de su índole y objeto, que puestas en claro por medio de la discusión dejarán de ser el tema obligado de oposiciones sin fundamento, como tantas veces lo fueron en daño de la conveniencia pública.

Pero todo esto no ha podido lograrlo el Sr. Conde de Tejada de Valdosera sin estudio profundo, graves meditaciones, trabajo activo, según sus *Discursos y rectificaciones* manifiestan, pues de otro modo nunca pudieran encerrar tal copia de datos como en ellos abundan, lógica tan irrefragable, sereno razonar propio de la verdad, y aun fluida y castiza palabra, pues nunca bien se expresa lo que mal se ha estudiado.

Documentos tan importantes serán siempre consultados por los hombres de Gobierno, buscando en ellos antecedentes que les sirvan de guía en lo sucesivo, y á medida que el tiempo trascurra se apreciará el mérito de haberlos publicado como un beneficio hecho á la Administración pública.

* *

Universidad central.—*Memoria estadística del curso de 1884-1885,*

que se publica con arreglo á la instrucción 47 de las aprobadas por real orden de 15 de agosto de 1877.

Comprende la Memoria una minuciosa estadística de la enseñanza durante el curso de 1883 á 1884, comenzando por las Facultades, sin olvidar las diversas escuelas é institutos hasta una relación de los títulos de bachiller expedidos por la Universidad. Sigue el Anuario de 1884 á 1885, con la Reseña histórica de la Universidad, señores que forman el Consejo universitario del distrito, relación de los profesores de las facultades, escuelas é institutos, é individuos que forman parte del claustro extraordinario.

Termina la Memoria con unas *variaciones* sumamente útiles en que se da noticia de los señores catedráticos que han pronunciado el discurso inaugural desde 1845, rectores de la Universidad desde igual fecha y señores que forman la secretaría actualmente.

* *

La Marquesa de Campoalegre.
—*Historia contemporánea, por DON LUCIANO GARCÍA DEL REAL.*—*Un cuaderno en 8.º mayor.*

En efecto, es de costumbres contemporáneas españolas, andaluzas por añadidura, y acaba en unión legítima de dos enamorados, con arreglo á lo dispuesto por la Santa Madre Iglesia. No está demás advertirlo, si bien el nombre del autor, harto conocido en la república de las letras, era suficiente garantía para desvanecer su obra de toda sospecha de mal gusto naturalista.

El estilo es bueno y la fábula entretenida y discreta.

* *

Colección de escritores castellanos.—*Dramáticos.*—*Obras de don ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.*—*Poesías.*—*Proyectos de comedias.*—*Tomo VII, en 8.º—Precio, 4 pesetas.*

Cuando se anunció el propósito de coleccionar las obras del eminente autor de *Consuelo*, diéronse la enhorabuena los amantes de la literatura castellana con la esperanza de ver reunidas en un solo ramo las esparcidas hojas de la corona del señor Ayala, tan honrada su memoria con ellas, como estará siempre la edad en

que vivió escritor de tanto valer, elevado espíritu y entendimiento recto y moral.

Si alguno en lo sucesivo motejare de tiempo decadente en letras el que hemos alcanzado: las obras de Ayala serán testimonio de que modelos hay que prueban lo contrario, y culpa de quien se engañe escoger los áridos y perversos cuando á mano los tiene regalados y dulces de acuerdo con la razón y en paz con la conciencia.

Véase, si no, el siguiente soneto del autor al cumpleaños de su hermana:

¡Un año más!... No mires con desvelo
la carrera veloz del tiempo alado,
que un año más en la virtud pasado
un paso es más que te aproxima al cielo.

Llora, sí, con amargo desconsuelo
(pues bastante jamás lo habrás llorado)
el año que al morir te haya dejado
de alguna falta el interior recelo...

Que el tiempo que bien obres no es perdido
pues los años de paz, hermana mía...
que en la santa virtud habrás vivido,

Se convierten en siglos de alegría
en el eterno edén que hay prometido
al alma justa que en su Dios confía.

Y si unido al modelo en arte acertare á seguir quien escribe, la enseñanza contenida en la siguiente décima, nada tendría que apetecer.

¡Pluma: cuando considero
los agravios y mercedes,
el mal y bien que tú puedes
causar en el mundo entero;
que un rasgo tuyo severo
puede matar á un tirano,
y que otro, torpe ó liviano,
manchar puede un alma pura,
me extremezco de pavora
al alargarte la mano!

Errores contra el sentido común y grandes faltas contra el propio decoro se evitarían pensando un poco en los anteriores versos.

Cual muestra de vigorosa energía pocas superiores al brioso apóstrofe de D. Pelayo al aparecerse en el festín de Rodrigo y sus nobles.

¿Os hallo así, con criminal anhelo,
halagando satánicas pasiones,
cuando sólo debierais, ¡vive el cielo!
tocar al arma y levantar pendones?

.....
¿Acaso á vuestras locas liviandades

no llega ¡oh vilipendio!
el lúgubre clamor de las ciudades
entre las rojas llamas del incendio?

Así escriben los que conservan en su mente la inspiración de nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII. Apenas se percibe la línea divisoria entre la musa guerrera de Ercilla ó el grave y dulce cantar religioso de Fray Luis de León, en algunas composiciones del Sr. Ayala. Es el mismo estilo que usarían aquellos si viviesen entre nosotros.

Esta envidiable facilidad son tantos los trabajos literarios de Ayala en que se advierte desde los primeros, que más parece naturaleza que efecto de cuidadoso estudio, y fuera preciso para hacerlos notar largo espacio, é investigaciones que la colección de sus obras abrevian.

Pero aun hay más. El tomo que anunciamos, gracias á los inteligentes desvelos de D. Pedro de Alarcón, á quien le ha tocado la tarea ímproba de esclarecer y deslindar el maremagnum de notas, apuntes y borradores referentes á los dramas, comedias y zarzuelas que tenía pensado escribir el autor, son interesantísimos, no sólo por su propio mérito, que ya se le darían en grado superior, sino por revelarnos en ellos toda la vida literaria del Sr. Ayala desde su adolescencia.

Es de aplaudir la sabia crítica del Sr. Alarcón, que respecto de las poesías del Sr. Ayala, dice al terminar la advertencia puesta al frente de este tomo: «No hemos excluído de esta colección casi ninguna tentativa de la primera juventud; pues hemos considerado que, tratándose de tan peregrino y simpático ingenio, todo era respetable y de gran interés para la patria; fuera de que el magnífico ra-

millete de *Sonetos* con que empieza el tomo y las dos hermosas *Epístolas* que les siguen, una de ellas dirigida á D. Emilio Arrieta y la otra á D. Mariano Zaballuru, bastan á acreditar á Ayala de soberano poeta lírico; del propio modo que una ó dos composiciones de reconocido mérito, bastaron para dar á varios poetas de edades pasadas imperecedera gloria en nuestro Parnaso.»

*
* *

Colección de escritores castellanos. — *Obras de D. VICENTE DE LAFUENTE.* — *Estudios críticos sobre la historia y el derecho de Aragón (segunda serie: período constituyente).* — *Un tomo en 8.º, 4 pesetas.*

Describe en esta segunda parte la constitución política, social y jurídica de Aragón, desde la primera mitad del siglo XII hasta la segunda del siglo XIII; desde 1134, en que muere D. Alfonso el Batallador, hasta la abdicación de D. Jaime el Conquistador en 1276, y durante este período, el desenvolvimiento de las Cortes en lo político y jurídico, los fueros primitivos de Aragón, llamados de Sobrarbe; el oscuro y pequeño origen del cargo de Justicia Mayor; el de los Señoríos, Señorías, Ricahombrías, y demás clases aristocráticas de mesnaderos é infanzones, y la importación de títulos extranjeros, la organización del régimen popular, las municipalidades oligárquicas y las democráticas con sus comunidades, y finalmente: la compilación de fueros hecha por mandato del Rey don Jaime, reduciendo á derecho escrito el tradicional y consuetudinario, depurando los legítimos de los apócrifos y abusivos que se iban introduciendo

y dando un derecho general para todo Aragón y aun para Valencia, aunque sin derogar los fueros y cartas pueblas particulares de villas, ciudades y comunidades, con lo cual se cierra el período constituyente; pues los legisladores sucesivos van añadiendo libros á esta compilación, base del derecho foral aragonés, al estilo de lo que hacían los Papas con los de las Decretales.

Mas entonces asoma ya el período revolucionario, que después de medio siglo de desgobierno, apenas refrenado por la vigorosa mano de D. Jaime, se inicia en las funestas y revolucionarias Cortes de Exea, donde la aristocracia turbulenta y la oligarquía comienzan á hacer su negocio en

nombre de la libertad para ellas, tiranía y saqueo de los pueblos y de los pecheros.

¡La historia de siempre, con ligeras variantes, según dice el autor, invocar la libertad para cambiar la forma de la tiranía!

A medida que avanza el Sr. Lafuente en sus *Estudios Históricos*, crecen en importancia para la historia de Aragón. En esta segunda parte son muchos los errores que desvanece con su razonada crítica, algunos ocasionados á consecuencias lamentables, exagerados por la malicia y propagados por la ignorancia. No son menores los que le resta desvanecer hasta concluir su noble tarea.

D. CH.

